ALEJANDRO CAO DE BENÓS

ALMA ROJA, SANGRE AZUL

Así me conquistó Corea del Norte

EDITORIAL BASE

Un caso único. Ésta es la autobiografía de un idealista nacido en Tarragona en la Nochebuena de 1974. Ni su estirpe nobiliaria, ni sus principios budistas, ni su predilección por la parapsicología impidieron que, ya a los 16 años, empezara a ganarse la confianza del régimen más secretista del planeta. Deslumbrado por el paternalismo del Gran Líder, Kim Il Sung, y la ortodoxia del pensamiento *Juche* —un cruce ideológico entre comunismo y nacionalismo coreano—, se obsesionó con llegar a ser el primer extranjero de la historia en ponerse al servicio del gobierno de Corea del Norte. Una fantasía disparatada que, sin embargo, se hizo realidad…

Alejandro Cao de Benós ha decidido desvelar los secretos de su insólito ascenso como delegado especial del hermético régimen norcoreano. Enamorado del país que le abrió excepcionalmente las puertas, agasajado por los más altos jerarcas del autoproclamado «paraíso socialista», premiado con una decena de condecoraciones civiles y militares, este tarraconense de sangre azul se ha convertido en un personaje famoso a ojos norcoreanos y en portavoz de Pyongyang ante la prensa internacional. Su acceso privilegiado a la enigmática república le ha permitido ser testigo directo de las penurias de los años noventa. Su relato arroja luz sobre el funcionamiento de una sociedad militarizada, que idolatra a sus Líderes como mesías revolucionarios y que lucha por enderezar el rumbo económico. Su mirada apasionada no le impide denunciar la paralizante burocracia que sabotea inversiones y las insanas envidias internas, en una nación por la que está dispuesto a arriesgar su vida.

ALMA ROJA, SANGRE AZUL

EDITORIAL BASE

ISBN: 978-84-15706-15-1



Alejandro Cao de Benós de Les y Pérez

ALMA ROJA, SANGRE AZUL

ASÍ ME CONQUISTÓ COREA DEL NORTE

Con la colaboración de
Roger Mateos Miret

EDITORIAL BASE

Colección Base Hispánica
Primera edición: noviembre de 2013

EDITORIAL BASE
Calle Breda, 7-9 · 08029 Barcelona
www.editorialbase.com

Archivo familiar de Alejandro Cao de Benós
Roger Mateos Miret (pág. 120 y 164)
Museu d'Història de Tarragona (pág. 23)
Producción editorial:
Flor edicions, SL
Dirección:
Santi Sobrequés i Soriano
Coordinación:
Roger Mateos Miret

ISBN: 978-84-15706-15-1
Dipòsit legal: B-24.222-2013
Impreso en Novagràfic
Encuadernado en Rovira

A todos los idealistas que luchan por un mundo más justo e igualitario.

¡Venceremos!

ÍNDICE

Preludio

Eran alrededor de las cinco de la madrugada cuando el autobús procedente de Granada se detuvo en la avenida América de Madrid. Noche cerrada, muecas de sueño, músculos entumecidos. Había sido incapaz de pegar ojo en las cuatro horas y media de trayecto, pero lo que sentía no era fatiga, sino un intenso cosquilleo en el estómago. Al oír el chasquido de las puertas hidráulicas, me estremecí de emoción: a mis 16 años, tenía por delante la jornada más apasionante de mi vida. Se trataba de un breve viaje de ida y vuelta, una fugaz visita de 24 horas a la capital, pero ese nuevo día que apenas asomaba la cabeza iba a ser inolvidable… Bajé las escalerillas del autobús con un atuendo recién estrenado como único equipaje. Días antes, mi madre me había comprado una chaqueta de tela fina y una corbata que, después de tanto revolverme en el asiento, colgaba ya medio torcida. Era la primera vez que lucía una vestimenta tan formal, pero la ocasión lo valía. ¡Vaya si lo valía! No todos los días puedes decir que vas a ver cumplido un sueño... Pues bien, aquel 9 de septiembre de 1991 iba a consumar mis más quiméricos anhelos. Estaba a punto de tomar contacto con altos funcionarios del país que, ya entonces, más me fascinaba: Corea del Norte.

Fue César, un camarada de más edad que yo del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) de Granada, quien se enteró de que en Madrid se había instalado una delegación norcoreana. No podían tener una embajada, porque carecían de relaciones diplomáticas con España. En realidad, era una representación permanente ante la Organización Mundial de Turismo (OMT), vinculada a Naciones Unidas y con sede en la capital española. ¡Tenía que encontrarlos como fuese! Se me ocurrían mil preguntas a formularles, me interesaba todo lo relacionado con aquel régimen al que los medios de comunicación occidentales solían dedicar una variadísima colección de insultos. Yo no me creía ni una sola de esas maldiciones lanzadas contra uno de los poquísimos reductos socialistas que habían sobrevivido a la caída del muro de Berlín.

Mi curiosidad por Corea del Norte no había dejado de crecer desde el día en que descubrí por casualidad dos libros de propaganda editados en Pyongyang y guardados bajo llave en la sede granadina de nuestro grupúsculo comunista. Lo que contaban esos textos tenía muy poco que ver con la fracasada *perestroika* de Gorbachov. El sistema norcoreano desprendía un rigorismo ortodoxo y una estética militarista capaz de seducir a un inconformista políticamente precoz, amante de las armas y los juegos de guerra, admirador de Lenin y Stalin y ávido de nuevos referentes como yo.

Cuando César consiguió el número de teléfono de los norcoreanos en Madrid —que por lo visto preparaban una exposición y un cóctel diplomático con motivo del aniversario de la fundación de su república— no tardé en llamarles. Nervioso y con el pulso acelerado, me presenté. Expliqué que era miembro de un colectivo de jóvenes comunistas y pregunté si era posible asistir a la recepción oficial para conmemorar su efeméride. «Por supuesto, ningún problema. Le esperamos aquí el 9 de septiembre a las diez de la mañana», me respondió una voz amable con acento oriental. Feliz y agradecido por el tono afectuoso, rompí la hucha y compré un billete a Madrid.

Lo primero que recuerdo de mi llegada nocturna es el frío que sentí al pisar la calle. El verano llegaba a su fin y de madrugada ya refrescaba. Bien fuese porque los nervios multiplicaban esa sensación otoñal o porque la chaquetilla que estrené ese día resultaba inadecuada para los amaneceres mesetarios, el caso es que deambulé por las calles desiertas con el cuerpo tiritando. Me esperaban más de cuatro horas de paseo absurdo, primero en la oscuridad, luego bajo la tenue luz del alba. Aquello se me hizo eterno. Mi aspecto ingenuo, vulnerable, barnizado de una tosca elegancia, me convertía en un bicho raro, un elemento exótico en el paisaje urbano a esas horas. Yo caminaba y caminaba, intentando sacudirme el gélido malestar. En la mano sostenía un mapa, con una vía subrayada en rojo: la calle de las Islas Marquesas.

Poco antes de la hora convenida penetré en ese coto de villas y chalés situado en el barrio de Peñagrande, en la parte alta de la ciudad. Enfilé la calle cuesta arriba, hasta encontrar la casa en cuestión, resguardada por una cerca. Eran las diez en punto. Me ajusté el nudo de la corbata, comprobé si la camisa estaba bien metida dentro del pantalón, resoplé y me dispuse a llamar al timbre cuando, justo en ese momento, oí que alguien a mi lado me daba los buenos días. Era un hombre mayor, de indomable pelo canoso y gafas prominentes, que obviamente acudía a la misma celebración que yo. Su cara me sonaba, lo había visto en los telediarios, se trataba de alguna eminencia relacionada con la lucha obrera... ¡claro, era Marcelino Camacho! En seguida nos abrieron la puerta, atravesamos el jardín de acceso y entramos en la residencia, donde los primeros invitados, con trajes y vestidos relucientes, se servían bebidas y mordisqueaban canapés. Había representantes de la OMT, de la ONU, del Estado español, de otras legaciones diplomáticas.

Me asaltaron las dudas. ¿Ése iba a ser el nivel de la recepción? ¿Qué haría yo en medio de tan ilustres personalidades? La presencia de un joven imberbe rodeado de cargos relevantes en esa lujosa mansión, con impecables jardines y una piscina en la parte posterior,

resultaba tan hilarante como conmovedora. Tras un instante de confusión, se me acercó un hombre alto y elegante de algo más de cuarenta años, ojos rasgados y gesto afable, que me estrechó la mano, sonrió y se presentó en perfecto castellano: «Sea bienvenido. Mi nombre es Li Jong Gun, soy el jefe de la representación permanente de la República Popular Democrática de Corea ante la OMT. Es un placer tenerlo aquí con nosotros». Más que cordialidad, su suave voz desprendía un cariño paternal. Con un leve movimiento de mano me invitó a acompañarlo a una sala adyacente.

Dejamos atrás el runrún de los comensales y llegamos al espacio reservado para la humilde exposición. Sobre unos paneles blancos se exhibían fotografías de gran tamaño con imágenes de los monumentales palacios públicos de Pyongyang, estampas del Gran Líder, Kim Il Sung, dando instrucciones en fábricas y cooperativas agrarias, bellos paisajes de bosques y montañas. Li me mostraba las imágenes una a una, detallando pacientemente su significado. Me entretuve hojeando álbumes, libros y folletos sobre Corea del Norte, que junto a insignias, banderas, bordados y casetes de música colmaban un par de mesas.

Llevaba ya un buen rato monopolizando al anfitrión. Desde que llegué, Li se había ocupado solamente de mí, como si para él no existiese ningún otro invitado y delegase en el resto de su equipo el rutinario parloteo en los corrillos diplomáticos. Yo flotaba en una nube, sin acabar de entender aquella deferencia hacia mí. De repente, me preguntó si deseaba ir al baño. Le respondí que no, quería seguir escuchando sus relatos sobre Corea, pero él persistió. Me indicó cortésmente dónde se encontraba el lavabo. «Vaya tranquilo, no hay prisa, luego seguimos hablando», prometió. En ese momento creí adivinar que mi tiempo se había agotado, pensé que Li había encontrado la manera de desprenderse de mí con delicadeza, yo saldría del baño y lo vería charlando, por fin, con otro visitante. Pero cuando entré en los servicios y me miré en el espejo comprendí, avergonzado, su sutil insistencia: mi aspecto era tan desaliñado que daba miedo... Tras pasar la noche en vela, todavía no había podido asearme. Tan absorto estaba que ni me había preocupado por mi aspecto.

Para mi sorpresa, Li me esperó sentado en el sofá de un salón, dispuesto a continuar la conversación. Gracias a su naturalidad, fue capaz de crear un clima familiar. No paré de interrogarle. Deseaba saber hasta qué punto su sociedad se aproximaba a mis ideas igualitaristas. Años después pude constatar por mí mismo que, por supuesto, no todo allí es de color de rosa, que hay cosas que funcionan bien y otras mal, que como ocurre en todas partes hay gente muy competente y otra más bien inepta —y de todo ello pienso hablar sin tapujos en este libro—, pero aquel día Li Jong Gun se mostró de lo más convincente. Describió un mundo casi mágico, donde el acceso a la sanidad y la educación es gratuito, donde el Estado proporciona vivienda sin coste alguno. Un lugar donde el paro y la miseria, la rapiña y la corrupción no existen, donde las drogas y la prostitución son conceptos desconocidos. Un fortín donde hombres y mujeres unen fuerzas de manera monolítica para defender la patria frente al imperialismo. Un «paraíso socialista» en el que, por encima de todo, se venera a Kim Il Sung y también a su hijo Kim Jong Il, quienes no se comportan como dos divinidades encerradas en su torre de marfil, sino como padres de un pueblo. «¡Éste es mi lugar!», me dije deslumbrado.

Era perfectamente consciente de la mala reputación del sistema norcoreano fuera de sus fronteras, algunos incluso lo definían como la peor de las dictaduras totalitarias de matriz comunista, pero yo era cada vez más inmune a ese tipo de comentarios. La cercanía con la que me trataba Li contribuyó al flechazo. Según las directrices de Kim Il Sung, cuánto más alta es la jerarquía del mando, más benévolo debe ser su estilo de dirección. Mi nuevo «maestro» llevaba en la solapa un pin con la estampa del Gran Líder. Yo había traído la insignia de las juventudes de mi partido y le propuse, como es costumbre entre comunistas, intercambiar emblemas. Él

esbozó una sonrisa compasiva: «Querido amigo, este broche no es ningún capricho estético. Es mucho más que eso: una muestra de lealtad. Por nada del mundo podría desprenderme de este pedacito de metal…». Me quedé cortado. Empecé a calibrar hasta qué punto Kim Il Sung era adorado.

Para un observador neutral aquello podía definirse como un ilimitado culto a la personalidad, incluso para un marxista-leninista resultaba chocante, y por eso en el PCPE era tabú hablar de Corea del Norte, porque su socialismo no cuadraba con los parámetros europeos. Los legendarios episodios de la vida del Gran Líder, narrados con el tono cautivador de Li, me tenían embelesado. Inconscientemente, sentado en aquel sofá, tomé la firme decisión de unirme a su causa.

Al cabo de tres horas, los invitados comenzaron a desfilar. Li se levantó para despedirse de ellos protocolariamente. De repente, un hombre de mediana edad, español, se acercó a mí para presentarse. Dijo ser el presidente de una asociación de amistad entre España y Corea, una entidad inoperante que apenas servía para que ese sujeto se dedicara a solicitar fondos a Pyongyang para presuntos proyectos de promoción. Al ver mi entusiasmo por Corea del Norte, me recomendó con todo el cinismo que mejor me metiese en alguna asociación hermanada con la Libia de Gaddafi o el Iraq de Saddam Hussein. «Los árabes tienen petróleo y dinero. Estos de aquí no tienen ni un duro, no vas a rascar nada…», confesó con desvergüenza, refiriéndose a las escasas subvenciones que concedían los norcoreanos a plataformas supuestamente fraternales como la suya. Por supuesto, el consejo de ese parásito me entró por un oído y me salió por el otro.

Fui el último invitado en abandonar la villa. Li llenó dos grandes bolsas de plástico con material de propaganda. «Tome, para usted». Tan voluminosas eran las bolsas que no podía cargar con ellas. Muy a mi pesar, tuve que renunciar a varios libros. Antes de irme, quise transmitirle un compromiso. Sentía un ardiente

deseo de ponerme al servicio de aquel país para mí modélico. Fue entonces cuando, en un arrebato de euforia, me ofrecí sin rubor: «Dígame, camarada Li, ¿qué tengo que hacer para poder alistarme en el Ejército Popular de Corea?». Para un país con las fronteras cerradas a cal y canto, donde cualquier extranjero se ve sometido a una estricta vigilancia para prevenir la infiltración de espías, aquello sonaba tan delirante como pedir la luna. Él volvió a sonreír con indulgencia ante lo que debió de parecerle una entrañable ocurrencia: «Le agradecemos sus muestras de amistad, pero mire: tenemos a muchos jóvenes en Corea que pueden servir en el ejército, y en cambio no tenemos a nadie como usted que nos pueda ayudar desde el exterior».

De entrada, aquel razonamiento hizo trizas mis ilusiones. No me di cuenta hasta más tarde del verdadero significado de esas palabras. Li me animó a fundar en Granada un club de amigos de Corea del Norte que difundiese las ideas del Kim Il Sung. La propuesta me pareció excelente y nada más volver a casa creé la Asociación de Amistad con Corea «9 de Septiembre». Li Jong Gun pensaba en mí como cabeza de puente en España, pese a que ya existía una organización creada a tal efecto. No debía de ser ajeno a las intenciones reales de aquel oportunista al que yo había conocido minutos antes en el cóctel y, por eso, me confió la misión de tejer una red de solidaridad por mi cuenta. El encargo era mayúsculo para un estudiante de bachillerato, pero es que era imposible encontrar a alguien más motivado que yo para llevarlo a cabo. Por muy disparatado que fuese, no renunciaba a convertirme en soldado del Ejército Popular de Corea, y estaba a punto de subir el primer peldaño.

A raíz de esa breve visita a Madrid, mi fe en la Corea socialista se hizo incondicional. Estaba dispuesto a dar mi vida por ella. Veintidós años después de aquella experiencia iniciática, puedo decir que lo que se antojaba una pueril fantasía de un joven fanático se ha convertido en realidad. Soy el único extranjero en la historia de Corea del Norte acreditado como delegado especial del gobierno,

viajo regularmente a Pyongyang y me reúno con las más altas instancias. Me considero uno de ellos y, lo que es más importante, me consideran uno de los suyos. Incluso me han adjudicado un nombre coreano, Cho Sun Il, que significa «Corea Es Una». Y sí, finalmente he sido proclamado soldado honorífico del Ejército Popular de Corea...

Lejos de este país con justificada fama de impenetrable y misterioso, suelo actuar de portavoz autorizado del gobierno, concedo cientos de entrevistas al año a medios del mundo entero y mi cara empieza a ser conocida. Hay incrédulos que, al oír o leer algo sobre mí, tienden a pensar que soy un farsante, que no soy real porque para un forastero es impensable llegar hasta donde he llegado. Y no les falta razón al considerar inverosímil mi caso. Ni mis íntimos amigos norcoreanos se lo explican.

Fuera de Corea, son miles los jóvenes —y no tan jóvenes— idealistas de los cinco continentes que se han adherido a mi red de solidaridad con Corea del Norte. También encuentro a gente que piensa que estoy loco, otros que odian mis ideas y no conceden el más mínimo crédito a lo que califican de «tiranía» norcoreana. No pretendo en este libro desplegar un abanico de argumentos para desmontar tales afirmaciones, eso ya lo hago a diario a través de un sinfín de canales. Aquí simplemente aspiro a relatar mi propia experiencia, necesito recapitular sobre por qué alguien de estirpe nobiliaria como yo, nacido a 9.500 kilómetros de Pyongyang, ha acabado sintiéndose allí como en casa. Quiero volver a emocionarme contando cómo, contra toda lógica, se produjo el milagro en el que nadie creía y acabé siendo adoptado por la inexpugnable familia norcoreana. Bienvenidos a mi vida.

Parte I
Raíces

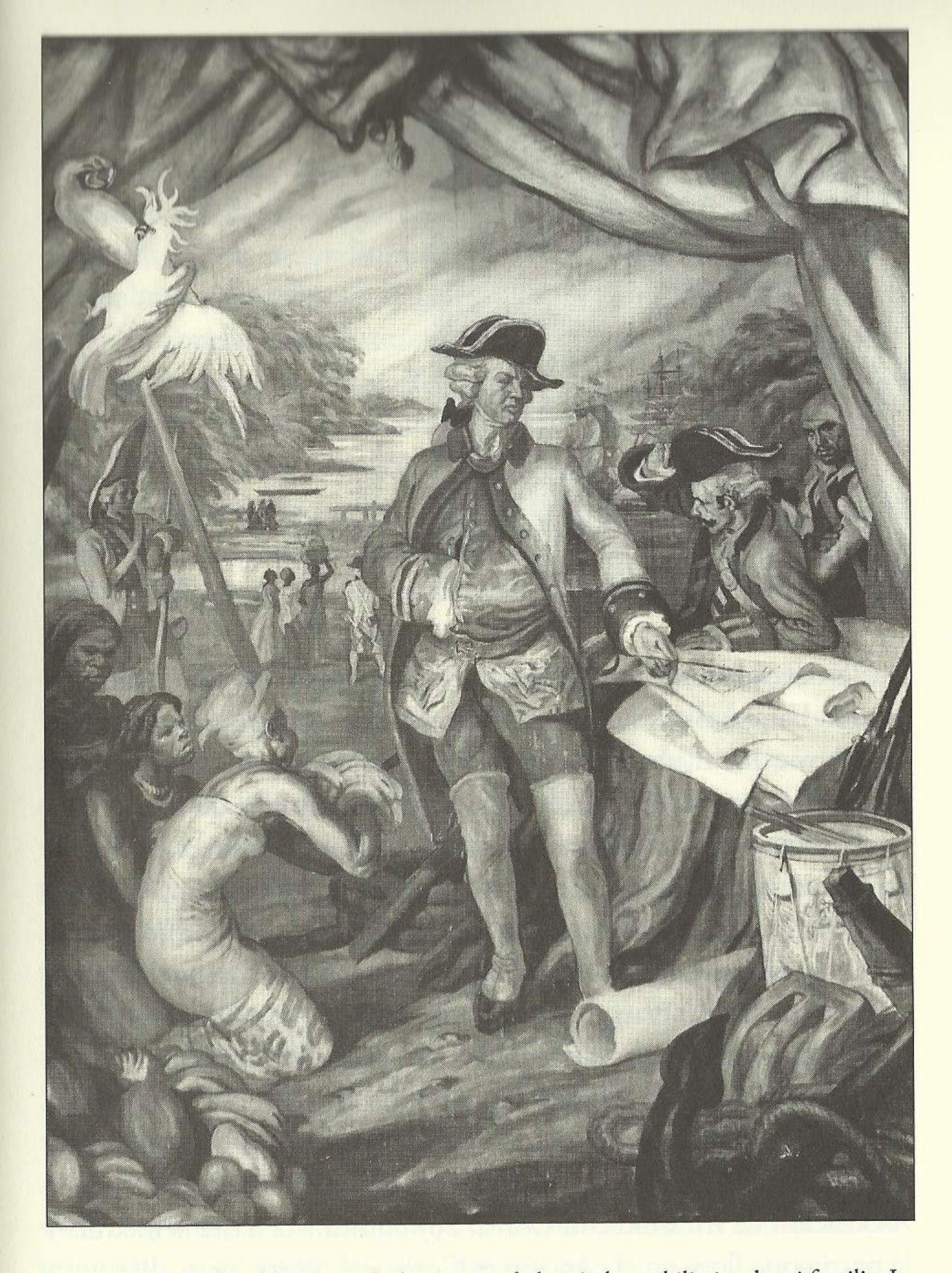
Una familia de linaje nobiliario

Lo más curioso de todo es que, como dice la expresión, por mis venas corre sangre azul. A más de uno le sonará a broma, pero es la pura verdad. La rama paterna de mi familia acumula tres títulos nobiliarios de cierta entidad. El primero es la baronía de Les, concedida en 1478 por Fernando el Católico a Benito Marco, uno de sus capitanes, por la expulsión de 5.000 occitanos. En 1630, la baronía de este pueblo del Valle de Arán —cuyo nombre se añadió a nuestro largo apellido— pasó a manos de Pablo Cao de Benós, uno de mis antepasados. El segundo título es el marquesado de Rosalmonte, entregado en 1745 al general Alberto Cao de Benós de Les por participar en la conquista de Nápoles. El tercero, el condado de Argelejo, tiene una historia más enrevesada. El teniente coronel de caballería Eduardo Cao de Benós de Les lo obtuvo al casarse con la novena condesa de Argelejo, hija de militares residentes en La Habana. ¿Y de quién lo había heredado ella? De su tío, el brigadier Felipe de los Santos Toro y Freire, a quien le fue otorgado en 1778 tras tomar posesión de las islas de Fernando Poo y Annobón, en Guinea Ecuatorial. Para rizar el rizo, su padre fue

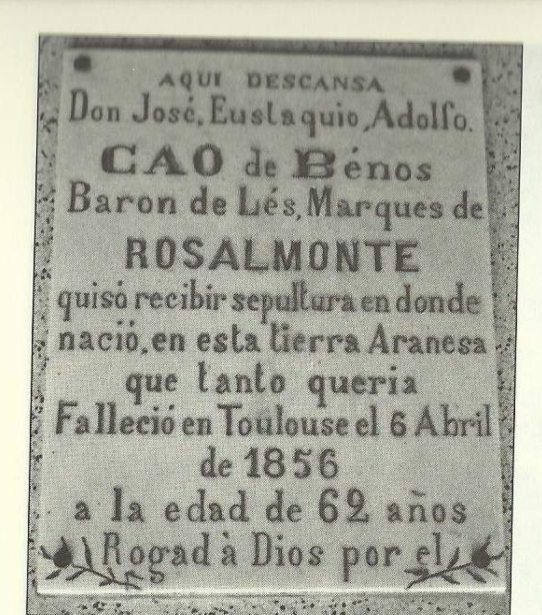
gobernador militar de Tarragona y aún hoy tiene una calle dedicada a él: la Baixada de Toro, justo en la fachada mediterránea de la ciudad.

Las familias de rancio abolengo suelen entretenerse tirando del hilo de su árbol genealógico hasta topar con Adán, el primer hombre. La mía no es una excepción, también reconstruyó su procedencia, para descubrir que al parecer somos descendientes de Clodoveo I, el primer rey de los francos que abrazó el catolicismo e hizo de París su capital. Murió en el año 511. Según las pesquisas, también descendemos de Roger I de Carcasona, fallecido en 1012. La línea de parentesco atraviesa asimismo el vizcondado de Béziers, la ilustre casa de Foix y el principado de Béarn, precisamente de donde proviene la Casa de Borbón francesa.

Puede parecer surrealista que el único extranjero con galones en Corea del Norte proceda de la aristocracia. Sin embargo, visto de cerca, no es tan extraño que me decantase por *El capital* y no por la revista *Hola*. Si he hecho este repaso a mis orígenes no es para acabar diciendo que hoy los de mi alcurnia residimos en un castillo, rodeados de sirvientes y entregados a la vida contemplativa. Sucede más bien lo contrario. La nobleza que envolvía mi apellido paterno se desvaneció cuando mi abuelo terminó arruinado. Al estallar la Guerra Civil, con sólo 17 años, se unió voluntario a los requetés en Granada; he aquí otra extravagancia de mi biografía: tengo un abuelo que luchó con los carlistas al lado de Franco y, como tirador de primera, llegó a enfrentarse a los brigadistas internacionales. Al finalizar la guerra, vivió como un señorito en uno de los cármenes más opulentos del barrio granadino del Albaicín. Por desgracia, tenía una gran habilidad para dilapidar la fortuna heredada. En 1958 se marchó a hacer las Américas, pero todas sus inversiones en Venezuela concluyeron en rotundo fracaso. Lo perdió todo. Al volver, tuvo que ponerse a trabajar por primera vez en su vida. Se trasladó a Tarragona para ingresar como vigilante de seguridad en la factoría de Butano SA. Y allí se jubiló.



El conde de Argelejo (1721-1778) obtuvo uno de los títulos nobiliarios de mi familia. La pintura se encuentra en el Museu d'Història de Tarragona (MHT-3763).



Lápida dedicada a uno de mis antepasados, en la capilla panteón de los barones de Les, en el Valle de Arán.

Su decadencia marcó el devenir de la familia. Mi abuelo no sólo rozó la bancarrota sino que además se despreocupó por completo de renovar los títulos nobiliarios que correspondían a su apellido. De hecho, ya mi bisabuelo se había desentendido de eso. Ahora esos honores figuran en la lista oficial de títulos vacantes, a la espera de que algún descendiente reclame su rehabilitación. Cuando llegue mi turno tengo pensado cursar la solicitud, y confío en que la institución monárquica no ponga trabas. No mantengo relación alguna con el rey Juan Carlos ni con nadie de su entorno, pero sí guardo con aprecio la carta que el jefe de la Secretaría de Despacho de la Casa Real, Miguel Guitart, me envió el 31 de enero de 2001 para mandarme un cordial saludo en nombre del monarca y agradecerme que le pusiera al corriente de la reciente creación de la Asociación de Amistad con Corea. Soy comunista hasta la médula y la patria que llevo en el corazón es Corea del Norte, pero allí nunca nadie me ha echado en cara mis orígenes nobiliarios y quiero conservar el inusual patrimonio de mis antepasados. Es algo a lo que no debo ni quiero renunciar.

Recelos clasistas hacia mi madre

La rama materna se encuentra en las antípodas de todos esos dilemas aristocráticos. Baste decir que mi bisabuelo combatió con el ejército republicano y fue dado por desaparecido en la batalla del Ebro. Mi abuelo era un linotipista de Murcia que tuvo que emigrar a Cataluña para ganarse el pan. En Barcelona conoció a la que sería mi abuela, una costurera de clase popular. Juntos abrieron una tienda de bisutería en Tarragona. Justamente en esta ciudad de la costa catalana se enamoraron mis padres, Rafael y Elvira, aunque su romance provocó un terremoto familiar. Ella no reunía las condiciones para ser esposa de un Cao de Benós de Les: así lo creía mi abuelo paterno, que hizo todo lo que pudo por evitar que su primogénito se desposara con una plebeya. Pero mi padre se mantuvo firme.

Una vez casados, se mudaron a un piso del barrio de Sant Pere i Sant Pau de Tarragona, donde prácticamente sólo había inmigrantes de regiones depauperadas de España. Allí es donde nací el 24 de diciembre de 1974. Yo era su primer hijo; mi hermano Guillermo no nacería hasta 12 años después. Mis padres tenían empleo y ganaban lo suficiente para salir adelante. Ella era secretaria de perforación y producción de petróleos, formaba parte de un equipo de especialistas internacionales. Estaba muy bien considerada y, en 1982, se le presentó una oportunidad que podría haber cambiado nuestras vidas. Le ofrecieron ponerse al mando de un proyecto en Escocia. Se vio obligada a escoger: o irse sola y progresar laboralmente o quedarse con la familia, y optó por lo segundo. Sacrificó su prometedora carrera por nosotros. Al final se acabó desvinculando de la empresa y abrió una granja-cafetería en nuestro barrio. Mientras tanto, a mi padre lo fichó Butano SA como analista químico para la factoría donde mi abuelo ejercía de vigilante. Ese contrato, que le dejaba expuesto a la movilidad geográfica, iba a influir de manera decisiva en nuestro destino.

En mis memorias de infancia se da una constante: recuerdo que organizaba a mis amigos en dos bandos para jugar a la guerra. Desde pequeño he sido esas dos cosas: un *team leader* y un amante de las aventuras bélicas. Son dos rasgos que jamás me han abandonado y quién sabe si no me vienen de sangre, herencia de tantos Cao de Benós de Les que llegaron a ser militares de alta graduación. Incluso mi padre sirvió en el ejército y, como si fuera una premonición, estuvo bajo el mando de un comandante que lo apodó «el coreano», por sus ojos levemente rasgados.

En Sant Pere i Sant Pau, nos juntábamos una quincena de amigos e íbamos a los bosques de los alrededores a perseguirnos con pistolas de fogueo. Yo me dedicaba a pensar estrategias, tender emboscadas y defender nuestra cabaña. Proponía las reglas y aquel que se las saltase se llevaba una buena reprimenda... Siempre he sido un poco mandón, lo reconozco. En realidad, aborrezco la indisciplina. Pero si soy exigente con los demás es porque, por encima de todo, me exijo aún más a mí mismo, no me permito ningún desliz, ningún comportamiento deshonesto o desleal. El caso es que los demás niños se apuntaban encantados a mis juegos de guerra. Me inventé una especie de gimnasio selvático para curtir nuestros músculos con la ayuda de rocas y ramas de árbol. Nos tumbábamos sobre pinchos silvestres para demostrar que éramos capaces de aguantar el dolor.

Las excursiones en bicicleta también formaban parte de la rutina. Queríamos emular a los protagonistas de *Verano Azul*. Al estar mis padres tan atareados con sus respectivos trabajos, yo solía andar fuera de casa. A menudo quienes se ocupaban de mí eran los abuelos maternos, unos segundos padres. En los meses de calor, mi abuelo y yo madrugábamos para plantarnos a las seis de la mañana en la playa de l'Arrabassada. Por supuesto, éramos los primeros en llegar y podíamos escoger sitio. Esa calma matutina, sin el bullicio de las horas punta ni el asfixiante sol canicular, era una gozada.

Allí pasaba días enteros, levantando castillos de arena e imaginando batallas épicas.

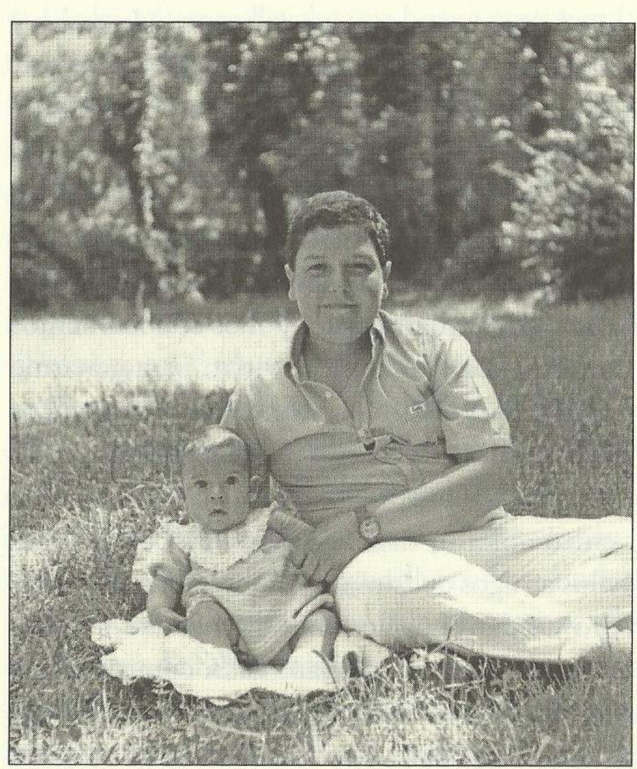
Fui un niño precoz para determinadas cosas, entre ellas el lenguaje. Con dos añitos ya me paseaba muy orgulloso, erguido, hablando por los codos. No soportaba que los mayores se dirigieran a mí con diminutivos. «¡Me llamo A-le-jan-dro!», les respondía ofendido. Ante todo, dignidad. Por lo visto, era todo un personaje... A mis padres les gusta contar una anécdota: una vez, en un restaurante, fui a merodear por las mesas y una pareja empezó a darme conversación con voz melosa, como si le hablaran a un bebé. Les solté una perorata para dejarles claro que, a pesar de ser un renacuajo, ya me sostenía en pie y era capaz de articular frases con la corrección de un adulto. La mujer se acercó a mis padres y les confesó azorada: «Perdonen ustedes, pero es que su hijo me está dando miedo...».

También aprendí a leer a una edad muy temprana. Me encerraba en la habitación a devorar cómics, especialmente *Mortadelo y Filemón*. Era un auténtico fan, memorizaba sus exclamaciones y las soltaba jugando con los amigos. A veces los reunía en la plaza del barrio y, convertido en cuentacuentos, relataba viñeta por viñeta las desventuras de los dos agentes de la TIA. Asimismo, me familiaricé prematuramente con la informática mediante un humilde ZX Spectrum. Con 9 años, mis padres me compraron un manual *basic* para niños y empecé a aprender programación, unos conocimientos que fui ampliando con los años y que me servirían para ganarme la vida. Adoraba la parte lúdica del ordenador: pese a sus gráficos primitivos, llegué a pasar noches en vela con mis colegas superando pantallas del *Gauntlet*.

Aunque era un chico abierto, risueño y me llevaba bien con todo el mundo, tenía dos amigos del alma que sobresalían por encima de los demás: Pedro y Adán. Los dos eran de mi edad, íbamos juntos al colegio, pero entre ellos se odiaban. Eran como el día y la noche. Pedro era un chaval muy campechano, aventurero, enamorado de los bichos y la naturaleza, mientras que Adán tenía un



Nací en la Nochebuena de 1974 en Tarragona. Rafael y Elvira son mis padres.



Con mi hermano Guillermo me llevo doce años de diferencia.

temperamento más reposado, menos intrépido, se aproximaba más al prototipo de pijo. Cuando iba con uno, no podía ir con el otro. Competían por ver quién era más amigo mío. Jamás me decanté por uno u otro, actuaba de puente. Ése es otro rasgo de mi carácter. Extrapolándolo al presente, hoy también intento conectar dos mentalidades opuestas, la del mundo occidental y la de la sociedad norcoreana, dos realidades antagónicas que pueden llegar a trabajar juntas en beneficio mutuo si saben exprimir sus oportunidades.

En la escuela tenía facilidad para asimilar las lecciones, pero nunca fui un empollón. Me conformaba con aprobar las asignaturas, raramente me esforzaba por sacar buenas notas. No invertía ni un minuto más del tiempo que pasaba en clase. Cursé la primaria en colegios públicos, primero en el Sant Pere i Sant Pau y, a partir de 6º de EGB, en Nuestra Señora del Milagro, una escuela con un emplazamiento privilegiado: frente al mar, pegada al anfiteatro romano de la antigua Tarraco. Solíamos colarnos en las ruinas, nos metíamos por los túneles y buscábamos reliquias enterradas. A veces aparecían monedas; un día encontré un candil precioso. Desde luego, el recinto carecía de un sistema de seguridad adecuado para evitar nuestras incursiones. Mis compañeros también se divertían con yoyós, peonzas, canicas, cromos y fútbol. A mí todo eso me parecía insustancial, lo mío era organizar batallas en el patio, armados con bolígrafos vacíos por los que disparábamos soplando granos de arroz. A la hora del recreo, me sumergía en mis fantasías militares. Y a la hora de estudiar, elegía mis propios temas, como por ejemplo la parapsicología.

Fascinación por los fenómenos paranormales

No es que fuera un pasota que holgazaneaba todo el día, simplemente tenía tan claro lo que suscitaba mi interés que me volcaba sólo en eso. Era un asiduo de los programas de televisión del profesor Jiménez del Oso sobre fenómenos paranormales. Apreciaba

su forma de tratar estos asuntos desde una perspectiva académica, imponiendo seriedad en algo que a la gente le sonaba a cuentos chinos. Me aficioné de tal forma a esos temas que en 6º de EGB fundé una «organización», la Compañía Investigadora de Ovnis y Parapsicología. La CIOP —la llamábamos por sus siglas— tenía incluso logotipo propio: una doble zeta, que simbolizaba la Vía Láctea. Todo era muy inocente, nos reuníamos varios amigos a contar casos que habíamos oído o leído.

De vez en cuando realizábamos «trabajos de campo». Una noche tuvimos la osadía de infiltrarnos en el siniestro complejo de La Savinosa, un sanatorio para tuberculosos abandonado y desvencijado, situado en un promontorio frente a la playa. Se dice que es un lugar encantado por el que siguen vagando almas en pena. Con un par de amigos decidimos investigarlo. Fuimos allá muertos de miedo, con una grabadora para captar psicofonías y una cámara de fotos con carrete de alta sensibilidad. Al poco rato de penetrar en aquel tétrico edificio, oímos unos ruidos. Seguramente se trataba del guardia de seguridad, pero salimos de allí disparados.

La CIOP se mantuvo activa más allá de un curso. Antes de terminar la primaria, ofrecí mi primera conferencia pública. Uno de los profesores de Nuestra Señora del Milagro me animó a impartir en el mismo colegio una lección de parapsicología, telequinesis, efectos *poltergeist*, ovnis… ¿Cómo vamos a estar solos en el universo? ¡Pues claro que hay vida extraterrestre! Esta atracción por las ciencias ocultas se complementaba con una gran admiración por la espiritualidad asiática.

Descubriendo las religiones orientales

Siempre he creído en la existencia de un Dios todopoderoso. Puede parecer extraño que lo afirme un marxista, pero es que en eso discrepo de Marx. Era aún un chiquillo cuando intuí por primera vez que un ente supremo nos gobierna. Observando las hormigas que

metía en una urna de metacrilato con un poco de arena y pan, formulé una reflexión: igual que esos insectos hacen su vida sin enterarse de que más allá del recipiente hay un niño que las controla, los humanos posiblemente también estemos a merced de algún ser superior. Y sigo convencido de que un creador del universo diseñó las entidades vivientes. Si no hay una inteligencia detrás, las cosas no funcionan, tienden a degenerar. Pero el mundo guarda un orden armónico: los ciclos, la naturaleza, las especies… A esa inteligencia superior la llamamos Dios y cada cultura le da matices diferentes.

No me considero feligrés de ninguna religión en concreto, pero mi filosofía de vida está impregnada de principios hinduistas y budistas. Empecé pronto a beber de esas fuentes, incluso antes de iniciarme en el comunismo. No había cumplido los 13 años cuando me apunté a unos cursos de la Asociación Gnóstica de Estudios de Antropología y Ciencia, en Tarragona. Gracias a la gnosis profundicé en el estudio comparado de grandes civilizaciones. Aprendí el significado de elementos esotéricos como el *omkara*, el tetragrámaton, la estrella de David o los viajes astrales.

Quedé prendado de la sabiduría oriental, especialmente del hinduismo y el budismo, con los que me sentí muy identificado porque ofrecían respuestas a interrogantes que yo mismo venía planteándome. Uno de los conceptos que más huella me dejó es el de la reencarnación: el alma abandona el cuerpo una vez muerto y pasa a habitar en una nueva entidad. Eso podría explicar por qué nos atrae algún país que aparentemente desconocemos o por qué a veces reconocemos objetos o lugares que presuntamente no habíamos visto jamás. Mis padres todavía se acuerdan de una visita a Teruel a los pocos años de haber nacido yo. Paseábamos los tres bajo la lluvia, cuando de repente señalé un puente y grité: «¡Eso lo he construido yo!». Eché a correr, crucé el viaducto, ellos iban persiguiéndome con el paraguas. Antes de llegar al otro lado les dije que iba a ver el monumento que me dedicaron como autor de esa obra. Efectivamente, allí encontramos un monolito y una placa con el

nombre del ingeniero. Ni mis padres ni por supuesto yo habíamos pisado nunca Teruel.

El cine alimentó mi pasión por lo asiático. *El imperio del sol* y sobre todo *El último emperador*, las dos de 1987, tuvieron en mí un efecto hechizante. Sentí una íntima conexión espiritual con la mística oriental que desprendía la película de Bernardo Bertolucci. En el colegio, toda esa afición por la gnosis y las culturas milenarias se tradujo en sobresalientes en Filosofía, la única asignatura que me motivaba. Intervenía constantemente en clase para hacer aportaciones, a veces ponía en aprietos al profesor corrigiendo alguna de sus afirmaciones. ¡Qué diferencia con el resto de materias, a las que apenas prestaba atención!

Aprendiz de tenor

Una de las características que mejor definen mi temperamento es la tenacidad. En mi diccionario, la palabra «imposible» está tachada. Cuando me marco una meta, no desfallezco hasta alcanzar el objetivo, por muchos obstáculos que encuentre por el camino. Los retos son mi combustible vital, sin ellos me siento vacío, el tedio de la rutina me desespera. Nada me proporciona mayor satisfacción que superar un desafío. Sin ese tesón jamás habría sido aceptado en el seno de la gran familia norcoreana. Y quizá ni tan sólo habría intentado ingresar en el selecto conservatorio de Tarragona.

Desde muy jovencito sentía una atracción especial por la música. En eso mi padre tuvo mucho que ver: sentado con él en el sofá, me ponía los auriculares para que escuchara melodías de Pink Floyd, Supertramp, Genesis o Paul McCartney. Precisamente una canción del exbeatle, *We all stand together*, en la que representa que cantan unas ranas, era mi preferida. Hacía volar la imaginación y me transformaba en una rana que cantaba con las demás. Al verme tan entusiasmado, mi padre quiso aplicarme la técnica de la

hipnosis para que me transportara al imaginario reino de las ranas. Pese a ser él un novato en sofrología, consiguió sumirme en un sueño profundo, placentero, haciéndome creer que había accedido al paraíso de los batracios. Pero algo falló... ¡Sus intentos para que volviera en mí no fructificaban! Yo seguía dormido, entre ranas y nenúfares, y no había manera de que despertara. Finalmente, logró dar con la tecla y bajé a la realidad terrenal.

Con 10 años, decidí convertir la música en mi principal actividad extraescolar y me presenté a los exámenes del conservatorio. Podía parecer un brindis al sol, porque las solicitudes de ingreso superaban con creces el número de plazas. Sin enchufe, mis posibilidades eran escasas. Pero apliqué mi máxima de no dar nada por perdido y la jugada salió bien: aprobé con nota alta los exámenes y fui admitido. Durante más de tres años estudié solfeo, piano y canto, con calificaciones que, a diferencia de la escuela, oscilaban entre el notable y el sobresaliente. Fue entonces cuando cultivé mi voz de tenor. Una de las maestras me enseñó a cantar en falsete para alcanzar los tonos más agudos, paso previo a utilizar el diafragma. En esa transición tuve que soportar las risitas de mis compañeros, pero hice caso a la profesora y logré cierta destreza en canto operístico, que posteriormente me ha servido para ganar amistades en Corea del Norte, donde compartir canciones es todo un ritual.

Primer desarraigo: a Granada

Fue el primer corte radical en mi vida. No sería ni mucho menos el último, pero quizá sí el más traumático. En 1989 destinaron a mi padre a Granada, su ciudad natal. El cambio iba acompañado de un ascenso y una mejora retributiva en Butano SA que no estaba en condiciones de rechazar, así que se mudó a Andalucía con su esposa y sus dos hijos. De repente tuve que romper con mis amigos, los del barrio y los del Instituto Ponts d'Icart, donde ese año cursaba

2º de BUP. También implicó desarraigarme de la sociedad catalana, laboriosa, bilingüe y cosmopolita, para trasladarme a un mundo muy distinto, donde al principio nos trataron con menosprecio. Éramos los «polacos».

Nos instalamos en el municipio de La Zubia, a media docena de kilómetros de Granada, fértil tierra cercana a Sierra Nevada. En esos primeros tiempos, nos costó horrores adaptarnos a un entorno con una mentalidad mucho más cerrada y conservadora de lo que estábamos acostumbrados. Me incorporé al instituto de La Zubia, donde repetí curso. Algunos me miraban con recelo. Llenos de prejuicios absurdos, pensaban que era un arrogante chico de ciudad —y encima «polaco»— que venía a dar lecciones.

Sin embargo, poco a poco constataron que no miraba a nadie por encima del hombro. A medida que fui venciendo las suspicacias, hice buenos amigos. Creo poseer un don natural para empatizar con las personas, un sexto sentido que me permite descifrar su esencia, conectar con ellas. Puedo interpretar la energía que desprende un ser humano y saber si tiene o no un buen fondo. Esa capacidad, en Corea, está reconocida e incluso tiene un nombre: *kibún*. Aproveché mi *kibún* para volver a rodearme de amigos, que me acompañaron en las aventuras que estaba a punto de emprender.

Parte II
Descubrimientos

El despertar de mi conciencia política

El año 1989 pasó a la historia por el hundimiento socialista en Europa oriental. Cayó el muro de Berlín, Nicolae Ceauşescu y su mujer murieron fusilados, incluso la reformista China de Deng Xiaoping llegó a tambalearse por las protestas de Tiananmen. Socialismo era la palabra menos de moda que podía escucharse en aquel momento. Y quizá por eso me sonaba interesante. Típico de mi carácter: tiendo a nadar a contracorriente. Mientras el mundo occidental se esforzaba en sepultar más de un siglo de ideología marxista, yo me interesé por aquello que tildaban de anacronismo.

Ya entonces me sublevaba ver imágenes de extrema pobreza en otras partes del globo. Con 15 años, les dije a mis padres que quería inscribirme en la Cruz Roja para ayudar al Tercer Mundo. Estaba dispuesto a aparcar mis estudios y a aportar mi granito de arena para remediar el injusto sufrimiento de los más desvalidos. La idea fue perdiendo fuerza a medida que entendí que mi contribución como voluntario de una ONG no resolvería el reparto desigual de la riqueza, sería simplemente un parche. Si quería propiciar un verdadero cambio, debía implicarme en el activismo político.

Jamás he sido ni he pretendido ser un teórico. Si me encerrase en un despacho a engullir libros, me deprimiría. Soy un hombre de acción, con una rebeldía innata contra la injusticia social. No respondo al prototipo de erudito que se dedica a meditar lejos de los puestos de combate. Por eso mi aproximación al marxismo-leninismo no se tradujo en horas interminables de lectura de los clásicos. De Marx y Engels, por ejemplo, me quedo con el *Manifiesto Comunista*, claro, directo y digerible, más que con sus alambicados análisis del capitalismo. Ese y otros panfletos o extractos de obras pude leerlos en la biblioteca de Granada cuando empecé a indagar esos temas. De forma autodidacta, fui empapándome de la terminología del socialismo científico.

Además de identificarme con el discurso de fondo, sentía una íntima fascinación por la estética soviética, sus explícitos carteles de propaganda, las exhibiciones militares en la plaza Roja... La prensa hablaba del socialismo como si fuese un cadáver, blandía la decadencia soviética como prueba irrefutable del fracaso de una ideología, presentaba el régimen fundado por Lenin como un pérfido gigante con pies de barro, pero yo no entendía cómo habiendo tanta hambre en el mundo el «enemigo» pudiera ser un país que enarbolaba la bandera de la igualdad y la solidaridad entre los pueblos.

Decepción en Izquierda Unida

Mis inquietudes políticas, en un primer momento, encontraron acomodo en Izquierda Unida. En La Zubia existía un grupúsculo del movimiento, así que me apunté con la ilusión de un niño. Por edad, oficialmente sólo podía formar parte de las juventudes, pero al menos estaba autorizado a asistir a las reuniones de la formación. En última instancia, lo que pretendía era ingresar en el PCE y conseguir el carné de militante comunista, pero para ello necesitaba el

aval de otros miembros del partido y, para ganarme su confianza, antes tenía que hacer méritos en Izquierda Unida.

Me sentía orgulloso de militar en una organización política y estaba convencido de que mis veteranos compañeros compartían ese entusiasmo por cambiar el mundo. En los primeros meses, mi implicación en el proyecto fue total, me ofrecía para cualquier tipo de tarea: pegaba carteles por la calle de madrugada, preparaba bocadillos para fiestas y celebraciones, vendía números de la rifa para sacar algo de dinero para la causa...

Sin embargo, no tardé en llevarme un chasco. En las elecciones municipales de 1987, Izquierda Unida había obtenido dos concejales en el Ayuntamiento de La Zubia. La siguiente cita electoral iba a ser en mayo de 1991, pero un año antes comenzaron las zancadillas internas para dilucidar quién integraría la candidatura. En las reuniones no se discutían enfoques ideológicos ni se definían grandes estrategias, sólo se escenificaban conflictos personales. A unos sólo les interesaba aferrarse al cargo, otros únicamente planeaban cómo desbancar a los mejor posicionados. Por supuesto, nadie hablaba de revolución. Lo único que les movía eran sus intereses económicos y de poder. Harto de tanto navajeo, decidí darme de baja al cabo de apenas un año.

Experiencia aterradora entre espíritus

En Andalucía seguí tan entusiasmado o más con los fenómenos paranormales y no dejé morir mi pequeño invento, la Compañía Investigadora de Ovnis y Parapsicología. Convencí a un par de amigos para que colaboraran. Da la casualidad de que en Granada se encuentra uno de los edificios más inquietantes y misteriosos de España: la antigua sede de la Diputación. El lugar es epicentro de todo tipo de leyendas, a cuál más espeluznante. Voces de ultratumba, desplazamiento de muebles sin intervención humana,

funcionamiento espontáneo de ascensores, tirones de pelo, puertas que se abren y cierran, máquinas de escribir que teclean solas, haces de luz... Sus empleados estaban realmente aterrorizados.

A finales de 1986, un equipo de expertos en *poltergeist* examinó a fondo el edificio y, en efecto, fue testigo de una serie de acontecimientos fuera de lo común. Para la CIOP, aquel sitio encantado representaba un apetitoso objeto de estudio y no tardamos en preparar un plan de exploración. Uno de mis colegas conocía al vigilante nocturno del recinto, un hombre que desde que había conseguido el empleo vivía con el miedo en el cuerpo porque más de una noche había oído ruidos extraños. Convenimos que nos abriría las puertas para que pudiésemos investigar a nuestro aire. Puede parecer un juego de niños, pero lo que viví esa noche jamás lo olvidaré...

Entre excitados y atemorizados, llegamos casi de madrugada al edificio de la calle Mesones. Íbamos equipados con los instrumentos habituales para esta clase de trabajos de campo: grabadoras de casete para las psicofonías, brújulas para detectar alteraciones magnéticas, cámaras con carretes de alta sensibilidad para captar energías sobrenaturales... A partir del momento en que el guardia nos franqueó la entrada y empezamos a deambular por los pasillos y salas de la sede administrativa, no dejaron de temblarnos las piernas ante la evidencia de que el *más allá* existe.

De repente, oímos un estruendo en el piso de arriba, como si alguien estuviese arrastrando algo metálico. Subimos a toda prisa y vimos unos archivadores de grandes dimensiones desplazados de su sitio. Escuchamos ruidos en una planta superior y al subir hallamos un montón de papeles esparcidos por el suelo. De pronto volvieron a oírse con estrépito golpes metálicos procedentes de abajo: eran cajones de oficina que se abrían y cerraban con violencia. Aquel espíritu poseía la capacidad de actuar sobre la materia. Nuestro miedo inicial degeneró en pavor.

La brújula se volvía loca por momentos, la manecilla daba vueltas sin parar. El ascensor subía y bajaba plantas sin que nadie

apretara el botón. Lo que pasó cuando entramos en el salón de actos de la Diputación fue ya el colmo. En los tablones de madera de las paredes aparecieron unas manchas aceitosas que luego se evaporaron sin dejar ni rastro. Al salir de aquel diabólico edificio, constatamos que la grabadora había captado un sonido sincopado, semejante al latido de un corazón.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos allí, pero sí el alivio que sentimos al marcharnos. El vigilante de seguridad huyó despavorido antes que nosotros. Fue su última noche de guardia, renunció al empleo a la mañana siguiente. Y no era el primero que rescindía el contrato por un trauma similar. Un locutor de Radio Contadero, la emisora del pueblo vecino de Huétor Vega, me invitó a explicar en antena la experiencia. Al enterarse de mi debilidad por los enigmas, me ofreció conducir un programa semanal sobre estos temas, que se llamó *Luz y tinieblas*.

Tiempo después, volví a poner los pies en la sede de la Diputación. El entonces coordinador general de Izquierda Unida, Julio Anguita, pronunciaba una conferencia justamente en el salón de actos. Yo aún era militante y me acerqué a saludarlo. Le conté que allí mismo había presenciado sucesos espeluznantes. No sólo no me tomó por loco, sino que escuchó el relato con atención y, agarrándome del brazo, me susurró: «Pues a mí me ocurrió una cosa igual de extraordinaria en otro sitio, pero prefiero no comentarlo. ¡Eso no se lo he contado ni a mi padre!». Me dejó con la intriga. Nunca he vuelto a verlo, ¡pero espero que algún día desvele su secreto!

Salto a la ortodoxia del PCPE

A finales de 1990 abandoné Izquierda Unida, profundamente desengañado, pero no pretendía dejar la política. Lo que necesitaba era aterrizar en una organización dispuesta a luchar por cambiar el mundo. Paseando por Granada vi un cartel propagandístico del

PCPE: banderas rojas, hoz y martillo, puños alzados... Aquella estética tan explícita era de mi gusto. Me presenté en su sede. En la pared del local destacaban los retratos de Marx, Engels y Lenin, las estanterías estaban llenas de sus obras, la estrella de cinco puntas dibujada en el emblema del partido encarnaba el espíritu internacionalista, las enseñas de la sala principal hacían honor a su apelativo de «prosoviéticos». De hecho, tenían fama de estalinistas. Pese a ser tiempos de *perestroika*, no parecían avergonzarse de sus convicciones. Creí que ése era mi lugar.

Al tener sólo 16 años, me encuadraron en los Colectivos de Jóvenes Comunistas (CJC), las juventudes del partido, que disponían de una habitación propia dentro del local. No tardaron en otorgarme el cargo de secretario de organización de los CJC en Granada. Acudí a cursillos del partido para ampliar mis conocimientos sobre marxismo-leninismo. Debo admitir que las lecciones sobre *El capital* resultaban soporíferas. La teoría pura y dura no es lo mío. Aun así, entendía que no toda la vida de militante podía limitarse a la acción directa, también debía formarme, adquirir una base argumental lo más sólida posible, y por eso me apliqué tanto como pude.

En seguida hice amigos, entre ellos César, secretario general de los CJC en Granada. El ambiente entre los jóvenes era de pleno compromiso con la doctrina, no había titubeos. En cambio, dentro del PCPE las cosas no se veían tan claras. El aperturismo de Gorbachov estaba haciendo mella entre los cuadros de más edad. Acomplejados por el desmoronamiento del bloque oriental, desmoralizados por la victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría, iniciaron un viraje hacia la moderación. Primero renegaron de Stalin, se flagelaron por los crímenes cometidos en su nombre, abjuraron del apoyo prestado durante años a la Unión Soviética. Debatiendo con ellos, parecía que la izquierda burguesa representada por el PSOE fuese la única con legitimidad para seguir existiendo. Esa deriva me fue mortificando poco a poco.

Por razón de mi cargo, algunas tardes las pasaba en el local, a menudo a solas. Disponía de un juego de llaves, así que podía entrar y salir cuando me apetecía. Solía escoger algún libro de la biblioteca del partido y me quedaba leyendo hasta que me cansaba. En la parte inferior de las estanterías me llamaba la atención un cajón cerrado con llave. Supuse que contenía algún documento secreto que los máximos responsables del PCPE no querían que viésemos. Se me ocurrió probar de abrirlo con alguna de las llaves que me habían facilitado... ¡y funcionó!

Para mi sorpresa, no encontré más que dos libros. Uno era un volumen de las obras de Kim Il Sung en castellano. El otro, también traducido, se titulaba *Kim Jong Il. Dirigente del Pueblo* y era un compendio de leyendas sobre el hijo y futuro sucesor de Kim Il Sung. Era la primera vez que caía en mis manos material de Corea del Norte. ¿Qué demonios hacían dos libros comunistas ocultos en aquel cajón? ¿Por qué razón no estaban al lado de los Gramsci, Lenin y compañía en la biblioteca de nuestro local? No entendía las razones de aquel «encierro». Mi curiosidad se disparó hasta los topes.

Le confié el hallazgo a César, que estaba en la treintena y tenía mucha más formación política que yo. Sus inclinaciones estalinistas lo arrastraban hacia posiciones críticas con la dirección del partido y por eso no tuvo inconveniente en contarme que, con los vientos que soplaban en la izquierda, el comunismo recalcitrante de Corea del Norte se había convertido en anatema. En los buenos tiempos, llegaban desde Pyongyang contenedores llenos de libros que se regalaban a los partidos hermanos. Esos dos volúmenes los habría recibido el PCPE a mediados de los años ochenta, pero para la cúpula del partido simbolizaban una herejía y habían acabado confinados en un cajón. Desde ese momento, deseaba quedarme a solas en la sede para ponerme a leer a hurtadillas. Así fue cómo descubrí el socialismo norcoreano.

Lo más asombroso de aquellos textos es que hablaban de la idea *Juche* como gran referente. ¿Y qué era eso? La palabra *Juche*, en coreano, viene a significar «dueño de uno mismo». Ésa es la esencia de esta evolución ideológica del marxismo-leninismo alumbrada por Kim Il Sung: el hombre es amo y señor de su destino. La libertad está a su alcance, siempre y cuando priorice su compromiso político. Las tres principales cualidades humanas son la conciencia, el espíritu creador y la independencia. Este último valor es inviolable. Si una persona pierde su independencia, si se ve subyugada por otros, su vida ya no vale ni un céntimo, está virtualmente muerta como ser social. Los revolucionarios norcoreanos proclaman que es preferible morir luchando por la libertad que permanecer vivo en la esclavitud.

Pero lo que más me chocó fue el personalismo que desprendían las narraciones. Presentaban a Kim Il Sung como «Gran Líder» y a su hijo como «Querido Líder», se les daba un tratamiento cuasi divino, emergían como dos bondadosos padres al cuidado de una nación. Más que grandes disquisiciones metafísicas, esas obras contenían relatos idealizados de sus andanzas, ejemplos prácticos de su estilo de liderazgo, como aquel mítico episodio de 1936, en las montañas de Manchuria, donde se escondían las bases guerrilleras comandadas por Kim Il Sung.

Corea se hallaba bajo ocupación japonesa y la resistencia se concentraba en las provincias colindantes en territorio chino. Era un refugio seguro, porque su escarpada orografía dificultaba los movimientos del ejército nipón, pero los combatientes tenían que soportar condiciones extremas: mal abastecidos de víveres, pésimamente equipados y con ropajes insuficientes para protegerse de los 40 grados bajo cero en invierno. Un día, Kim Il Sung visitó un campamento de huérfanos menores de 14 años que se habían incorporado a la guerrilla antijaponesa para vengar la muerte de sus padres. Al verlos, se le

cayó el alma a los pies. Los muchachos se encontraban en un estado deplorable, desnutridos, harapientos, sin fuerzas. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un sobre con 20 wones. No era más que una modesta suma de dinero, pero era todo lo que tenía. Aquel sobre se lo había dado su madre. Lo invirtió en ropa para los chicos y les inscribió en su unidad para poder cuidar de ellos.

Las biografías oficiales de Kim Il Sung están repletas de estas crónicas sublimadoras. Sucede lo mismo con Kim Jong Il, retratado como un niño prodigio que fue asimilando el método de dirección de su padre. Fiel a la tradición confuciana, sentía devoción por su progenitor. Uno de los libros explicaba cómo, siendo aún estudiante, promovió el «movimiento de lectura de 10.000 páginas al año». Las páginas tenían que pertenecer principalmente a las obras completas del Gran Líder. ¿Con qué propósito? Inculcar las ideas revolucionarias a la juventud. Es más, recomendó leer cada trabajo «diez o veinte veces» para que las teorías de Kim Il Sung fueran asimiladas correctamente.

Benevolencia, sabiduría, astucia, valentía, rectitud... Todos esos valores tomaban cuerpo en los textos «prohibidos» por el PCPE. Yo sabía que aquella exaltación era una práctica enterrada en otros países socialistas desde que Jrushchov denunció el culto a la personalidad de Stalin. Rompía los esquemas del PCPE. Pero la estrategia de ocultar los libros groseramente en un cajón no funcionó. Aquellas lecturas me abrieron los ojos. Corea del Norte se convirtió en una auténtica obsesión.

A lo largo de la narración he ido enumerando mis inclinaciones: igualitarismo, militarismo, disciplina, misterios, espiritualidad oriental... Es curioso, mencionando de un tirón toda esta retahíla de elementos, parece que esté definiendo al milímetro el país por el que hoy estoy dispuesto a sacrificar mi vida. Corea del Norte irrumpió en mi horizonte. Corría el año 1991. ¡Quién me iba a decir entonces que, al cabo de una década, se habrían hecho realidad muchos de los sueños que parecían inalcanzables!

Parte III
Flechazo

Lecciones exprés de historia

He querido iniciar el libro contando mi primera toma de contacto con un alto cargo norcoreano. Ese encuentro con Li Jong Gun en la mansión de la calle de las Islas Marquesas me marcó. Yo venía de devorar entusiasmado las dos obras proscritas en la sede del PCPE y estaba deseando aprender más. En esa inolvidable recepción de la representación permanente de Corea del Norte ante la OMT, me acabé de enamorar de aquel enigmático país. Al regresar a La Zubia, mi motivación era máxima. Lo primero que hice fue documentarme, leer todo el material que había traído de Madrid. Entre los libros editados en Pyongyang, había ensayos de historia, obras y anecdotarios del Gran Líder, álbumes fotográficos del «paraíso socialista»… Empecé a descubrir el pasado de Corea.

La mitología sitúa el nacimiento de la nación en el año 2333 a. C., cuando el rey Tangún fundó el primer Estado coreano. Tangún no era un rey cualquiera, era hijo del dios Hwan Ung, que había descendido de los cielos para casarse con una osa convertida en mujer. Aquella Corea incipiente recibía el nombre de «Chosun», que significa «la tierra de las mañanas serenas». Lejos de ridiculizar el mito

de Tangún, Kim Il Sung ordenó a un equipo de arqueólogos que buscara sus restos. En 1993 dieron con ellos cerca de Pyongyang. Fue una manera de constatar que la cuna de la patria se encuentra en la mitad norte de la península coreana. El Gran Líder encargó construir un mausoleo para depositar solemnemente los despojos del rey fundador. A más de uno le parecerá extraño que un dirigente comunista idolatre de esa forma a una figura ancestral de cuya existencia dudan incluso los historiadores, pero el caso es que en Corea del Norte la tradición se considera un patrimonio a salvaguardar. Los principios nacionalistas que impregnan la idea *Juche* imponen el máximo respeto hacia los héroes del pasado.

Más allá de la leyenda, uno de los periodos más interesantes es el de los tres reinos, en el primer milenio de nuestra era. Koguryo, al norte, y Paekche y Silla, al sur, se repartían el territorio peninsular. Eran tres reinos en conflicto permanente, pero reunían un único grupo étnico, todo un precedente de la actual división de Corea. Hacia el siglo x, un poderoso general del norte, Wang Gon, consiguió unificar toda la península bajo un único mando: nació así el reino de Koryo. Cerca de la ciudad de Kaesong, las autoridades norcoreanas han erigido un mausoleo en honor de Wang Gon. Koryo da nombre a las aerolíneas nacionales y a uno de los mejores hoteles de Pyongyang. Son pruebas de que el pasado es tratado con mimo.

El eclipse del reino de Koryo, en el siglo xiv, coincidió con el surgimiento de una dinastía radicada en el sur que consolidó su dominio sobre todo el territorio coreano hasta casi el siglo xx. Ese reino llamado Chosun, un nombre con reminiscencias del Estado creado por Tangún, tuvo que defenderse de los constantes intentos de invasión por parte de chinos y japoneses. Su reacción instintiva fue encerrarse en sí mismo, bunkerizarse. Con ese aislacionismo extremo se ganó el apelativo de «reino ermitaño», una etiqueta que también se atribuye a Corea del Norte.

Algunos de los libros que me ofrendó Li Jong Gun repasaban esas raíces, pero lo que más me gustaba era leer sobre la guerrilla

antijaponesa. El imperio japonés, en 1910, se anexionó la península. Fue una catástrofe. Los ocupantes subyugaron a la población, secuestraron a mujeres como esclavas sexuales, prohibieron la enseñanza en lengua coreana, obligaron a la gente a japonizar su nombre, practicaron detenciones indiscriminadas, torturas, vejaciones... Frente a ese régimen del terror se rebeló un buen puñado de revolucionarios, con Kim Il Sung a la cabeza, camuflado en Manchuria. Desde ahí lanzaba ataques relámpago contra los destacamentos nipones, pero el equilibrio de fuerzas era muy desigual. Los relatos sobre el valor de esos milicianos sin recursos pero dotados de un espíritu indomable me hacían saltar las lágrimas. Por suerte, el final de esa historia de penalidades guerrilleras es feliz: en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, los japoneses, vencidos en todos los frentes, se batieron en retirada.

El club de amigos más excéntrico

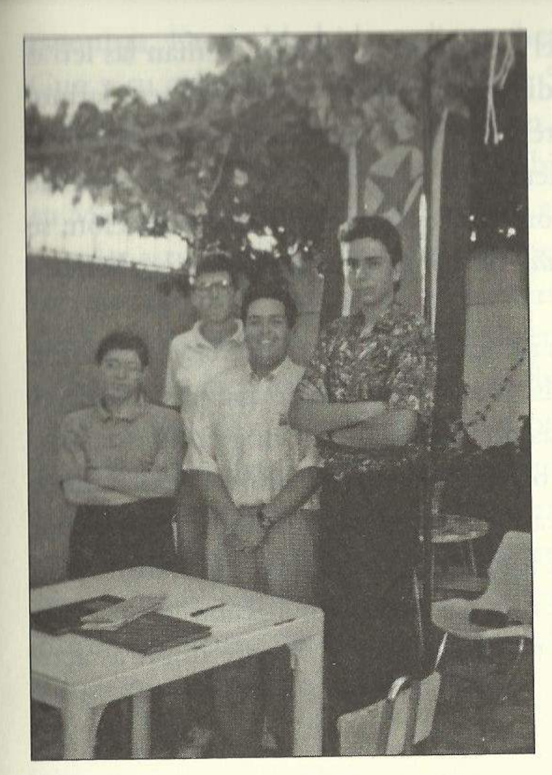
Li Jong Gun me había encomendado una misión proselitista. Lo que hice fue fundar la Asociación de Amistad con Corea «9 de Septiembre» y lanzarme en seguida a captar adeptos. Dentro de los CJC, convencí a César y a su hermano. Corea del Norte les quedaba muy lejos, pero no les parecía mal apoyar a un país que plantaba cara al revisionismo de Gorbachov. Para ensanchar las bases de la asociación, abrí las puertas a unos cuantos amigos de La Zubia, cuyo grado de politización era nulo pero que, para romper la soporífera rutina del pueblo, se apuntaban a un bombardeo. La asociación tenía, por lo tanto, dos caras: una vinculada a un reducido núcleo de camaradas del PCPE en Granada y otra más informal que abarcaba a mis amistades en el pueblo.

Nuestra asociación carecía de sede oficial. ¿Cómo íbamos a alquilar un local si casi todos éramos simples estudiantes de instituto? En Granada utilizábamos la habitación de los CJC, dentro

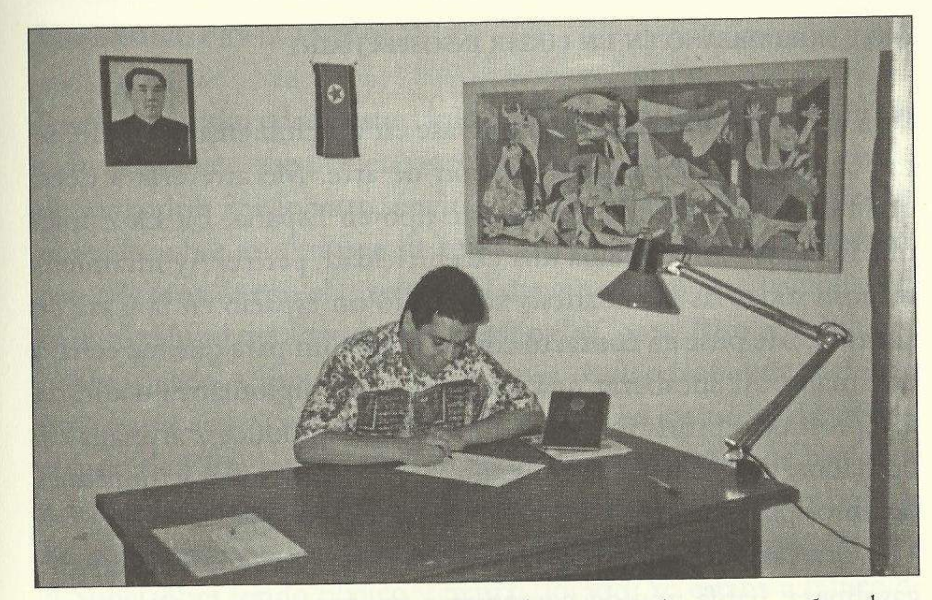
de la humilde sede del PCPE, para leer textos, debatirlos y, en cada efeméride revolucionaria, remitir comunicados de felicitación a la delegación norcoreana en Madrid. Para darle ambiente, imprimí una imagen en color ampliada de un retrato de Kim Il Sung, la enmarqué y la colgué en una pared del cuarto, de la misma forma que estaban decoradas las estancias de la mansión de Li Jong Gun. A los gerifaltes del PCPE no les gustaba el icono, pero al principio no me dijeron nada.

En La Zubia, las reuniones eran mucho más ingenuas y festivas. La estampa puede parecer insólita, y de hecho lo era: media docena de adolescentes nos reuníamos los viernes por la tarde en el patio de mi casa para celebrar una especie de ritual de exaltación de la idea *Juche*. Mis compañeros no se habrían metido nunca en una asociación tan singular si no fuese porque nuestras actividades tenían una parte lúdica. Primero colgábamos una bandera norcoreana en las hiedras del patio. Nos repartíamos fragmentos de las obras de Kim Il Sung o Kim Jong Il, escribíamos resúmenes y luego los leíamos uno por uno en voz alta. El nivel de preparación política de mis colegas era ínfimo, pero yo les ayudaba a imaginar el funcionamiento de aquella lejana sociedad. Intentaba que se sintiesen atraídos por un modelo más justo e igualitario. Creo que lo conseguí... aunque sólo hasta cierto punto. A nadie se le pasó por la cabeza llegar a ser soldado del Ejército Popular de Corea. Cuando les confesaba que ese era mi sueño, ponían cara de estar frente a un loco. Más adelante me enteré del mote que utilizaban entre ellos para referirse a mí: «Papá Corea».

Nuestras extravagantes sesiones de pedagogía *Juche* no se reducían a tediosas declamaciones. Una vez terminados los comentarios de textos, dábamos paso a la parte más amena de la velada. Sacábamos zumos y bebidas con gas de la nevera, abríamos bolsas de patatas y conectábamos un radiocasete para escuchar a todo volumen las cintas de música tradicional y revolucionaria que me había regalado Li Jong Gun. La reunión se convertía de repente en



Con mis amigos de La Zubia organizábamos tardes de estudio de la idea *Juche* en el patio de mi casa.



Esta habitación en la sede del PCPE en Granada se convirtió en un pequeño reducto dedicado a Corea del Norte.

un simpático karaoke. En el estuche de los casetes venían las letras en coreano y su correspondiente transliteración al alfabeto latino, y nosotros aprendíamos a reproducir fonéticamente lo que decían las canciones sin comprender su significado. Recuerdo que antes de darle al *play* mi amigo Antonio, vicepresidente de la asociación, se ponía a cantar *It's not unusual* de Tom Jones, un arranque de fiesta muy poco *jucheano*...

Los que no fallábamos nunca éramos seis o siete, y a menudo se añadía algún curioso más. De vez en cuando íbamos de excursión a Sierra Nevada con las obras de Kim Il Sung en la mochila, acampábamos en el monte o cerca de un riachuelo y celebrábamos una sesión de estudio rodeados de naturaleza. Llegué a informar de nuestros encuentros a Li Jong Gun, que a su vez lo transmitió a Pyongyang, y la agencia de noticias norcoreana acabó publicando algún teletipo en el que se relataban genéricamente nuestras actividades.

Arte norcoreano en un lugar insospechado

Para evitar que la asociación derivase en un club ensimismado, se me ocurrió montar una exposición de arte. Me atrevería a decir que fue la primera muestra de este tipo en España. En La Zubia, una iniciativa así resultaba una excentricidad, pero el Ayuntamiento puso todas las facilidades y nos cedió un espacio en la Casa de Cultura. Me puse en contacto con Li Jong Gun para que me echara una mano. Al encabezar una representación diplomática dedicada a la promoción turística, tenía almacenados productos artesanales, bordados, porcelanas, pinturas, álbumes de fotografías y montones de libros políticos. Me envió cajas llenas de material.

Gracias al dinero que ganaba trabajando por las noches en una gasolinera, había podido comprarme un desvencijado ciclomotor de segunda mano que el día de la inauguración se convirtió en protagonista. Desde Madrid acudieron henchidos de orgullo Li Jong Gun y su colaborador, Chang Chung Sik. Era la primera vez que visitaban la zona, así que los recogí en un punto céntrico de Granada y desde allí los guié hasta La Zubia. Ellos habían venido con su Mercedes diplomático, un cochazo azul marino... ¡y tenían que circular a rueda de un tipo con una moto a no más de 40 kilómetros por hora! La estampa en plena carretera comarcal era cómica, aunque a los conductores atrapados en el atasco que provocó mi destartalado ciclomotor no les debió de hacer ni pizca de gracia.

Al cabo de un año volvimos a organizar una exposición en una sala polivalente cedida por el Ayuntamiento. Venía gente del pueblo, nos preguntaba cosas sobre Corea. No esperábamos que las masas se convirtiesen de golpe en defensoras incondicionales de la idea *Juche*, sólo aspirábamos a mostrar un pedacito de Corea en un rincón de España donde el interés por lo que ocurría a más de cien kilómetros de allí era relativo.

Una insignia en el pecho

Pese a la modestia de nuestras iniciativas, Li Jong Gun estaba encantado. Cada vez que nos encontrábamos, me trataba con el cariño de un padre. Por lo visto, envió a Pyongyang más de un informe positivo sobre mí. En una de mis visitas a Madrid para despachar con él, coincidí con el director del departamento internacional del comité central del Partido del Trabajo de Corea, Rim Sun Pil, que había viajado a España para mantener contactos políticos. Li me invitó a subir a su coche consular. Me senté en los asientos traseros, al lado de Rim, y mientras Li conducía por las calles de la capital celebramos un ritual solemne. Rim metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una insignia redonda con el rostro de Kim Il Sung sobre fondo blanco y marco dorado. Yo estaba a punto de llorar de emoción. ¡Un alto cargo del Partido condecorando a un

joven extranjero por su lealtad a Corea! Una escena tan imborrable como inverosímil.

Llevar la imagen del Gran Líder sujeta a la altura del corazón, como el resto de los norcoreanos, era una de mis metas. En Corea del Norte es habitual ver a todo el mundo con la insignia en el vestido o la camisa como muestra de devoción. El Estado las reparte, pero no las comercializa, no es un *souvenir* que un turista pueda adquirir, es una pieza de metal poco menos que sagrada. No sucede como en China, donde Mao se ha convertido en la golosina del *merchandising* callejero.

Volví a La Zubia sin desprenderme ni por un instante de mi nuevo pin. Se lo enseñé ufano a mis padres, que al principio contemplaron con recelo el acercamiento de su hijo a Corea del Norte. No es que no comulgaran con los ideales progresistas, los dos eran de izquierdas, pero el comunismo no estaba en absoluto de moda y su generación aún tenía frescos los recuerdos de la represión franquista. Cuando llevé a casa todos esos libros tras mi primer encuentro con Li Jong Gun, temieron por mi seguridad, sospechaban que tan extrañas actividades políticas podían acarrearme problemas. Pero su estilo no era imponer nada en contra de mi voluntad, no dejaban que sus miedos coartasen mi libertad, confiaban en mí. Y les estoy agradecido.

Lo que más los tranquilizó fue conocer personalmente a mis camaradas. Consciente de que estaba tratando con un menor de edad, Li Jong Gun quiso invitarlos a una recepción informal en su residencia, para que comprobaran que su hijo se relacionaba con gente de fiar. Y se los ganó en seguida. Nada más llegar nos agasajaron como si fuéramos invitados de lujo. Nos esperaban para comer Li Jong Gun, su compañero Chang Chung Sik y sus respectivas esposas. También estaba la hija de Li. Desde el momento en que nos sentamos a la mesa, no pararon de salir de la cocina platos y más platos. Todo irresistible. Las pobres mujeres de los diplomáticos debieron de pasarse un día entero preparando esas delicias coreanas. Mientras comíamos, Li contaba en castellano lo mucho

que me apreciaba, hasta el punto de considerarme un hijo más de la familia. Mis padres volvieron a La Zubia deslumbrados por todas esas muestras de hospitalidad. Desde entonces, vieron con mejores ojos mis actividades.

Aznar al teléfono

Uno de los desplazamientos a Madrid coincidió con un día de intensas gestiones. Desaparecida la red de aliados socialistas en Europa, Pyongyang buscó romper su aislamiento llamando a la puerta de los países al otro lado del Telón de Acero. España era uno de los objetivos. A la representación permanente en Madrid le encomendaron sondear la predisposición española. Ese día, cuando llegué a la sede, Li Jong Gun acababa de llamar a la Casa Real para exponer su interés en tender puentes. No estoy seguro de si era 1992 o 1993, pero en todo caso Felipe González aún ostentaba el bastón de mando, aunque el PP de José María Aznar ya cotizaba claramente al alza.

Contactó también con los socialistas y con el PP. Era esencial que los populares diesen luz verde al deshielo, porque el salto de Aznar a la Moncloa parecía inevitable. El reto era reconvertir la delegación ante la OMT en una verdadera embajada. Pero la respuesta española fue negativa. Hubo que esperar casi una década. Tras el acercamiento entre Seúl y Pyongyang, entre Kim Jong Il y Kim Dae Jung —primer presidente surcoreano en pisar suelo septentrional: en junio de 2000 ambos celebraron una cumbre sin precedentes en la capital norcoreana y sellaron un acuerdo para avanzar hacia la reunificación—, la Unión Europea se planteó levantar el cerco a Corea del Norte. El Consejo de Ministros presidido por Aznar se sumó a la ola y el 7 de febrero de 2001 quedaron oficialmente establecidas las relaciones entre ambos países. ¡Quién lo iba a decir, fue Aznar con mayoría absoluta el factótum de ese hito!



CASA DE S. M. EL REY

SECRETARIA GENERAL
GABINETE DE PLANIFICACION Y COORDINACION

Palacio de la Zarzuela
Madrid, 31 de enero de 2001

Señor Don
ALEJANDRO CAO DE BENÓS DE LES Y PÉREZ
Presidente de la Asociación de Amistad con Corea (K.F.A.)
C. López Peláez, 12 Bis - 3º 6ª
43002 TARRAGONA

Muy señor mío:

Me es grato acusar recibo a la carta que el pasado día 22 dirigió a S.M. el Rey, en la que tiene la gentileza de informarle de la reciente fundación de la "Asociación de Amistad con Corea", al tiempo que se ofrece para entregar algún mensaje al Presidente o Líder de la R.P.D. de Corea con ocasión de su próximo viaje a dicho país.

Su Majestad me encarga que, en Su nombre, le agradezca esta información y su amable ofrecimiento y le envíe un saludo muy cordial, lo que cumplo con el mayor agrado.

Atentamente,

MIGUEL GUITART

rv.

El Rey respondió a la carta que le envié para informarlo de la creación de la Asociación de Amistad con Corea (31 de enero de 2001).

XUNTA DE GALICIA

PRESIDENTE

Santiago de Compostela, 11 de septiembre de 2001

Sr. D. Alejandro Cao de Benós de Les y Pérez
Presidente de la Asociación de Amistad con Corea
C/ López Peláez, 12 Bis, 3, 6
43002 TARRAGONA

Estimado Sr.:

Le agradezco su amable carta del pasado mes de agosto así como la información relativa a la Asociación de Amistad con Corea que usted preside.

Deseándole los mayores éxitos en su proyecto, reciba un cordial saludo.

Manuel Fraga Iribarne

PAZO DE RAXOI
Teléfonos 981 544 915/916 - 981 545 845/827 • 15705 SANTIAGO DE COMPOSTELA

EDIFICIO SAN CAETANO
Teléfonos 981 541 213/214/215/216 • Telefax 981 541 219 • 15704 SANTIAGO DE COMPOSTELA
e-Mail: Secre.Presidente@xunta.es

La Xunta de Manuel Fraga, que en 1990 invitó a Galicia a un grupo folclórico norcoreano, también contestó a mi carta (11 de septiembre de 2001).

Para rizar el rizo, debo decir que Manuel Fraga Iribarne fue el primer mandatario en felicitarme por el nacimiento a finales del año 2000 de la Asociación de Amistad con Corea, de la que hablaré más adelante. Al crearla, informé a varias instituciones, entre ellas la Casa Real y la Xunta de Galicia. El presidente gallego me remitió una carta el 11 de septiembre de 2001 —vaya día, por cierto— en la que se daba por enterado de la puesta en marcha de la entidad y nos deseaba «los mayores éxitos». ¿Cómo se me ocurrió escribir a Fraga para ponerlo al corriente de la nueva asociación? Aunque suene a guasa, él fue el primero en invitar a artistas norcoreanos a España. Sucedió en el marco de la llamada Romaría Internacional, que cada verano congregaba a grupos de coros y danzas del mundo entero. En 1990, las estrellas fueron los folclóricos venidos de Pyongyang, que clausuraban cada actuación... ¡entonando el himno gallego! Todavía es posible encontrar el vídeo en Internet.

Dotes de futurología

Li Jong Gun valoraba el *milagro* de haber puesto en marcha una organización —aunque modesta y embrionaria— de apoyo a Corea del Norte en un lugar tan recóndito como La Zubia. ¿Cómo conseguí convencer en menos de un año a media docena de jóvenes para que se unieran a la Asociación «9 de Septiembre»? No encuentro otra explicación que mi *kibún*, esa habilidad para conectar espiritualmente con otros individuos, explorar su fondo y ganarles para una causa. Desde los tiempos en que los niños de Sant Pere i Sant Pau se unían a mis juegos de guerra, ya fui explotando esa capacidad. Pero el *kibún* no es la única cualidad fuera de lo común que creo poseer. Hay otra más chocante y que a más de uno le parecerá irreal: puedo adivinar el futuro de las personas.

Una de las primeras veces que me di cuenta de este don fue cuando predije la muerte de una íntima amiga de mi abuela. Veinticuatro horas antes de fallecer, esa señora vino a nuestra casa. Se encontraba bien de salud, aparentemente no había ningún motivo para prever lo peor, pero no sé por qué tuve esa corazonada, y avisé a mi abuela. Ella no le dio el más mínimo crédito a lo que parecía una estúpida chiquillada. Al día siguiente la mujer murió de forma repentina. Yo fui el primer sorprendido.

Esta faceta me ha acompañado toda la vida. Mis allegados lo saben y algunas veces han recurrido a mí para consultar su destino. A mediados de los años noventa, una amiga quiso enterarse de cómo evolucionaría la firma para la que trabajaba, una marca de ropa por entonces aún desconocida que daba apenas sus primeros pasos. Vaticiné que el negocio iba a ser un éxito, que las franquicias de esa marca se expandirían por toda España y que a ella le ofrecerían un contrato fijo. Y eso fue justamente lo que ocurrió. Mi amiga se lo contó un día a su jefe. Tan alucinado estaba el hombre que me llegó a proponer ser su futurólogo empresarial, para ayudarlo a orientar el negocio. Decliné la oferta, por la sencilla razón de que no me interesa ejercer de adivino.

En otra ocasión, un amigo de Tarragona me presentó a un muchacho llamado Jesús, que quería conocer su futuro. Aunque era la primera vez que lo veía, predije que iba a ser padre de una niña, pero que la relación sentimental con su pareja se enturbiaría, él entraría en un bache y sería arrestado por la policía. El pobre acabó traumatizado por mis augurios. Lo que menos le encajaba era la última parte. ¿Detenido por la policía? ¡Pero si él jamás había tenido un solo problema con la justicia! Por desgracia, los presagios se cumplieron palabra por palabra: al cabo de un año nació su hija, más tarde descubrió que su mujer se acostaba con otro, él enloqueció de celos, ella lo denunció por malos tratos... y acabó esposado en comisaría.

¿Qué método utilizo para predecir el futuro? Básicamente necesito dos cosas: algún objeto que me ayude a visualizar las imágenes de lo que va a pasar —unas cartas del Tarot o siete piedras, número fundamental en la tradición cabalística— y mucha concentración.

Lanzo los objetos sobre una superficie, me concentro para conectar mentalmente con la otra persona e inmediatamente empiezo a recibir imágenes en mi cabeza que me hablan de su porvenir. Cada sesión supone tal derroche de energía que acabo exhausto. Con tan sólo media hora de esfuerzo, tengo la sensación de haber empleado el triple de tiempo. Es la primera vez que cuento públicamente estas anécdotas. La clarividencia es uno de mis rasgos más llamativos, pero nunca he querido desarrollarla. Mi inclinación siempre ha sido hacia la política.

Segundo desengaño político

El día que el cabecilla del PCPE en Granada ordenó descolgar de las paredes los retratos de Marx, Engels y Lenin, comprendí que el giro revisionista del partido era irreversible. La época en que la ortodoxia comunista era su única razón de ser había quedado atrás. La *perestroika* había arrasado incluso con la intocable iconografía de nuestro grupúsculo. Cuando retiraron los retratos expresé mi queja. Nuestro jefe se había inventado una excusa muy burda: los clásicos del marxismo-leninismo no podían estar «colgados», la metáfora le parecía «inaceptable».

Ya empezaba a estar harto de aquel perfil de izquierda acomplejada, timorata y resignada que iba calando en el PCPE. Algunos querían hacerse perdonar por haber jurado fidelidad a la bandera roja, pero yo no estaba dispuesto a entrar en ese juego, cada vez me sentía más incómodo, volvía a experimentar un proceso similar al vivido en Izquierda Unida. El detonante de mi salida se produjo un día que estaba solo en la sede, leyendo algún libro sobre la idea *Juche*. De pronto, se presentó el mandamás del PCPE, entró en la habitación de las juventudes, echó una mirada al retrato de Kim Il Sung que seguía presidiendo la estancia y me amenazó: «O quitas eso de ahí o te echamos». Aquella frase, pronunciada con mala

leche, mató mis últimas esperanzas. Ya no pintaba nada allí, era inútil continuar militando en un partido que había renunciado a los ideales por los que me había afiliado. «¡Pues me voy!», exploté. Renuncié a mi cargo en los CJC, entregué el carné, metí en una bolsa todo el material que había traído en su día y me marché. Ningún camarada me siguió. Ni siquiera César, que se resistía a romper pese a criticar la línea oficial.

Aquel segundo gran desengaño político me llevó a reflexionar sobre mis metas. Hasta ese momento, y pese a mi creciente devoción por la Corea del *Juche*, el reto principal era transformar España. Pero al no hallar ninguna organización preparada para afrontar el desafío, la revolución española desapareció de mi lista de prioridades. Mi nueva patria espiritual pasó a ser «la tierra de las mañanas serenas».

Un agitador en el instituto

En mi último año en Tarragona cursé 2º de BUP. Al llegar a La Zubia repetí curso. Los estudios convencionales cada vez me interesaban menos, sólo me sentía motivado con las matemáticas y la filosofía, la mayoría de asignaturas me parecían una pérdida de tiempo. Yo deseaba dedicarme a mis actividades. De hecho, encontré una manera de canalizar mi vocación política en el instituto: me presenté a las elecciones para ocupar el puesto de delegado escolar. Organicé incluso una modesta campaña electoral: iba de aula en aula ofreciendo breves mítines, plantaba una banderita roja en la mesa del profesor y soltaba un discurso de un cuarto de hora para dar a conocer mis propuestas y pedir el voto de los alumnos. Salí elegido por mayoría absoluta.

A más de uno en el claustro de profesores le reventó el nombramiento, sabían que iba a darles la lata con reivindicaciones estudiantiles. Recuerdo que la jefa de estudios, una mujerona muy

estricta, se negaba a que los alumnos saliesen del instituto durante el recreo y mandaba cerrar con llave las puertas. Montamos una algarada para exigir que nos permitiesen salir. Al final, no tuvieron más remedio que ceder.

Posteriormente, me matriculé en el instituto a distancia de Granada para cursar 3º de BUP. Quería sacarme al menos el bachillerato, pero buscaba una fórmula que me permitiese estudiar y al mismo tiempo ganarme un sueldo. Encontré empleo en una gasolinera junto a la plaza de toros de la ciudad. En verano, para cubrir alguna vacante en la factoría de Butano donde trabajaba mi padre, me ofrecieron un contrato para participar en el tratamiento de gases licuados.

Por supuesto, ninguno de esos trabajos me convencía, pero el dinero que ganaba me permitía gozar de cierta autonomía. En cambio, lo que sí despertaba mi interés era la informática. Desde que aprendí a manejar el rudimentario ZX Spectrum, adoraba las computadoras. Me apunté a unos cursos de informática en una academia de Granada con el propósito de buscarme una salida profesional. Allí descubrí los primeros sistemas operativos de Windows. La programación informática y las nuevas tecnologías iban a convertirse en una solución de futuro.

Cenizas socialistas en Polonia

Antes de terminar el bachillerato, viví mi primera estancia en el extranjero. Era junio de 1992: Barcelona se preparaba para los Juegos Olímpicos, Sevilla se volcaba con la Expo y nuestro instituto tuvo la feliz iniciativa de organizar un intercambio de estudiantes con la Universidad de Lodz, una anodina ciudad en el centro de Polonia sumida, como todo el país, en una fatigosa transición hacia el capitalismo. Una veintena de alumnos, los que habían demostrado un mejor nivel de inglés, pudieron apuntarse a la expedición,

y yo conseguí una de las plazas. Íbamos a disfrutar de un mes de inmersión, con lecciones en inglés, excursiones y contacto directo con familias autóctonas. Era una oportunidad de oro para adentrarme en un territorio que acababa de dejar atrás más de cuatro décadas de socialismo. Estaba ansioso por encontrar vestigios de esos tiempos.

Pero lo que encontré fue una ciudad de tremendos contrastes, en la que florecían lujosas zonas residenciales para nuevos ricos a escasa distancia de barrios herrumbrosos, mugrientos, decadentes, donde la pobreza se abría paso aceleradamente. El igualitarismo se había transformado en un concepto odioso para las nuevas élites. Cualquier planteamiento político que rezumase socialismo era demonizado. Manifestar tus simpatías por Bierut, Gomulka o Jaruzelski equivalía a convertirte en un apestado. Y, sin embargo, los frutos del nuevo sistema político no eran nada halagüeños. Por lo menos a mí no me lo parecieron.

Aterricé precisamente en el hogar de una familia que estaba haciendo su agosto con el cambio de régimen. Mis anfitriones vivían en un barrio acomodado, en un bloque de pisos vigilado día y noche por agentes de seguridad privada armados con metralletas. Hospedarme en casa de una familia local, teóricamente, tenía que servirme para practicar inglés —se suponía que algún miembro de la familia de acogida lo dominaba— y estrechar lazos con un estudiante nativo de mi edad. El primer objetivo se cumplió: mejoré mucho en fluidez. En cuanto al segundo, puede hablarse de rotundo fracaso… El primogénito de la casa resultó ser un *hipster* proamericano con la cabeza pegada a una gorra de béisbol, adicto al monopatín y la MTV, un niñato malcriado con arranques de pedantería, que cuando hablaba con sus amigos imitaba los gestos de los reyes del *gangsta rap*, acompañando cada frase de un recital de movimientos sincopados con los brazos. Sus andares chulescos, balanceando el cuerpo como un tentetieso, daban ganas de llorar de risa. No había conversación posible entre nosotros. ¿De qué iba

a hablarle a ese chico? ¿De mi asociación «9 de Septiembre»? ¿De la idea *Juche*? A él le interesaba justo lo contrario de lo que yo venía a buscar en Polonia. No hubo manera de trabar amistad con él, no llegamos a hacer nada juntos, compartimos un mes de *guerra fría* en su casa. Por si no se me nota: le cogí manía.

Con mis compañeros de instituto de La Zubia fuimos de excursión a Varsovia, Cracovia, Katowice, Gdańsk, la región rumana de Bucovina… Aquellos paisajes centroeuropeos me cautivaron, sobre todo los montes verdes de Bucovina que cobijaban monasterios ortodoxos con muros exteriores policromados. Las ciudades polacas, en cambio, desprendían tristeza, la gente vagaba cabizbaja por calles mustias. Ésa fue la impresión que me llevé dos años después de que Jaruzelski entregara el cetro del poder.

Lo que más me impactó fue una escena vivida en Cracovia. Una mañana me levanté temprano para salir a pasear solo. Apenas había amanecido y no se veía ni un alma. Al llegar a una plaza encontré a tres vagabundos en el suelo, envueltos en harapos y abrazados a unas garrafas sin etiqueta. La postura de sus cuerpos era anormal, como si se hubiesen desplomado involuntariamente en aquel sitio, con la cara aplastada sobre el cemento y las extremidades flexionadas sin sentido; desde luego, no era una posición cómoda para dormir. Me acerqué temiendo lo peor… y comprobé que lo que había allí eran tres cadáveres. Quedé horrorizado, era la primera vez que veía a alguien muerto. Al darme la vuelta en busca de ayuda, apareció un camión que aparcó a pocos metros. Bajaron dos hombres con guantes de mecánico y, sin ni tan siquiera dirigirme una mirada de interrogación, fueron cargando los cuerpos en la parte trasera del camión. Al final, uno de esos forzudos asió una garrafa del suelo y me la enseñó, mientras mascullaba desganado unas palabras en polaco. El recipiente de plástico aún contenía un par de tragos de un líquido transparente, imaginé que sería vodka de mala calidad. Pero aquel hombre, al comprobar que no le entendía, se acercó a la ventanilla del camión y empezó a frotar el vidrio con la manga de

su camisa… La plaga del alcoholismo. Tres muertos más por haber ingerido líquido limpiacristales.

Antes de regresar a España, quise gastarle una broma a mi congénere de Lodz. En su casa guardaba rotuladores de grafitis. Tiznar paredes era uno de sus pasatiempos predilectos. Uno de los costados del edificio donde habitaba estaba infestado de simbología *hip-hop*, y algún día lo había cazado in fraganti pintarrajeando la pared. Un día aproveché su ausencia para «tomar prestados» los rotuladores. Me dirigí a su muro preferido y en pocos minutos terminé mi *obra de arte* sin que nadie me pillara. Cuando volvió a casa, irrumpió en mi habitación y preguntó histérico: «¿Eres tú el autor de esa mierda?». ¿Cómo podía negárselo? Era obvio que en aquel barrio de pijos yo era el único capaz de pintar en la pared una hoz, un martillo y una estrella roja…

PYONGYANG, MON AMOUR

Aquél fue un verano de emociones fuertes. Al volver de Polonia, tuve que preparar de nuevo la maleta para emprender otro viaje aún más excitante: a Corea del Norte. No exagero si digo que esos siete días moldearon mi actual identidad. Al descubrir ese par de libros prohibidos en la sede del PCPE me había enamorado del país. Pero al visitarlo, tuve la sensación de encontrarme como en casa, en un entorno que me resultaba familiar, amable, acogedor. Mi identificación fue total.

Era aún época de vacas gordas en Pyongyang y las autoridades se podían permitir el lujo de invitar a sus amigos internacionales a giras turísticas de una semana con todos los gastos pagados. Li Jong Gun me había sugerido la experiencia y a mí me faltó tiempo para decir que sí. La representación permanente en Madrid costeó el billete de avión a Pekín y allí funcionarios de la embajada en China se ocuparon de mi alojamiento y manutención hasta el día

del vuelo a Pyongyang. Viajé en un Tupolev de Air Koryo, una compañía que pese a haber figurado en la lista negra de la Unión Europea cuenta con una de las mejores plantillas de pilotos, todos ellos entrenados en el ejército del aire antes de dedicarse a la aviación civil. Del vuelo sólo recuerdo que fue plácido y que, cuando penetramos en el espacio aéreo norcoreano, una azafata anunció por los altavoces que ya sobrevolábamos la patria del Gran Líder. A medida que el aparato descendía, se observaba mejor el orden cartesiano del urbanismo: núcleos residenciales compactos, incluso en las zonas rurales, sin villas desperdigadas por el campo. La sociedad no admite individualismos.

Aterrizaje y primera imagen: la modesta terminal del aeropuerto de Sunan, coronada por un enorme retrato de Kim Il Sung. Nada más bajar las escalerillas del avión, me recibió un risueño camarada de mirada pícara, de unos treinta y pocos años, que lucía el clásico atuendo de camisa y pantalón negros y la insignia de Kim Il Sung en la solapa. «Bienvenido a Corea, mi nombre es Pak Kwang Ung», soltó en correcto castellano con ligero acento cubano. «Me han hablado de usted. Será un placer mostrarle sitios bonitos a un buen amigo de la patria». Tras recoger la maleta, subimos a un Mercedes con chófer y nos trasladamos a la capital.

Pak trabajaba para el Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero, una especie de ministerio dedicado a promover lazos de amistad con otras naciones. Li Jong Gun había contactado con el Comité para que preparasen mi llegada. Pak tenía la misión de acompañarme a todas partes, no sólo para ejercer de traductor, sino también para obtener los permisos de visita en cada sitio que íbamos a recorrer. Allí todo sigue un orden estricto, nada se deja a la improvisación, hasta para algo tan elemental como visitar el Arco de Triunfo hay que cumplimentar cinco formularios.

El deje de Pak era un residuo de su temporada estudiantil en la isla cubana de la Juventud. La cordialidad caribeña posiblemente acentuó su carácter jovial. Un hombre peculiar, pozo de anécdotas

contadas en primera persona. Su trayectoria merecería como mínimo un guión cinematográfico. Al dominar también el portugués, fue enviado a Mozambique poco después de que el FRELIMO proclamara la independencia en 1975. El primer presidente de la república mozambiqueña, Samora Machel, pidió ayuda a Kim Il Sung, que en aquellos años cultivaba su aura de benefactor de los movimientos libertadores en el Tercer Mundo. El Gran Líder mandó a decenas de médicos, ingenieros, consejeros políticos y personal militar para ayudar a levantar el nuevo Estado. Pak se incorporó como ayudante personal de Machel. En Mozambique perecieron muchos norcoreanos debido a la malaria. Pak fue uno de los que se salvó, y a mí me contó el secreto: todas las noches, antes de acostarse, se bebía unos cuantos tragos de licor de anacardo. Su sangre alcoholizada ahuyentó a los mosquitos…

Mientras Pak narraba sus andanzas, yo no despegaba mi cara de la ventanilla del coche. Los arrozales de las cooperativas agrarias iban dejando paso a los cada vez más voluminosos bloques de viviendas. Pyongyang fue tomando cuerpo ante mis ojos. Exactamente como la describía el material propagandístico que tantas veces había releído: mastodónticas colmenas de apartamentos, anchas avenidas sin agobios de circulación, el verdor de los parques y jardines que moteaban media ciudad, eslóganes revolucionarios en grandes caracteres en las fachadas de edificios públicos… Me instalé en el hotel Pyongyang, un céntrico establecimiento junto al río Taedong. Me moría de ganas de salir a pasear y verlo todo. Pero Pak aún tenía que explicarme las estrictas normas de comportamiento para cualquier viajero.

Danzas furtivas a orillas del Taedong

Prohibido salir del hotel sin la compañía de Pak. Prohibido fotografiar a soldados o vehículos militares. Prohibidísimo faltar al respeto a Kim Il Sung y a Kim Jong Il. Ni se me pasó por la cabeza saltarme

las reglas que recitó mi nuevo camarada. Por nada del mundo quería estropearlo todo con un paso en falso. A la mañana siguiente, Pak vino a recogerme para iniciar el *tour* por la capital. Ardía en deseos de ver las grandes obras arquitectónicas que habían convertido Pyongyang en un reluciente escaparate del país. Mientras íbamos de un sitio a otro, no paraba de pellizcarme para comprobar que lo que estaba viviendo no era un sueño… Todo me parecía perfecto, aquel escenario urbano monumental, racional, ordenado, me tenía hipnotizado. Un espacio nada masificado, a diferencia de tantas metrópolis asiáticas. No se veía ni un solo papel en el suelo, ni una colilla, nada, los parterres de las avenidas estaban limpios. Lógico: a primera hora, los vecinos salen con escobas a barrer las aceras de su parcela. Se respiraba aire puro, el escaso tráfico de vehículos y la cantidad de zonas verdes ayudaban a mantener bajo mínimos los índices de contaminación.

Recuerdo que la primera parada de aquella visita fue la plaza Kim Il Sung, el kilómetro cero de la nación, 75.000 metros cuadrados de explanada pavimentados con baldosas de granito, un plató por el que en fechas señaladas desfilan las fuerzas armadas y los cuerpos civiles. Es el lugar desde donde el Líder —antes Kim Il Sung, más tarde Kim Jong Il y ahora Kim Jong Un— pasa revista a todo el país, desde la tribuna de autoridades a los pies de la colina Nam. En lo alto del promontorio se erige el Palacio de Estudio del Pueblo, un descomunal edificio de estilo neotradicional, con cubierta de tejas verdes y aleros ondulados. Flanquean la plaza dos palacios ministeriales de estilo neoclásico, uno adornado con un retrato gigante de Kim Il Sung y, en la fachada de enfrente, los rostros de Marx y Lenin. En el lado opuesto a la colina, la plaza no limita con ningún edificio, sino con el río Taedong. Y en la otra orilla, la Torre *Juche*.

Este obelisco dedicado a la ideología del Gran Líder mide 170 metros, casi uno más que el monumento a George Washington. En la cúspide, una antorcha de cristal rojo emite de noche un juego de luces llameantes para representar el fuego eterno, símbolo de

la inmortalidad de la idea *Juche*. La torre fue construida en 1982 para festejar el 70 aniversario del nacimiento de Kim Il Sung. Se emplearon 25.550 piezas de granito blanco: la cifra coincide con el número de días vividos por el Gran Líder hasta su cumpleaños. Un ascensor nos subió a la terraza situada en la base de la antorcha, a 150 metros del suelo, con unas vistas increíbles sobre la ciudad. Quedé extasiado contemplando el paisaje sin poder articular palabra. Lo único que me venía a la cabeza era el ardiente deseo de quedarme allí para siempre.

El día había empezado bien, pero aún tenía que llegar lo mejor. Pak me acompañó de vuelta al hotel. Tras el almuerzo vendría a buscarme para proseguir el itinerario. En el comedor apenas éramos cinco. Uno de los camareros me ofreció una mesa contigua a la de una pareja de coreanos. Mientras degustaba unos deliciosos fideos fríos al estilo local, noté que el marido lanzaba tímidas miradas alternadas hacia mi cara y hacia la insignia de Kim Il Sung. El hombre estaba atónito. No le cuadraba que un jovencito de facciones occidentales se hubiese ganado el derecho a lucir el pin del Gran Líder, como cualquier norcoreano. Él le susurró algo a ella, que se giró con ingenuo disimulo hacia mí, para verificar el descubrimiento. La situación me pareció divertida y respondí con una sonrisa que acabó de romper el hielo. Al terminar el postre, se acercaron felices a mi mesa, pronunciaron unas palabras que no entendí, me agarraron suavemente del brazo y me invitaron a seguirlos. Aquella pareja de cincuentones parecían niños emocionados con ganas de mostrarme algún tesoro.

Más que un tesoro, lo que me regalaron fue el momento más dulce de mi estancia. Salimos del hotel cruzándonos sonrisas, intercambiando frases que no sabíamos descifrar, pero no importaba. La presencia de un menor extranjero, solo y amigo de la patria, les despertaba una irresistible curiosidad y se ofrecían a mostrarme la ciudad. Aquella improvisada escapada contravenía las órdenes de Pak, ¿pero qué podía hacer? ¿Zafarme de ellos y quedarme encerrado en


A Pak Kwang Ung, mi primer cicerone en Pyongyang, le di un buen susto cuando desaparecí sin él del hotel en 1992.


Amarrado a orillas del río Taedong, el barco espía norteamericano *USS Pueblo*, aprehendido en 1968, es hoy una de las atracciones turísticas de Pyongyang.

mi habitación? No tenía ninguna duda de sus buenas intenciones, era inconcebible que pretendieran llevarme a algún rincón prohibido o me empujaran a cometer una ilegalidad. Además, yo no salía solo de paseo, sino al lado de dos coreanos con el pin de Kim Il Sung en sus atuendos. Me dejé contagiar por su alegría y los seguí.

No tuvimos que cruzar más que una calle para llegar al borde del río, un espacio ajardinado, limpio, bien cuidado, como cada metro cuadrado de la ciudad. Al no servir nuestros idiomas como herramientas de comunicación, se les ocurrió ponerse a cantar una canción tradicional. Dieron en el clavo: la música nos acabó de hermanar. Gracias a las sesiones de karaoke en el patio de La Zubia, había aprendido unas cuantas melodías, me sabía incluso la letra aunque no entendía su significado. Era el momento de entonar una de mis favoritas: *Trasplanté manzanos*. Al oírme cantar en coreano, enloquecieron de alegría y empezaron a bailar a la manera local, con delicados movimientos ondulantes de brazos y manos, girando de vez en cuando sobre sí mismos y dando esporádicas palmas. Nuestro alborozo llamó la atención de los ancianos que pescaban carpas a orillas del Taedong. Recordaré siempre aquellas caras de estupefacción ante un joven forastero que cantaba a viva voz piezas revolucionarias, con la insignia de la lealtad en el pecho. Sin salir de su asombro, los pescadores fueron venciendo su timidez y se unieron al espontáneo recital. Aquello se convirtió en un coro de una veintena de personas. Me sentía realmente en el paraíso.

No hizo falta decirnos nada, habíamos franqueado la barrera del lenguaje cantando y bailando. Quedé automáticamente prendado de la bondad y la pureza del alma de aquella gente que me daba la bienvenida. Pese a llevar tan sólo 24 horas en Corea del Norte, la magia de aquel instante hizo sentirme parte del pueblo coreano.

«¡Pero qué está haciendo usted aquí!». Pak llegó corriendo sudoroso, pegando alaridos, y disolvió de un plumazo nuestra armónica fiesta al borde del río. «¡Cómo se le ocurre! ¡Le advertí

de que no saliera bajo ningún concepto del hotel sin mí!». No se lo podía negar, tenía razón, pero le conté cómo había llegado hasta allí. A Pak le costó sosegarse, se había llevado un buen susto al ver que el niño a su cargo había huido sin él del hotel... Años después fui consciente de la responsabilidad que recae sobre los funcionarios que tratan con visitantes extranjeros. Si la persona que se les asigna se mete en un lío, quienes pagan las consecuencias son ellos. Pak interrogó a la pareja que me había sacado de paseo. Por lo visto, eran coreanos residentes en China que venían a visitar a unos familiares. Ellos tampoco tenían bien interiorizadas las pautas de conducta ante un extranjero y Pak los reprendió. Desde luego, fue la primera y única vez que me atreví a salir del hotel sin su compañía...

Una nación fracturada

El viaje también sirvió para profundizar mis conocimientos sobre la historia de Corea y su trágica división desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La guerrilla comandada por Kim Il Sung, con la valiosa ayuda de las tropas soviéticas, expulsó a los japoneses de la mitad norte de la península. Las fuerzas estadounidenses ocuparon la otra mitad. El paralelo 38 se convirtió en algo más que una línea divisoria entre áreas de influencia, pasó a ser la herida que aún hoy secciona el cuerpo de la nación coreana. Arriba, Kim Il Sung se puso al frente de un sistema de inspiración estalinista pero que, a partir de la década de los cincuenta, fue adquiriendo características propias. A diferencia de algunos dirigentes comunistas europeos, el Gran Líder no estaba dispuesto a ser un títere de Moscú o Pekín. El hecho de enarbolar la idea *Juche* ya era un acto de autoafirmación: Corea es soberana y aplica sus propias recetas en el camino hacia el socialismo, sin admitir interferencias de ninguna gran potencia. Jugó la baza nacionalista, aunó esfuerzos no sólo de las clases populares sino también de patriotas burgueses comprometidos con la defensa de las libertades nacionales.

Al sur, los norteamericanos colocaron al frente del gobierno en Seúl a Syngman Rhee, un déspota anticomunista que, pese a haber permanecido exiliado en Estados Unidos durante la ocupación japonesa, se reivindicó como única autoridad y negó toda legitimidad a Kim Il Sung. Entre Pyongyang y Seúl comenzó un pulso por el control de la península. Nadie imaginaba que aquella división provisional podía consolidarse por mucho tiempo, la balanza debía decantarse hacia algún lado, pero nadie estaba dispuesto a ceder. Syngman Rhee golpeó primero y en 1948 formalizó la creación de la República de Corea, en la mitad sur. Kim Il Sung se vio empujado a proclamar la República Popular Democrática de Corea. El país caminaba inexorablemente hacia la guerra civil. La vía diplomática resultó insuficiente y en 1950 estallaron las hostilidades. Corea fue el primer escenario de combate de la Guerra Fría.

Pak sugirió visitar el Museo de la Guerra de Liberación de la Patria, otro mastodonte neoclásico cerca del otro río de la ciudad, el Potong. Más de 50.000 metros cuadrados dedicados a explicar los pormenores de tres años de conflicto. ¿Quién desencadenó la guerra? La mayor parte de los historiadores occidentales no dudan en culpar al norte: el 25 de junio de 1950, fuerzas comunistas lanzaron un ataque fulgurante y en tres días conquistaron Seúl. Lo que casi nunca dicen los académicos europeos y americanos es que esa ofensiva vino precedida de un sinfín de provocaciones militares del sur. La noche que se desató la contienda fueron los hombres de Syngman Rhee quienes atacaron primero. Pero el norte estaba preparado para repeler la invasión.

Las tropas de Kim Il Sung fueron ganando terreno hasta conquistar casi toda la península, pero Washington maniobró para que las Naciones Unidas autorizaran el envío de un contingente internacional para socorrer al ejército sureño. El general MacArthur desembarcó en Inchon y los norcoreanos tuvieron que replegarse. El

péndulo de la guerra basculó entonces hacia arriba. El avance de los aliados parecía imparable, cayó Pyongyang y muchos ya daban por hecho que los yanquis pasarían las navidades de 1950 en sus casas. Pero la lucha volvió a dar un vuelco con un contraataque comunista que contó con el decisivo auxilio de más de 300.000 soldados chinos enviados por Mao. Los combates quedaron estancados alrededor del paralelo 38. Los imperialistas no pararon de castigar a la población civil mediante brutales bombardeos, a menudo con napalm. Sus aviones dejaron caer sobre Pyongyang más de 400.000 bombas; la ciudad quedó en ruinas y tuvo que ser reconstruida desde cero.

Al fin, se firmó un armisticio el 27 de julio de 1953. Sí, un armisticio, no un tratado de paz. Desde entonces, las dos Coreas siguen técnicamente en guerra. Lo más dramático es la situación de las familias cercenadas por la división: madres que jamás han vuelto a ver a sus hijos, hermanos en ambos lados de la frontera que no han tenido oportunidad de reencontrarse. Seis décadas después, pese a todas las propuestas de reunificación pacífica planteadas desde Pyongyang, la dolorosa herida de la separación sigue sin cicatrizar.

Parte IV
Vicisitudes

Nuevo desarraigo: a Huesca

No habían transcurrido ni cinco años de nuestra llegada a Andalucía cuando a mi padre le volvieron a aplicar la cláusula de movilidad geográfica en la empresa. Huesca era su nuevo destino… y también el mío. Para un chaval de 18 años recién cumplidos, que había superado un difícil proceso de adaptación al llegar a La Zubia, era un duro golpe. Desprenderme por segunda vez de mis amigos no era algo fácil de digerir. El club de amigos de Corea quedó desmantelado de un día para otro. Al cabo de unos años me enteré de que en ausencia de «Papá Corea» no llegaron a reunirse más.

Aquel nuevo desarraigo, en el fondo, tuvo un lado positivo: desarrollé un espíritu nómada que me ha permitido hasta hoy adaptarme en cualquier parte del mundo, sin nostalgias ni melancolías. Es más, el traslado a Huesca acentuó mi atracción por Corea, que pasó a ser una especie de tierra prometida. Traté de no perder el contacto con mis camaradas orientales, sobre todo con Pak Kwang Ung. Aprovechaba cada fecha señalada del calendario norcoreano para mandarle mis felicitaciones; él me respondía con idéntica cordialidad.

Al instalarnos en Huesca a principios de 1994, di por concluidos mis estudios. Con el bachillerato en el bolsillo, descarté la senda universitaria. No íbamos sobrados de recursos y mi plan de vida estaba trazado: el futuro era la informática. Mis padres, una vez más, me ofrecieron todo el apoyo posible. Exprimieron sus ahorros hasta la última peseta para comprar un equipo profesional, con impresora láser incluida. Se gastaron un dineral para que pudiera montar un pequeño negocio de diseño gráfico. Imprimía textos, logotipos y carteles para gente que carecía de un ordenador en condiciones. Dejé aparcado todo eso cuando Frutas Correas, un distribuidor al por mayor, me llamó para una suplencia de verano. Haría labores de administrativo.

Muere el padre de la nación

No puedo evitar indignarme cuando alguien se burla de las escenas de desesperación que se vieron en Pyongyang al morir Kim Il Sung. Miles y miles de norcoreanos salieron de sus casas llorando desconsoladamente, maldiciendo el destino por haberles arrebatado a su estrella guía. Una riada de gente se acercó a la estatua de bronce de 20 metros del Gran Líder en la colina Mansu, donde se vivieron momentos de histerismo. Muchos creen que todo ese dolor era fingido, en medios occidentales se ha llegado a especular que quien no conseguía derramar ni una lágrima era fusilado. Este tipo de comentarios demuestran un profundo desconocimiento de lo que representó Kim Il Sung para su nación: la gente lo adoraba, era como un padre benefactor.

Eso mismo empezaba a sentir yo. Aquel fatídico 8 de julio de 1994 estaba trabajando en las oficinas de Frutas Correas, cuando oí por la radio la noticia de su muerte. Fue como una puñalada en el vientre, de pronto me invadió una amargura terrible y arranqué a llorar. Aunque intentaba ahogar el llanto, mis compañeros se dieron

cuenta, ellos oían de fondo el mismo boletín informativo que yo, pero ni tan siquiera les debía de sonar el nombre que el locutor acababa de pronunciar. «¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?». Estaban atónitos por mi repentina reacción. «Me acabo de enterar de que ha fallecido un familiar mío…», alcancé a decir.

Yo mismo me sorprendí por ese estado de abatimiento, soy una persona alegre, me cuesta horrores romper a llorar, pero esa vez no pude reprimirme. Pese a haberlo descubierto sólo tres años antes, lo consideraba ya un ser cercano. Lo tenía en un pedestal y lo que más deseaba era poder saludarlo. Kim Il Sung se reunía habitualmente con extranjeros que venían a expresar su solidaridad. Llegué demasiado tarde. Ésa es mi gran pena, y la llevo arrastrando desde ese día. Al ver que no me serenaba, el jefe me dejó marchar antes de hora.

Maldito sobrepeso

Mi paso por Frutas Correas fue efímero. En septiembre me llamaron a filas para prestar el servicio militar. Mi padre movió hilos para que al menos pudiera quedarme en Huesca. Y sí, lo consiguió, pero sirvió de bien poco, porque justo después Repsol-Butano lo cambió de destino por enésima vez. Le tocó ir a Pamplona. La situación era desquiciante. Yo iba a quedarme en Huesca, pero al no poder mantener el alquiler del piso sin mis padres no tenía otra opción que quedarme a dormir en el cuartel.

Más allá del trasiego familiar, la idea de hacer la mili no me inquietaba en absoluto. Al contrario, estaba encantado de recibir instrucción militar. No estaba tan en forma como en Granada —allí llegué a cinturón azul de taekwondo—, pero mi afición por las armas no había menguado y el sueño de convertirme en soldado de Kim Jong Il me llenaba de motivación. Con esta moral me presenté en el acuartelamiento del Grupo de Artillería de Campaña XLII, especializado en alta montaña. Sólo faltaba superar el trámite de la

revisión. Un teniente realizó el breve examen médico, comprobó la forma de mis pies, midió mi altura. Hasta ahí todo correcto, pero llegó el momento de subirme a la báscula, y la aguja indicó un exceso de cuatro kilos. ¡Horror! ¡Iba a quedarme fuera del servicio militar por culpa de cuatro ridículos kilos sobre el límite permitido! Imploré al teniente que no vetase mi inscripción. «Vuelva en un par de días y le haremos un nuevo chequeo para ver si se ha reducido el sobrepeso», propuso.

Al salir de su despacho, encontré al resto de muchachos que esperaban su turno, cavilando alguna excusa que los eximiese de la mili. A nadie más que a mí le apetecía pasar frío vestido de caqui en el Pirineo aragonés. Cuando se enteraron del plazo de dos días que me habían dado para ratificar mi peso, me felicitaron efusivamente, maldijeron mi buena fortuna y me recomendaron hartarme de pasteles sin pasar por el retrete durante las siguientes 48 horas... Hice todo lo contrario, pasé dos días casi sin probar bocado, con la esperanza de eliminar grasa, y me presenté en el cuartel para someterme al nuevo veredicto de la báscula. El peso se había reducido unos gramos, pero no los cuatro kilos necesarios. Cuando el teniente estaba a punto de escribir «no apto» en mi expediente, me abalancé sobre su mesa: «Por favor, mi teniente, se lo ruego. ¡Quiero servir en el ejército!». El hombre me dirigió una mirada compasiva con los párpados medio caídos, bajó la cabeza y vi cómo falseaba mi peso en la ficha...

UN INFIERNO DE DROGAS Y DEGRADACIÓN

Jamás habría imaginado encontrarme un panorama tan desolador en el ejército español. En los meses que vestí uniforme me saqué la licenciatura de supervivencia en el infierno. Fue una *guerra* extraña, en la que a los enemigos los teníamos dentro, y a mí me tocó librar una agotadora batalla, casi en solitario, para acabar con ellos.

Las famosas novatadas han sido desde siempre una lamentable rutina en los cuarteles. El de Huesca no era una excepción. Al desembarcar los nuevos reclutas, la veintena de veteranos ya se frotaban las manos. Meses atrás habían sido ellos los novatos, ahora les tocaba a ellos humillarnos. Obligaron a los muchachos a lamer sus botas, a desfilar desnudos delante de ellos, los maltrataron, les escupieron... Llegaron incluso a sodomizar a un pobre chico. Yo me negué a pasar por el aro. «Antes prefiero morir que perder la dignidad», les solté. Me insultaron de todas las maneras posibles, me zarandearon y amenazaron, pero planté cara y no llegaron a zurrarme.

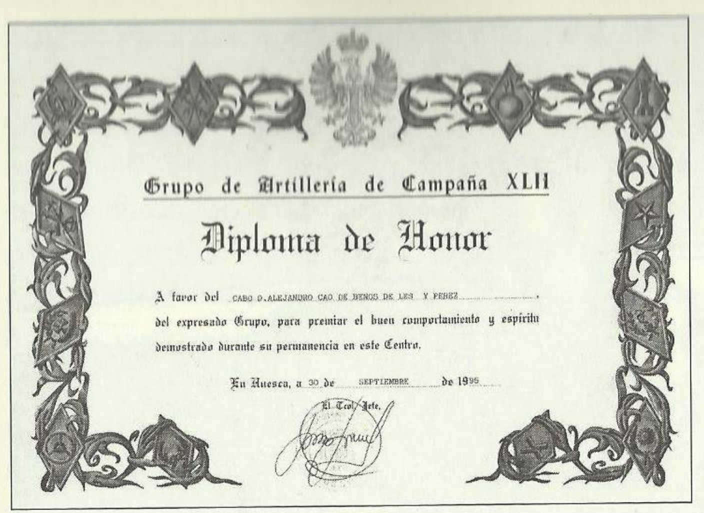
Las coacciones no eran el único problema. En aquella asfixiante ratonera, lo más preocupante era el tráfico de estupefacientes entre veteranos, que gozaban de total impunidad e incluso de cierta complicidad por parte de algún oficial. Forzaban a los novatos a comprar y consumir sus drogas. Les robaban material militar, reventaban de una patada sus taquillas, sustraían prendas de sus uniformes y las revendían al día siguiente a la propia víctima en el mercadillo de segunda mano en el cuartel. Negocio redondo.

No podía soportar las injusticias que veía a diario. Tenía que enfrentarme a esos cafres. Cuando ya llevaba ahí unos meses y los de mi reemplazo empezaban a denigrar a los nuevos, dije basta. Pedí una cita con el coronel jefe del acuartelamiento para denunciar los hechos y ponerme a su disposición para erradicar esa mafia. Era imposible que aquello le sonara extraño, debía de estar al tanto de todo, pero quizá no se había planteado cortar de raíz esas prácticas y seguro que nadie se había ofrecido para liderar la misión. El caso es que me dio la razón y me concedió poderes para llevar a cabo una operación de limpieza de drogas en el cuartel. Me creí mi papel e inicié una caza de traficantes que se tradujo en un par o tres de arrestos al día, cuando lo normal era uno al mes. A los que atrapaba vendiendo o consumiendo hachís, pastillas de éxtasis, LSD y otros narcóticos los mandaba al calabozo.

Con esa operación me granjeé el apodo de «sargento de hierro», aunque mi rango era el de cabo instructor. Cierto es que, cuando el alférez se iba a la cantina, me dejaba al mando de un centenar de muchachos para que les diese yo las instrucciones de formación. Algunos oficiales apreciaban mi arrojo; un teniente llegó a decirme que nunca, ni siquiera en época de Franco, había conocido a un soldado tan disciplinado como yo. Mi apellido nobiliario era un factor que les infundía respeto.

Con el plan de tolerancia cero me gané un sinfín de enemistades, sobre todo entre los veteranos de mi reemplazo, que se creían con derecho a abusar de los recién llegados. Uno de los militares más hostiles era un cabo primero con contrato en el ejército, involucrado en esas prácticas mafiosas. Un día me amenazó con una navaja: «Si no paras de jodernos, te mataré». En lugar de dejarme intimidar, me lancé contra él y me hice un corte sin importancia; él bajó el cuchillo y dio un par de pasos hacia atrás. No se esperaba esa reacción. Sólo quería atemorizarme, en realidad no se había planteado clavarme la navaja. Sabía que eso significaría el fin de su carrera en las fuerzas armadas. «¿Crees que tengo miedo a morir? ¡Estás muy equivocado!», le grité. «Y tú estás loco», contestó mientras se iba.

Hasta entonces, había tenido que dormir con un cuchillo debajo de la almohada, en tensión permanente por si venían por mí. Pero a partir de ese incidente, el clan de traficantes dejó de molestarme, cesaron las coacciones, me dejaron por imposible. Eso sí, al terminar los meses de servicio, los de mi reemplazo me excluyeron de la orla. Una pequeña venganza que, sinceramente, no me importó. El mejor premio que podía recibir era el respeto y la confianza de muchos reclutas que se libraron de las vejaciones gracias a mí. El día que abandoné el acuartelamiento, un centenar de muchachos a los que había protegido organizó un pequeño homenaje de despedida: cuando llegué al patio los encontré en formación, y de repente se lanzaron al suelo para completar cincuenta flexiones en mi honor.


Grupo de Artillería de Campaña XLII

Diploma de Honor

A favor del CABO D. ALEJANDRO CAO DE BENOS DE LES Y PEREZ ,
del expresado Grupo, para premiar el buen comportamiento y espíritu demostrado durante su permanencia en este Centro.

En Huesca, a 30 de SEPTIEMBRE de 1996

El Tcol. Jefe.

Por mis méritos en la lucha contra el tráfico de drogas y las vejaciones dentro del ejército me concedieron el diploma de honor.


Estaba deseando cumplir el servicio militar, pero el ambiente de degradación en el acuartelamiento de Huesca arruinó mis ilusiones.



Abrazado al coronel jefe del puesto avanzado de Kaesong, que custodia la delicada frontera con Corea del Sur.

Los altos mandos también reconocieron mi labor. Recibí el diploma de honor del ejército y dos menciones honoríficas, registradas en el gobierno militar de Huesca. Y eso sin tener que entrar en combate con fuego real… Lo más parecido fueron unas maniobras nocturnas en Los Monegros. Nos dividimos en dos bandos, cada uno debía defender su base e intentar infiltrarse en la del enemigo. Cada soldado iba con su fusil —sin munición— y simulábamos que quien disparaba primero mataba al otro. Para poder penetrar en la base del adversario sin que te acribillasen a balazos imaginarios, había que escurrirse entre sus filas, pero la dificultad radicaba en que podían preguntarte la contraseña. Sin tener los músculos de Rambo ni los reflejos de Bruce Lee, me las apañé para «matar» a diez enemigos haciéndoles creer que pertenecía a su bando para que no me pidiesen la palabra clave. A cada «muerto» le arrebataba su fusil, así que acabé cargando con diez cetmes. Les vencimos de paliza…

Cuando entré en el ejército, mi ilusión era llegar a ser un buen soldado, digno de la tradición de mi familia paterna. El problema es que allí casi no había modelos en los que poder fijarme. Sólo el sargento primero Marzo era un caballero militar, respetuoso, educado, un hombre con valores, que estaba allí por vocación y no por oscuros intereses lucrativos ni por su incapacidad para la vida civil. No toda la oficialidad era como él. Recuerdo a un coronel que nos arengó el primer día: «¡No os equivoquéis, aquí se viene a matar, no somos hermanitas de la caridad!».

Esa mentalidad chusquera estaba en las antípodas de mis principios. Siempre he sostenido que un ejército debe servir al pueblo, cuando no hay guerra tiene que arremangarse y echar una mano en la construcción de puentes, carreteras, viviendas o lo que haga falta. Ésa es la esencia, por ejemplo, del Ejército Popular de Corea. Allí reina la camaradería, los mandos jamás insultan ni denigran a la tropa, la tratan con familiaridad, una fórmula mucho más estimulante que el modelo coercitivo que se aplica en España o Estados Unidos. Para evitar problemas, durante la mili evité explicitar mi adscripción comunista. ¡Sólo habría faltado que hubiesen trascendido mis afinidades políticas!

Alguien podría pensar que la degradación en el cuartel de Huesca no es representativa. Pues bien, tuve que soportar otra experiencia igual de desalentadora. Antes de acabar el servicio militar, me presenté voluntario a las pruebas para acceder a la policía aérea en la base de Los Alcázares, en Murcia. Imaginé que entre militares profesionales me sentiría más cómodo. En Zaragoza pasé las pruebas físicas y psicológicas. De nuevo, aprobé por los pelos: un poco más y me quedo sin aire haciendo flexiones… Algunos suspendieron al detectarles consumo de estupefacientes en el análisis de sangre. En ese aspecto yo podía estar tranquilo, nunca en mi vida he fumado ni tan sólo un cigarrillo y lo máximo que llego a beber en un año es un sorbo de cava con las campanadas de Nochevieja.

Llegué ilusionado al Centro de Adiestramiento de Seguridad y Defensa en Los Alcázares. A mí me seducía más el ejército de tierra, los militares del ejército del aire me parecían demasiado remilgados, pero suponía que con profesionales al menos podría empatizar mejor. Craso error. A los pocos días me di cuenta de que allí sólo llegaba gente sin estudios, sin otra salida laboral que servir en las fuerzas armadas. No se apuntaban por una cuestión vocacional, como yo. Esa constatación me mortificó. Igual de decepcionante era el material que manejábamos, subfusiles Z-70 con el mecanismo oxidado, unas armas sin precisión, una auténtica chapuza española. No había dinero para entrenar con munición. Lo que acabó de destrozar mi moral fue constatar que allí también circulaban drogas. ¡Justamente entre la policía aérea, que en teoría se encargaba de perseguir esas prácticas! No aguantaba más. Al terminar mis tres meses de instrucción, renuncié a firmar el contrato profesional y me marché. Mis superiores se extrañaron del repentino cambio de opinión, pero yo ya no quería quemarme con otra cruzada contra el bandidismo en el ejército. Vi que aquello estaba podrido, era un problema estructural que no podía solucionarse con pequeños parches. En otoño de 1995 volví a la vida civil.

Héroe por un día

Nada invitaba a quedarme en Huesca. A mi padre lo seguían centrifugando por toda España: de Pamplona lo enviaron a Madrid, siempre progresando en el escalafón de la empresa pero pagando un alto precio familiar. Cansada de dar tumbos, mi madre había optado por mudarse a Tarragona con mi hermano pequeño, y yo también decidí regresar a mis orígenes. Vuelta a empezar. A la hora de buscar empleo, mi única baza era la informática, así que recuperé la idea de montar mi propio negocio.

Harto de estar lejos de los suyos, mi padre renunció a su puesto en Repsol-Butano para reunirse de nuevo con nosotros. Fueron tiempos de cambios. Mis padres abrieron Contrast, una tienda de música, ropa de segunda mano y complementos, en Baixada de la Peixateria, justo encima de las ruinas del circo romano de Tarraco. Yo instalé mi equipo en el altillo de la tienda y empecé a recibir encargos: pequeños programas de bases de datos y facturación para emprendedores, trabajos de maquetación, impresión de textos, escaneados...

Así me gané las habichuelas hasta la primavera de 1997. Durante esos dos años, conservé el contacto con Pak, mi cicerone en Pyongyang, con quien mantenía correspondencia por fax. Por desgracia, la representación permanente en Madrid había ido languideciendo, a Li Jong Gun lo cambiaron de destino mientras yo hacía la mili y no pudimos despedirnos como es debido. Sí seguía en la capital Chang Chung Sik, pero la escasez de fondos y la inflexible negativa de las autoridades españolas a formalizar las relaciones diplomáticas con Corea del Norte arrastraron a Pyongyang a finiquitar —muy a mi pesar— su oficina ante la OMT en España.

¿Y qué había sido de la Asociación «9 de Septiembre»? Tras varios años en hibernación deseaba resucitarla, pero no tenía con quién hacerlo. Organicé en solitario una exposición cultural en la sala de actos de la Obra Social de La Caixa, en Tarragona, pero poco más pude inventarme. Estaba a punto de entrar en uno de los periodos más extenuantes de mi vida desde el punto de vista laboral y apenas iba a disponer de tiempo libre para continuar mi tarea proselitista.

En julio de 1997 me ofrecieron entrar en la agencia de seguridad Blackstar. Mi currículum en el ejército era aval suficiente para ser contratado como *segurata*. Las condiciones económicas mejoraban lo que yo podía ganar por mi cuenta con la informática y acepté. Me destinaron al Pryca —después Carrefour— de Reus. Allí viví una de las jornadas más angustiosas de mi vida. Aquel día tenía que vigilar el garaje. De pronto, se formó una nube de humo: un coche se había incendiado y había gente que salía corriendo. Un

hombre empezó a gritar que el vehículo podía explotar en cualquier momento. La situación era extremadamente peligrosa: era sábado, el centro comercial estaba abarrotado y el aparcamiento, a rebosar de automóviles. O actuaba rápido o aquello podía terminar en tragedia. Avisé inmediatamente al jefe de seguridad para que llamara a los bomberos. Mientras tanto fui rompiendo a golpe de *walkie talkie* las urnas de los extintores y remojé las llamas. Conseguí evitar que el fuego se extendiera a los vehículos vecinos. Finalmente, llegaron los bomberos y el incendio quedó extinguido. Aquel episodio me dio visibilidad. Cuando los directivos del centro se enteraron de mis habilidades informáticas, dijeron que tenían nuevos planes para mí.

Encadenado a un centro comercial

En octubre de 1997 entré en plantilla como técnico informático de Carrefour, sin saber aún que iba a pasar horas y horas encerrado en la oficina. La empresa estaba en plena transición de las etiquetas de precios a los códigos de barras. Había que informatizar los precios de los productos, programar los lectores de láser, controlar que los ordenadores funcionasen bien. Al no haber otro empleado de mi perfil, estaba condenado a trabajar casi sin descanso, más de una noche la pasé durmiendo en un colchón tirado por el pasillo, muchos domingos tuve que movilizarme, no podía irme a comer sin que sonara el buscapersonas de la empresa.

Se nos exigía disponibilidad total, nuestra vida social más allá de los grandes almacenes no existía. Lógicamente, la gente estaba muy quemada. Los trabajadores me eligieron para el comité de empresa, pero el margen para arañar mejores condiciones laborales era muy estrecho. «O te gusta lo que haces o a la puta calle», solía decir un directivo. Por suerte, mi jefe directo en Reus era un buen hombre y trataba de aligerarnos la carga. Yo acababa cada día agotado, pero al ser imprescindible en mi puesto forcé varios aumentos

de sueldo. Cobraba un salario digno, era mi primer trabajo estable y no podía echarlo todo a rodar, así que aguanté como pude.

Al cabo de un tiempo, llegaron a ofrecerme un puesto en la sede central en Madrid. Habría sido un ascenso, pero lo rechacé. Volvía a estar en casa con mis padres y mi hermano y no me apetecía en absoluto trasladarme a una gran ciudad. Nunca me han gustado las metrópolis, prefiero mil veces un pueblecito en el campo, rodeado de naturaleza. No soy nada urbanita.

Pasaje a la hecatombe

Sin apenas tiempo para dedicarme a Corea, mi único vínculo quedó reducido a los faxes y llamadas telefónicas que intercambiaba esporádicamente con el Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero. Mi interlocutor seguía siendo Pak Kwang Ung, que insistía en que volviese a visitar Corea. La idea me entusiasmaba, así que planifiqué la escapada para las vacaciones de 1998.

Era consciente de que me toparía con una realidad mucho más cruda que seis años antes. Los medios de comunicación occidentales no paraban de propagar rumores sobre la devastadora crisis que se cernía sobre Corea del Norte desde la muerte de Kim Il Sung en 1994. Se hablaba de hambrunas de proporciones apocalípticas, de cientos de miles —incluso millones— de muertos por inanición, de esqueletos humanos vagando por las montañas en busca de alguna raíz que echarse a la boca, llegaron a difundirse historias de canibalismo en regiones remotas adonde no llegaba la ayuda humanitaria.

Yo escuchaba con tremendo escepticismo todas esas historias, las atribuía a una nueva fase en la estrategia del imperialismo americano para hundir la imagen del país. Lo que se contaba no encajaba en absoluto con lo que había visto años atrás. Pero había indicios que invitaban a sospechar que, en efecto, la situación había empeorado. En alguna conversación telefónica con Pak había percibido

cierto tono de alarma en su voz. El propio gobierno norcoreano reconocía la asfixia económica como consecuencia de la desintegración de la Unión Soviética y sus satélites europeos, el fin de los intercambios comerciales ventajosos y las implacables sanciones económicas impuestas por Estados Unidos. Para colmo, Corea del Norte encadenó tres años de desastres naturales —inundaciones en 1995 y 1996, sequía en 1997— que arruinaron las cosechas y desencadenaron una crisis alimentaria sin precedentes. Sabía que las cosas marchaban realmente mal, pero me resistía a creer las peores hipótesis.

Necesitaba comprobarlo por mí mismo. Esta vez pagué yo el viaje y la estancia en Pekín. El Comité, sin los recursos de antaño, se hizo cargo del resto. Iba a pasar una semana en Corea del Norte, por fin me reencontraría con Pak y volvería a deleitarme con los paisajes que me habían fascinado en 1992. Pero lo que estaban a punto de ver mis ojos no tenía nada que ver con el anhelado «paraíso socialista».

Miserias de la Ardua Marcha

Así como la épica maoísta presume del heroico episodio de la Larga Marcha, la guerrilla antijaponesa de Kim Il Sung puede vanagloriarse de una epopeya similar, conocida como la Ardua Marcha: cien días de lucha, sacrificios y penurias en las montañas manchúes para romper el cerco del ejército nipón, combatiendo con nieve hasta el pecho, sin tregua para reposar, sin apenas alimentos… Esa legendaria odisea entre 1938 y 1939 fue tristemente invocada a mediados de los años noventa. Los héroes de la nueva Ardua Marcha eran el conjunto de ciudadanos, expuestos a una de las pruebas de resistencia más duras de su historia. El viaje de 1998 tuvo para mí un impacto emocional demoledor. Ver sufrir de esa manera al pueblo que amaba me dejó traumatizado, desolado, pero más decidido que nunca a aportar ni que fuese un granito de arena para ayudarlo a levantarse de la lona. Mi compromiso no decayó, al contrario, salió reforzado.

A los pocos minutos de aterrizar fui consciente de las terribles dificultades que atravesaba el país. La terminal del aeropuerto estaba sin luz. Pak, mucho más delgado que la vez anterior, vino a recogerme. En el trayecto hacia Pyongyang sólo nos cruzábamos con campesinos a pie o en bicicleta. El chófer conducía lentamente, sin forzar la máquina; cada vez que coronaba alguna pequeña elevación apagaba el motor y dejaba que el coche se deslizara cuesta abajo, utilizando la ley de la gravedad como único combustible. Crucé una mirada con Pak, que se vio obligado a justificarse: «La gasolina se raciona con cuentagotas. Hay que ahorrar».

Un gris de aflicción se había apoderado de la capital, en las caras de la gente se marcaban los pómulos. Semblantes serios, andares cabizbajos, gestos de cansancio, incluso los niños dirigían miradas de amargura. La ciudad parecía haber entrado en una depresión. «Qué diferencia con lo que cuenta la propaganda, ¿verdad?», me espetó melancólico Pak al darse cuenta de mi consternación. No lo dijo como un reproche a los suyos, era la honesta constatación de una evidencia. La Corea más espartana intentaba agarrarse como podía a la vida. La Ardua Marcha estaba poniendo a prueba su capacidad de supervivencia. Todas las tiendas estaban cerradas, no había nada que comprar, menos aún alimentos, incluso el sistema de racionamiento había tenido que reducir drásticamente el cupo de arroz, maíz y leche per cápita.

Repetí alojamiento en el vetusto hotel Pyongyang. Tiempos de precariedad: sin electricidad, sin agua corriente, el servicio del hotel me traía cada mañana un balde lleno de agua, directamente del Taedong. Para beber, sólo se servía agua embotellada proporcionada por la Cruz Roja u otras ONG. El comedor era una sombra de lo que había sido. Antaño, a los invitados extranjeros se los agasajaba con platos exquisitos y abundantes, pero esta vez mi comida se limitaba a dos rebanadas de pan de molde, un tomate y una cebolla. Jamás he pasado tanta hambre como en esa semana. Los primeros días pude engañar al estómago con algún paquete de galletas que traía de Pekín, pero pronto se acabaron las provisiones.

Lo que más me dolía era imaginar el calvario que estaba pasando la gente. En el programa de visitas que preparó Pak, figuraba una excursión al Museo de la Amistad Internacional, en el monte Myohyang, enclavado en una cordillera. Allí se guardan cientos de miles de regalos ofrecidos por personalidades de todo el mundo a Kim Il Sung y Kim Jong Il. La lista de donantes es interminable. Recuerdo la limusina entregada por Stalin, una espada de elegante filo enviada por Muammar el Gaddafi, piezas de artesanía talladas en marfil procedentes de naciones africanas aliadas… En señal de lealtad, yo llevaba como obsequio un plato con la imagen del mosaico romano de Medusa descubierto en la imperial Tarraco. Nos recibió, como es habitual, una guía vestida con traje tradicional coreano, muy colorido, de talle ajustado y una larga falda plisada. Era una chica muy simpática, encantada de mostrarnos los tesoros del museo.

Mientras recorríamos los salones, ella no separaba sus manos del estómago. Se lo hice notar a Pak, que le consultó algo. «Lleva dos días sin comer y le duele la barriga, pero dice que se encuentra bien», tradujo. La pobre mujer aparentaba normalidad pero estaba desfallecida. Al final del recorrido le di las galletas que me quedaban. Por timidez y orgullo —algo típicamente norcoreano— su primera reacción fue rechazarlas. ¿Cómo iba a aceptar comida de un extranjero? ¿No sería eso humillar a su país sólo para satisfacer egoístamente su apetito? Pak le quitó los complejos de la cabeza: «No se preocupe, es un amigo de la nación. Tome las galletas sin remordimiento». Ella le hizo caso y me dirigió una mirada de ternura que jamás olvidaré.

El olor de la tragedia

Al principio fue como un puñetazo en la nariz, como meter la cabeza en un horno de gas. Aquel insoportable hedor es otro de los recuerdos que quedará grabado para siempre en mi memoria. La falta de combustible había dejado el país sin suministro eléctrico y había

paralizado la industria. Con la producción detenida, ni tan sólo era posible encontrar jabón. ¿Cómo se las apañaba, pues, la gente para su higiene personal? La única alternativa era utilizar un derivado del aceite de pescado, muy hidratante pero con un olor pestilente, entre madera vieja y regaliz. Cara, cuerpo, ropa… Todo se tenía que lavar con aquel hediondo detergente. Allá donde fueras, te topabas con un efluvio agrio y mareante. Yo mismo tenía que asearme con ese jabón.

Siempre que evoco aquel olor vuelven a mi cabeza reminiscencias del viaje, imágenes imborrables como las del trayecto hacia el monte Myohyang: niños huérfanos llenos de mugre, andrajosos y desnutridos, merodeando por la carretera o agachados en los márgenes, escarbando en la tierra para conseguir cualquier brote con vaga apariencia de comestible. Muy probablemente habían huido de sus orfanatos, porque aún vestían el clásico uniforme de estos centros, azul oscuro con cuello Mao.

Hicimos una excursión a la ciudad de Kaesong, en el límite sur. Allí las cosas no andaban mejor. Muchos niños pululaban desaliñados por la calle, se acercaban a las puertas del hotel donde nos alojábamos esperando a que alguien se apiadara de ellos y les diera algún bocado. Ver aquellos cuerpecitos en los huesos resultaba insoportable. Pero presencié algo aún más impactante. Mientras circulábamos por la carretera, nos cruzamos con una obra en construcción que parecía abandonada. El *bulldozer* seguía ahí, atravesado, con la pala medio llena de arena, y dentro de la cabina se intuía la silueta inmóvil de un hombre. Al acercarnos, vimos su cuerpo reclinado sobre los mandos de la máquina. Seguramente llevaba muerto varios días. Sin apenas suministros de comida, la gente seguía trabajando hasta la extenuación.

El mausoleo del Sol

En 1994, en vísperas de la gran debacle económica, había muerto el Gran Líder. Su hijo Kim Jong Il ordenó de inmediato reconvertir

en mausoleo el Palacio Kumsusan, su residencia de trabajo en los últimos años. Allí quedó depositado, dentro de una urna de cristal, el cuerpo embalsamado del llamado Sol del siglo XX. Ésa fue una de las paradas obligatorias de mi viaje. El destino había impedido que lo conociese en vida, pero al menos iba a poder rendirle honores póstumamente.

El Palacio Kumsusan es lo más parecido a un templo pagano, un mastodóntico edificio de hormigón de composición horizontal y fachada inspirada en el neoclasicismo socialista, con salones recubiertos de distintas calidades de mármol. En el interior reina una atmósfera hechizante, uno tiene la sensación de estar en un lugar sacrosanto, donde se venera a alguna deidad. Ahora también reposan los restos de Kim Jong Il, fallecido el 17 de diciembre de 2011, pero la primera vez que visité el santuario todo giraba en torno a Kim Il Sung. Nada más entrar, se exige al visitante que purifique su atuendo. Sus zapatos son sometidos a un simbólico proceso de desinfección: primero hay que frotar las suelas sobre unos cepillos cilíndricos, a continuación hay que pisar una goma húmeda que termina de sanear el calzado. Tras recorrer solemnemente los laberínticos pasadizos y salones del palacio, se llega a la antesala de la cámara mortuoria y se atraviesa un arco con doce surtidores de aire a presión que acaban de desincrustar las últimas impurezas de la indumentaria. Por fin, se entra en la sala donde yace el Gran Líder bajo una tenue luz rojiza, mientras suenan dulcemente los acordes de la *Canción del general Kim Il Sung*. Es el momento de hacer tres reverencias de 90 grados, frente al sarcófago y en ambos costados.

Son pocos los norcoreanos que resisten sin derramar ni una lágrima. A mí se me humedecieron los ojos desde el momento en que pisé el palacio. La solemnidad del entorno, unida al dolor por su pérdida y al dramatismo de la Ardua Marcha, doblegó mis ánimos. Cada unidad de trabajo organiza expediciones al mausoleo, situado en las afueras de Pyongyang. Por los rostros compungidos que vi ese día, la devoción hacia Kim Il Sung —designado «presidente eterno» de Corea del Norte en virtud de una enmienda constitucional posterior a su muerte— no había decrecido ni un ápice pese a las adversidades que azotaban la nación. Alguien podrá pensar que la gente que lloraba frente al cuerpo inerte del Gran Líder fingía. Para un occidental es complicado entender ciertos comportamientos, pero por experiencia puedo afirmar que la mentalidad coreana es muy diferente de la que pueda tener un europeo.

En la raíz de estas pautas está Confucio. En ninguna otra parte del mundo siguen tan vigentes las enseñanzas del maestro chino: liderazgo caritativo y justo, estricto respeto a la jerarquía, piedad filial y benevolencia. Todos esos valores —y algunos más emanados del budismo— impregnan la idea *Juche* y condicionan la relación entre el Líder y las masas. A diferencia del marxismo-leninismo puro, en Corea del Norte hay un reconocimiento explícito del rol supremo del Líder, cuya figura es percibida como un padre que se preocupa por el bienestar del pueblo. Evidentemente, el aparato de propaganda refuerza constantemente esa percepción. Desde que uno se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche, entra en permanente contacto visual con los retratos de los Líderes en las paredes de casa, del taller, de la oficina, del aula o del metro; escucha mensajes revolucionarios por radio o televisión, lee eslóganes gigantes en las fachadas de los edificios públicos, en las laderas de las montañas o en los campos de arroz, aprende desde la guardería a amar a los fundadores de la idea *Juche* a través de un programa diseñado para reforzar su fidelidad a la revolución.

Una de las claves de la supervivencia del sistema es haber priorizado la educación ideológica de las masas para extirpar cualquier residuo de pensamiento burgués e incitarlas a aplicar la doctrina *jucheana* en todas las facetas de la vida. Desde que a finales de los años sesenta el Partido instauró el sistema de ideología única, el monolitismo de la sociedad se hizo irrompible. El pueblo funciona como un cuerpo compacto, dispuesto a cualquier sacrificio para defender la patria.

Ésa es la principal razón por la que el socialismo resistió, contra todo pronóstico, el cruel embate de la Ardua Marcha y las artimañas del enemigo. Pak me contó que agentes de la inteligencia estadounidense y surcoreana apostados en la porosa frontera con China consiguieron infiltrarse para ofrecer a los campesinos 25 dólares por cada rabo de buey que les entregaran y 50 dólares por cada tornillo de vía férrea. Era una sucia maniobra de sabotaje económico: los bueyes morían y la tierra dejaba de labrarse, mientras que los trenes no podían transportar sus mercancías. Hubo que imponer mano dura para desbaratar esos ardides.

Pero no hubo focos de protesta, nadie puso en duda la legitimidad del sistema, la población entendía que aquel cataclismo era fruto de un cúmulo de desgracias y que con coraje y tesón Corea del Norte volvería por sus fueros. Sí hubo desertores que prefirieron cruzar la frontera, dejando atrás incluso a sus hijos para ganarse el pan en China, pero fueron la excepción. Ni siquiera se cuestionó la política de prioridad militar de Kim Jong Il, bautizada como *Songun*, que apuesta por destinar la máxima cantidad de recursos a reforzar la capacidad de disuasión militar para prevenir cualquier intento de invasión. Hablé con gente que pasaba hambre y justificaba la política *Songun*. «Si los yanquis nos atacan, volverán a devastar el país y perderemos nuestra independencia, será mucho peor», argumentaban. Su fortaleza de espíritu me dejó impresionado.

Los ejemplos de abnegación en las condiciones más adversas son innumerables. En noviembre de 1998 se inició la construcción de la autopista entre Pyongyang y la ciudad portuaria de Nampo. Con el mínimo material logístico, sometidos a durísimas jornadas de trabajo y sin una alimentación adecuada, miles de jóvenes fueron movilizados en plena Ardua Marcha para tender más de 40 kilómetros de asfalto y unir así la capital con la costa oeste. En tan solo 700 días completaron el proyecto. Cada vez que transito por la autopista Juventud Heroica se me pone la piel de gallina.

«¿Qué puedo hacer por vosotros?»

Antes de regresar a España, Pak me confesó que, desde que el país había empezado a caer por el precipicio, muchos antiguos «amigos» internacionales se habían desentendido de la causa, miraban para otro lado y preferían no acordarse de que un día fueron invitados a una de esas giras con todos los gastos pagados. «En estos días difíciles, camarada Alejandro, es más fácil ver quiénes son nuestros verdaderos amigos», soltó compungido. Pak tenía la sensación de que más de un viejo aliado los había abandonado a su suerte, daban por muerto el socialismo en Corea del Norte y solamente esperaban el día en que se certificaría un colapso que parecía inminente.

Pak es una persona extremadamente transparente, sincera y directa. No es nada aficionado a las formalidades protocolarias, a él le gusta salir del despacho, desplazarse con las delegaciones extranjeras, comunicarse con la gente. «Usted ya ha visto cuál es la situación. Queremos pedirle que nos ayude», expuso. Yo tenía en ese momento 23 años y me moría de ganas de ser útil. «¡Por supuesto, camarada Pak, podéis contar conmigo! ¿Qué puedo hacer por vosotros?». Pese a la parálisis productiva, el gobierno preparaba con vistas al futuro un plan de modernización industrial y mejora tecnológica, para ponerlo en práctica cuando la economía recuperase sus constantes vitales. La misión que me encomendó Pak consistía en recopilar información sobre las últimas innovaciones tecnológicas en diferentes sectores, como por ejemplo la minería. Tendría que documentarme, elaborar informes y remitirlos a Pyongyang. Intentaría promover, además, donaciones de material médico y medicamentos que escaseaban.

Cuando volví a Carrefour, mi cabeza hervía por todas esas vivencias. En mis escasos ratos libres traté de contactar con académicos, especialistas y empresas vinculadas al mundo de la minería para informarme de los últimos avances técnicos en extracción. Para localizarlos, a menudo recurría a Internet. El ordenador con el que

trabajaba disponía de una precaria conexión con módem y yo la exprimía para mis propios fines, hasta que el jefe de contabilidad se percató de que el tiempo de acceso a la red sobrepasaba el límite de lo normal y me llamó al orden. Aún no había tarifa plana y las conexiones eran desesperantemente lentas…

En abril de 1999, viendo que mi puesto en Carrefour se iba a externalizar a una empresa de mantenimiento de ordenadores y tarde o temprano me rescindirían el contrato, decidí cambiar de aires. Para aquel verano conseguí un empleo divertido: regidor en las recreaciones de México y el *Far West* de Port Aventura. En febrero del año 2000, entré en el departamento de importaciones de una empresa alemana de papelería con sucursal en Tarragona. Allí permanecí hasta finales de año, unos meses en los que mis pensamientos sólo giraban en torno a Corea del Norte.



El afecto que sentía por el pueblo norcoreano se vio multiplicado durante la Ardua Marcha. Por suerte, el país se ha ido recuperando.

Parte V
Compromiso

Primer embrión de página web

En 2000 dejé de vivir con mis padres y me hipotequé para comprar un piso en Tarragona. Lo primero que hice fue contratar una buena conexión a Internet. Aquella ventana al mundo iba a ser clave para mis planes. Los horarios laborales en la nueva empresa me dejaban más margen para respirar. Así fue como pude crear una primera página web, muy rudimentaria, con información de bolsillo sobre Corea del Norte. No era una web oficial, se trataba de un experimento promovido por mi cuenta. Sólo quería tantear el terreno, prepararme para algo más serio. El gobierno todavía no disponía de un portal propio, lo que a esas alturas representaba una anomalía.

En seguida empezaron a llegar a mi correo mensajes de simpatizantes de la idea *Juche* diseminados por todo el mundo. Muchos proponían fundar un club de fans. Aquello me hizo reflexionar sobre si convenía desempolvar la Asociación «9 de Septiembre». Antes que nada, quería concentrarme en diseñar un portal más atractivo y ofrecer el proyecto a las autoridades norcoreanas. Ése fue el motivo de mi tercer viaje a Pyongyang, entre junio y julio de

2000. Preparé una presentación en PowerPoint con los detalles de la propuesta y los contenidos de la futura web.

Para entonces, la Corea del *Juche* empezaba a resurgir de sus cenizas, la Ardua Marcha iba quedando atrás y eso se percibía con indicadores tan simples como la desaparición del apestoso olor a jabón de aceite de pescado, la mejora de las raciones en el restaurante del hotel o la luz en las habitaciones. Pak volvió a acogerme como guía y traductor. Previamente le había mencionado mi proyecto y él se había encargado de preparar una reunión con altos cargos del Comité. En la sede del organismo me esperaba la viceministra, Hong Son Ok, el cargo de mayor rango con el que había despachado. Quedé seducido por su sencillez, calcada a la de Li Jong Gun. A ella y a otros funcionarios les mostré las diapositivas. Muchos no sabían ni siquiera qué es Internet, así que intenté ser muy didáctico al explicar las ventajas de disponer de un altavoz en la red. Por la cara de interés de la viceministra, entendí que la idea le gustaba.

En los días posteriores, Hong Son Ok hizo gestiones para conseguir el beneplácito de su superior jerárquico, el ministro Mun Jae Chol, un antiguo colaborador directo de Kim Il Sung. Dado su importante papel de enlace con países con los que no hay relaciones diplomáticas, el Comité lo supervisaba directamente Kim Jong Il. La propuesta de crear una web con aval oficial obtuvo la autorización de Mun Jae Chol, pero también —según me comentaron— del propio Querido Líder. Cuando me lo comunicó Pak, sentí una satisfacción inmensa y, a la vez, cierta sensación de vértigo por la responsabilidad que eso implicaba.

En las reuniones que mantuve, noté en seguida dos tipos de reacción: algún veterano escuchaba interesado pero con un evidente poso de suspicacias, como intentando desentrañar posibles peligros detrás de la iniciativa, mientras que los cargos más jóvenes se mostraban entusiasmados con la idea. Uno de mis más firmes aliados fue Kang Hyon Gyu, un muchacho más o menos de mi edad, de facciones suaves, ideológicamente inquebrantable, pero abierto a la modernidad, sin aversión al riesgo. A un joven como él, con buen nivel de inglés, acostumbrado a tratar con extranjeros porque había servido en la rama norcoreana de la Cruz Roja, mi presencia le despertaba curiosidad. Al término de una reunión se me acercó con timidez y me dijo: «Hola, me llamo Kang, ¿puedo ser tu amigo?». Me encanta la inocencia y la transparencia con la que los norcoreanos suelen afrontar las relaciones humanas.

Nace la KFA

Aquel plan respondía al compromiso que había contraído con Pak en 1998. Quería aportar mi modesta ayuda abriendo una pequeña ventana al mundo para dar a conocer la realidad del país. De vuelta a Tarragona, me puse manos a la obra. Tenía un primer diseño de la web, sólo había que dotarla de contenidos, pero el proceso no podía completarse de la noche a la mañana porque disponía de pocas horas libres, aunque reconozco que aprovechaba mi horario laboral para ir avanzando.

Según el diseño que habíamos acordado, en la página de inicio aparecería sobre fondo negro un gran escudo del Estado, envuelto con las clásicas espigas de trigo, y se leería: «Página oficial de la República Popular Democrática de Corea». Al clicar sobre el icono, se accedería a una imagen de Kim Il Sung saludando a las masas y a otra de Kim Jong Il con idéntico gesto. El internauta llegaría entonces al menú de contenidos, con información básica, una descripción de la idea *Juche*, textos de los Líderes para descargar, además de curiosidades diversas como un gráfico de la indumentaria tradicional para hombres y mujeres. Pronto se añadirían canciones revolucionarias en mp3 y vídeos. Me habían dado carta blanca para introducir los contenidos que me parecieran adecuados, toda una

muestra de confianza, pero también una carga de responsabilidad porque cualquier desliz podía perjudicar mi reputación.

A largo plazo, la web serviría también como canal de comunicación entre el gobierno y todo aquel interesado en mantener algún trato comercial o diplomático. Hasta entonces, si un empresario quería tantear posibles inversiones, no sabía a quién dirigirse. En caso de que alguna personalidad quisiera preparar una visita, ¿con quién podía hablar si no tenía a su alcance ninguna embajada norcoreana? La nueva plataforma digital vendría a llenar el vacío. Recuerdo que se puso en contacto conmigo el piloto del *jet* privado del entonces alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov. Me envió un mensaje para contarme desesperado que Kim Jong Il había invitado al alcalde a Pyongyang a finales de 2002 pero la fecha de la visita se acercaba y las autoridades norcoreanas aún no le habían tramitado el permiso de aterrizaje. Llamé a la delegación diplomática en Ginebra, adonde se había trasladado Chang Chung Sik, el compañero de Li Jong Gun en Madrid, y le trasladé la preocupación del alcalde moscovita. Al final, las gestiones surtieron efecto y Luzhkov pudo visitar la capital norcoreana justo antes de las Navidades de 2002.

Mientras preparaba el lanzamiento del futuro portal, mantenía activa la otra web, el embrión que había creado antes de viajar a Pyongyang. Continuaba recibiendo decenas de mensajes preguntando si aquello podía considerarse un punto de encuentro de adeptos a la causa. Me fui convenciendo de que había que reactivar o, más bien, refundar mi antigua asociación. El momento era idóneo: estaba a punto de poner en marcha una web más potente, Internet me permitiría contactar con infinidad de personas y tenía carta blanca para incluir los contenidos que quisiera. Até cabos: la nueva web podría servir también como ágora virtual de los defensores de Corea del Norte. Consulté por fax al Comité y les pareció una buena idea. La nueva Asociación de Amistad con Corea, más conocida por sus siglas en inglés —KFA, Korean Friendship Association—,



En 2002, los camaradas de primera hora de la KFA celebramos en Londres nuestro primer encuentro internacional.



Una delegación norcoreana visitó Barcelona en 2003 para apoyar una exposición de arte promovida por la KFA.

estaba en ciernes. Los dos proyectos —web y asociación— iban a nacer casi en paralelo.

En noviembre del año 2000 di por fundada la KFA y sólo tres meses después oficialicé su creación al inscribirla en el registro de entidades del departamento de Justicia de la Generalitat de Cataluña. Comuniqué a todos los que me habían enviado mensajes de aliento que, por fin, nacía una organización a su medida, dedicada a difundir la historia y la cultura de Corea del Norte, defender su independencia frente a las potencias extranjeras, enaltecer su sistema socialista y promover la reunificación pacífica de la península. Charlas, conferencias, exposiciones, intercambios culturales, consultas de toda clase, contacto con los medios... Ésas serían las actividades de la KFA.

Uno de los primeros en apuntarse fue Howard Lee Kilby, un orientalista de Arkansas. Ese hombre, un apasionado de los *haiku* japoneses, montó en junio de 2001 la primera actividad cultural de la KFA: una exposición de fotografías de gran formato —que le había mandado yo desde Tarragona— en una biblioteca de Hot Springs. Otro de los afiliados de primera hora fue Dermot Hudson, un camarada excelente, funcionario de hacienda en el Reino Unido, que había visitado Corea del Norte incluso antes que yo. En Londres había fundado el Grupo de Estudio de la Idea *Juche* junto con tres amigos y, al descubrir la KFA, se puso en contacto conmigo para crear una delegación inglesa.

Corea del Norte se estrena en Internet

El 10 de diciembre de 2000, sólo un mes después de crearse la KFA, entró en funcionamiento la primera web con el beneplácito del gobierno norcoreano: *korea-dpr.com*. Por puro pragmatismo se alojaba en un servidor ubicado en Texas —barato pero veloz— y su dominio era un «punto com», el más popular y fácil de recordar. Los gastos del alojamiento web corrían a mi cargo, yo mismo gestionaba el portal desde mi casa. Sin ser nada del otro mundo —no soy *webmaster*— ofrecía mejores prestaciones que mi primera página de prueba.

El número de visitas fue creciendo progresivamente: en menos de tres años pasaron de 100 a 5.000 al día. Muchos internautas entraban por el morbo que suscita la secretista Corea del Norte, pero unos cuantos acababan apuntándose a la KFA. Una de las pestañas del menú de inicio estaba dedicada a la asociación, para informar de sus fines, dar cuenta de las actividades y generar debate a través de un foro de discusión.

En 2002 celebramos en Londres nuestro primer encuentro internacional. Asistimos sólo una quincena de personas, con Dermot Hudson como anfitrión. Para mí fue una cita especial; recordaba con nostalgia esas tardes en La Zubia, combinando lecturas políticas con limonada, patatas fritas y karaoke... Aquel inocente club se había convertido en una incipiente organización internacional. En la capital inglesa, pudimos vernos las caras el primer núcleo de integrantes de la KFA tras dos años intercambiando correos electrónicos. El reto era ampliar las bases de la asociación.

Internet fue nuestra gran palanca de promoción. En mi bandeja de entrada recibía cada día mensajes procedentes de los cinco continentes. Al no tener competencia en la red, cualquiera que escribiese «Corea del Norte» en un buscador se topaba con nuestro enlace. Los portales de la BBC y *The New York Times* publicaron hacia finales de 2002 sendos artículos en los que mencionaban la existencia de *korea-dpr.com*. Así fue cómo la prestigiosa National Public Radio (NPR) me localizó. Uno de sus periodistas quería que explicase en antena cómo era posible que un tarraconense estuviese al mando de una web de la república más aislacionista del planeta. Así pues, el 4 de enero de 2003 concedí mi primera entrevista, curiosamente a una radio estadounidense: Catalunya Ràdio cedió sus estudios en Barcelona para los cinco minutos y medio de conexión con Washington.

Tan solo nueve días después, la revista digital *Slate*, entonces propiedad de Microsoft, publicó una crítica sangrante contra la web. El periodista Paul Boutin se dedicó a hacer escarnio de mi invento *amateur*, más parecido al portal de un «club de fans» que a la página oficial de un país con 25 millones de habitantes. Se mofaba de un par de errores en inglés, sacaba punta a cada flaqueza. Antes de publicarlo, Boutin me llamó por teléfono para cerciorarse de que el creador del proyecto era yo.

Debo admitir, más allá del calentón inicial, que Boutin tenía razón cuando describía las limitaciones del portal. Pasados los años y visto con perspectiva, la KFA debería hacerle un monumento, porque gracias a *Slate* la web recibió miles de visitas en pocos días. En el buscador de Yahoo, se consolidó como primera opción en la lista de resultados por «Corea del Norte», y eso sin gastar ni un euro en campañas de *marketing*. Cada vez que algún internauta hablaba —bien o mal— de la web en su blog o en un foro de discusión, el número de clics se disparaba. Y la nómina de adhesiones a la KFA, también.

No sé quién dijo aquello de que «da igual si hablan bien o mal de ti, lo importante es que hablen de ti»; en nuestro caso, ésa fue la clave para darnos a conocer y crecer exponencialmente en poco tiempo. En países con altos índices de acceso a Internet, como Estados Unidos, Reino Unido o Canadá, se fundaron muy pronto ramas de la KFA. También abrimos una delegación en China, aunque siempre nos dio problemas porque al Partido Comunista Chino no le hacía ni pizca de gracia que en su territorio operase una organización defensora de la ortodoxia socialista. Hacía años que habían enterrado políticamente a Mao y su rostro sólo servía para adornar camisetas y llaveros. La KFA en China llegó a convertirse en la rama con más afiliados —cerca de 5.000—, pero las presiones de Pekín nos obligaron a clausurarla.

Periódicamente éramos víctimas de ataques *hacker*, miles de ordenadores se conectaban a la vez para colapsarla o introducían

virus y troyanos. La situación mejoró con el ingreso del noruego Bjørnar Simonsen, experto en seguridad informática, que se ofreció a mejorar las prestaciones de la web. Bjørnar acabó convirtiéndose en un colaborador de confianza y fue durante años el número dos de la organización. El servidor estuvo alojado durante un tiempo en mi casa. Más adelante decidimos alquilar uno en París para garantizar la máxima seguridad.

Un «infiltrado» en el reino del Opus Dei

El nacimiento de la KFA y de la web, a finales del año 2000, fue el principal motivo por el que fui despedido del negocio de papelería. En los meses anteriores, me entregué en cuerpo y alma a esos dos desafíos, hasta el punto de que en el trabajo aprovechaba para conectarme a Internet. Procuraba siempre resetear el historial del ordenador, pero en el servidor *proxy* quedaban rastros de mi actividad. De eso se percató uno de los jefes, que me llamó un día a capítulo para pedirme explicaciones. Estaba aterrorizado por el hecho de que uno de sus empleados regentara una web sobre Corea del Norte. Tampoco le gustaba que accediera a mi correo. ¿Solución? Rescindió mi contrato de manera fulminante.

Económicamente fue un mazazo, porque tenía que seguir pagando la hipoteca y mis padres no andaban sobrados de ingresos. Pasé dos meses en el paro, hasta que encontré trabajo en AXPE Consulting. Me derivaron de inmediato a otra consultoría, la multinacional Cap Gemini Ernst & Young, en Barcelona. Otra vez iba a moverme de un lado para otro… Al principio quise mantener mi piso en Tarragona; me levantaba a las cinco de la madrugada para tomar el primer tren y regresaba a las 22:30, un horario infernal que no me dejaba tiempo ni para comprar comida, ni mucho menos para dedicarme a la KFA. Al final vendí el piso de Tarragona y compré otro en el Eixample.

La consultoría recibió un encargo del IESE —una de las escuelas de negocio más respetadas a nivel mundial— para desarrollar el soporte informático de su famoso MBA para ejecutivos, el Global Executive Master in Business Administration, y a mí me asignaron a ese programa, que incluía módulos de estudio en casa. Me integré en el equipo encargado de la parte tecnológica, que preparaba la plataforma *hardware* del proyecto y el *helpdesk* de atención al cliente. El proyecto fue un éxito.

Pese a cobrar mi salario de Cap Gemini Ernst & Young, en la práctica trabajaba para el IESE, un centro bajo la égida del Opus Dei, con sede en la parte alta de Barcelona, entre las mansiones de la selectísima avenida Pearson. Paradojas de la vida: el principal abanderado de la idea *Juche* en España, trabajando para los ultraconservadores de la Obra... Es fácil imaginar la cara que puse cuando mis jefes en el IESE me sugirieron, en dos ocasiones, convertirme en miembro del Opus Dei. ¿Cómo se les ocurrió proponérmelo? Primero porque yo evitaba revelar mis afinidades. Después de lo sucedido en mi anterior empleo, no osaba dedicarme a la KFA en mi horario laboral ni me iba de la lengua hablando de política. Y segundo, porque estaban satisfechos con mi rendimiento. A todos los que trabajábamos en el IESE nos citaban cada dos por tres en una sala de proyecciones y nos forzaban a ver vídeos de las charlas moralizadoras de Josemaría Escrivá de Balaguer. Pese a todo, en el IESE estaba a gusto, los gerifaltes no se metían en tareas técnicas y nos dejaban margen para poder desarrollar los proyectos a nuestro criterio. Valía la pena conservar el empleo, aunque eso me obligase a llevar una doble vida: al llegar a casa, me conectaba a Internet y me transformaba en presidente de la KFA.

Así funcioné durante más de tres años. En la primavera de 2004, varios informáticos de Cap Gemini Ernst & Young fueron puestos de patitas en la calle de la noche a la mañana, y yo me olía lo peor. Antes de que llegara mi turno, intenté que el IESE me contratara directamente. Le planteé un ultimátum al director de

personal: «O me contratáis o me busco otro empleo». La presión hizo mella y me ofrecieron lo que quería, pero antes tuve que someterme a un exhaustivo test de tres horas con un psicólogo del Opus Dei...

Respondí sin problemas al cuestionario por escrito, hasta que llegué a la última pregunta: «¿Cuál es el personaje que más le inspira en la vida?». Vaya, otra vez pillado en un compromiso, pensé. Sabía que contestar con un nombre políticamente correcto como Gandhi o, por supuesto, Jesucristo, me habría sacado del apuro. En juego estaba mi contrato. Tras dudar unos segundos decidí ser sincero y escribí «Kim Jong Il». Cuando me llamaron para comunicarme el resultado, el psicólogo comentó que las respuestas eran «normales»... salvo la última. «¿No te habrás equivocado?», preguntó. «No, Kim Jong Il es una persona muy humilde y cercana al pueblo, todo un ejemplo», repliqué. Sin poner reparos, pese a su mueca de extrañeza, dijo que había superado el test psicológico. Quizá pensó que aquello había sido una excentricidad sin malicia, un pecadillo perdonable, o simplemente jamás llegó a saber quién era Kim Jong Il...

Coreanizado

El más especial fue quizá mi cuarto viaje. Era febrero de 2002, hacía más de un año que la KFA y la web habían entrado en funcionamiento y en el Comité estaban exultantes. Para Pak, Kang y demás camaradas, poder reivindicar en las reuniones internas el éxito de ambos proyectos —el mérito también era suyo por haberlos apoyado— resultaba muy gratificante. En Corea del Norte no hay acceso libre a Internet, porque se quiere evitar que la población se infecte de ideas contrarrevolucionarias, pero en ciertos niveles gubernamentales sí se utiliza para estar al tanto de lo que pueda interesar al país, de manera que mis amigos conocían esos logros. Desde el momento en que aterricé, todo fueron parabienes.

Kim Jong Il iba a cumplir 60 años el 16 de febrero y toda la ciudad hervía con los preparativos. En la víspera, participé en un acto de exaltación al lado de otros invitados internacionales y en presencia de dos altos cargos: Yang Hyong Sop, vicepresidente de la Asamblea Popular Suprema, y Mun Jae Chol, titular del Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero. Ante cientos de personas, expresé mi profunda admiración hacia el Querido Líder. Por primera vez, un teletipo de la agencia estatal de noticias —KCNA según sus siglas inglesas— mencionó mi nombre.

Volví a sentirme en una nube. Cada viaje reafirmaba mi identificación con la nación coreana, era un orgullo poder contribuir humildemente a su recuperación. Pero deseaba ir más allá. Mi sueño era trabajar para el gobierno. «Camarada Alejandro, eso es imposible… Usted es probablemente el mejor amigo de Corea del Norte, pero ha nacido en el extranjero. Lo sentimos, la ley no lo permite», respondían mis compañeros del Comité. Yo puntualizaba que Kim Jong Il dijo en una ocasión que la palabra «imposible» no forma parte de su vocabulario. Ellos se reían sin mala fe, con gesto condescendiente, como si renunciasen a rebatir los argumentos de un pobre iluso como yo.

Pero llegaron las celebraciones del 16 de febrero. Pyongyang estaba engalanada con banderolas y carteles recordando la efeméride. La gente hacía cola para acceder a la VI Exposición de Kimjonguilias, una variedad de la begonia, de pétalos rojo intenso, engendrada por un botánico japonés en 1988. Los teatros de la capital ofrecían representaciones artísticas en honor del Sol del siglo XXI. En el Patinadero Cubierto tenía lugar la exhibición anual de patinaje artístico con figuras de renombre mundial. La plaza Kim Il Sung se llenó de estudiantes y funcionarios para un gran baile al aire libre. Nuestro Comité organizó una recepción oficial en el Palacio de Cultura del Pueblo, a la que fui invitado. Me sentía un privilegiado por compartir velada con el honorable Yang Hyong Sop y otros altos representantes. No podía pedir más.

Y, sin embargo, lo mejor estaba por llegar. Al regresar al hotel, pasé por mi habitación para cambiarme de ropa antes de bajar a cenar. No habían pasado ni cinco minutos cuando alguien llamó a la puerta. Era Pak. Por la euforia dibujada en su rostro, deduje que traía buenas noticias. «Camarada Alejandro, debo comunicarle que ha sido usted nombrado delegado especial del Comité… ¡Felicidades!», anunció con su divertido acento.

Era un nombramiento sin precedentes: nunca antes un extranjero había formado parte de las estructuras del gobierno. Pak me contó que el mismísimo Kim Jong Il había dado su aprobación. Tuve que sentarme en una butaca, mis piernas temblaban de estupor. Cerré los ojos y reviví por un instante mi primer encuentro con Li Jong Gun en Madrid, su paternal acogida, mi pueril excitación, el deseo de convertirme en uno de ellos. Un anhelo de locos, una utopía aparentemente inasequible. Sólo la fe consiguió derrotar a la lógica. Como delegado especial del gobierno, se me encomendaba la misión de promover las relaciones con el exterior, buscar líneas de negocio, hacer de intermediario ante posibles inversores, tramitar peticiones de visado como si fuese un cónsul y, además, actuar de portavoz ante los medios extranjeros.

«¡Vamos, están todos en el vestíbulo!», me apresuró Pak. Fuimos a celebrarlo con mis amigos a un restaurante cercano. Sin duda, una de las noches más felices de mi vida. No pude evitar sacar pecho: «¿Quién decía que era imposible, eh?». Para ellos, se trataba de algo incomprensible. ¿Un extranjero en el organigrama? Eso violaba la legislación vigente, pero en la rígida Corea del Norte todo es posible si tiene el aval de las más altas esferas. El nombramiento no comportaba remuneración alguna, sólo mi pertenencia honoraria al gobierno. Jamás he querido estar en nómina, no quiero ser una carga, todo lo que hago es por pura pasión, no por dinero.

Con mis compañeros del Comité, en una Marcha de la Victoria en 2013.



Uno de mis pasatiempos favoritos en Pyongyang es acudir al campo de tiro y practicar con una pistola Paektusan.

Parte VI
Expediciones

Bronca a un pez gordo del Partido

Hay un episodio en la vida de Kim Il Sung que me fascina especialmente. En febrero de 1960, el Gran Líder se instaló en una discreta choza de la granja cooperativa de Chongsanri, dispuesto a convivir durante 15 días con agricultores y cuadros del Partido de la aldea. Escuchó sus problemas, discutió con ellos las soluciones, trató de orientarlos políticamente y, al final, dio las instrucciones pertinentes. Ese modelo de liderazgo recibió el nombre de «método Chongsanri». Los funcionarios no podían parapetarse en sus despachos y dictar órdenes sin haber pisado el terreno, debían acercarse a las masas. Fue una rebelión desde arriba contra el burocratismo.

En 1986, Kim Il Sung pronunció una conferencia en la escuela de formación del Partido, en la que ahondó en ese espíritu Chongsanri. La filosofía es bien sencilla: para motivar a las masas no basta con saturar sus oídos de eslóganes, deben percibir el Partido como una «madre» cariñosa que cuida de su destino, y para eso resulta imprescindible erradicar las conductas «aristocráticas» entre los dirigentes. Hay que «tratar al pueblo con sentimientos

maternos», ser generosos e indulgentes y resolver sus dificultades, señaló el Gran Líder. Un mandato inequívoco que grabé a fuego en mi mente.

Si algo me atrajo desde buen comienzo es la amabilidad y la modestia de los dirigentes norcoreanos. Cuando veo algún comportamiento que se desvía del espíritu Chongsanri me sublevo, porque implica traicionar las enseñanzas más elementales de Kim Il Sung. Y eso mismo ocurrió en uno de mis viajes.

La categoría de delegado especial me otorgaba cierta autoridad, ya no era un simple «amigo internacional», sino una pieza más del engranaje, con potestad para opinar sobre lo que estaba bien o mal. Eso es lo que hice en un desplazamiento a Kaesong. Había estado allí en 1998 y tenía muy vivo el recuerdo de niños vagabundeando por las calles. Con Pak y con el secretario general del Partido a nivel local, un hombre apuesto, con impecable traje y la insignia del Gran Líder en la pechera, salí a dar un paseo por el centro. De repente, como si se tratara de un espectro extemporáneo, oteé a un chiquillo de seis o siete años, desharrapado, mugriento, como uno de esos huérfanos de la Ardua Marcha. Inmóvil, de pie, observaba fijamente a una mujer que servía helados frente a una larga cola de clientes. Al pobre se le caía la baba. Una señora compró dos helados y le regaló uno al chico, que se abalanzó famélico sobre el dulce.

Esa escena me revolvió el estómago. No entendía por qué a mediados de 2002 todavía se seguían viendo esos contrastes. Una cosa eran los terribles sacrificios que hubo que padecer en la segunda mitad de los noventa por múltiples factores externos, pero resultaba intolerable que a esas alturas todavía hubiese niños en una situación tan precaria. Exploté: «Camarada Pak, esto no es admisible». Primero se quedó cortado, luego reaccionó: «Verá, es algo que se solucionará pronto, porque el país se está recuperando. De momento, mire hacia otro lado…». ¿Cómo? ¿Mirar hacia otro lado? Me iba encendiendo por momentos: «Eso sí que no, amigo mío, yo no soy así. No puedo presenciar una injusticia delante de mis narices y hacerme el despistado».

El secretario general del Partido en Kaesong había notado mi irritación. En realidad, mi enfado no iba con Pak, sino con él. Su indiferencia ante el sufrimiento de aquel niño contradecía la esencia del socialismo. Y Kim Il Sung había dictado órdenes muy precisas al respecto. Ese cargo tan elegante y aseado contemplaba impertérrito cómo una pobre criatura mendigaba por las calles de su ciudad, y él no movía ni un dedo. Su actitud era un torpedo en la línea de flotación del espíritu Chongsanri. Enfurecido, me giré hacia Pak y le conminé a traducir un mensaje: «No puede ser que usted vista un traje impoluto y coma todos los días a placer, y en cambio ni se inmute al ver a un niño desamparado». Pak vaciló. Estoy seguro de que jamás había tenido que traducir semejante rapapolvo a un funcionario de ese rango. Le insistí. Finalmente se lo transmitió en coreano. El hombre se puso rojo. Avergonzado, no despegaba su mirada del suelo. La amonestación debió de molestarlo, pero sin duda era consciente de que su proceder no tenía justificación. Pasados unos segundos masculló algo a Pak: «Dice que tomará medidas inmediatamente para que no haya ningún niño en la calle». Es probable que aquel chaval acabara ingresando en un orfanato.

La culpa no es sólo del infractor

El 24 de febrero de 2003 se inauguró una exposición de arte tradicional coreano en la galería Batik Art de Barcelona. El Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero había mandado las piezas artísticas y yo, como presidente de la KFA, había gestionado el resto. Era la primera vez que el Comité se implicaba tan directamente en una actividad de la KFA. El número de afiliados seguía creciendo y mi nuevo estatus potenciaba el relieve de la organización, que además ya tenía escudo. Pyongyang avalaba su diseño, de aspecto

parecido al emblema del comandante supremo Kim Il Sung: una estrella de cinco puntas en el centro, rodeada de espigas de trigo y cuatro rayos simétricos como símbolo de los intercambios internacionales.

Aquel 2003 marcó nuestro despegue definitivo. Uno de los propósitos era rebatir las mentiras sobre Corea del Norte, queríamos sacar al país de su aislamiento informativo y librar sin miedo la batalla de la propaganda. ¿Qué ganaba el gobierno norcoreano encerrándose en sí mismo y vetando la entrada de periodistas extranjeros? Era una manera de prevenir la entrada de espías y ahorrarse documentales con sesgo negativo, pero la imagen exterior era ruinosa, había que hacer algo para mostrar al mundo que la pesadilla de la Ardua Marcha había quedado atrás.

Un par de documentalistas griegos, Andreas Bousios y Stamos Prousalis, con amplia experiencia en conflictos internacionales, solicitaron visado para entrar y grabar un reportaje. Trasladé la petición y adjunté mi argumentada opinión favorable. La propuesta fue aceptada. Pak desde Pyongyang y yo desde Barcelona preparamos todos los detalles de la primera delegación promovida por la KFA. El viaje fue un éxito, acompañé a los dos periodistas en un recorrido exclusivo. Respetaron todas las reglas y a la vuelta realizaron un magnífico documental para la televisión pública griega.

La experiencia me convenció del acierto de invitar a periodistas foráneos para que pudiesen conocer por sí mismos la realidad norcoreana y romper tópicos sobre el supuestamente agonizante régimen de Kim Jong Il. En el Comité también veían los posibles beneficios de una cierta apertura a los medios de comunicación. Pero eso entrañaba un gran riesgo, sobre todo para mí, como jefe de las futuras expediciones. Corea del Norte es desde 1950 un país en guerra, en 1953 firmó un armisticio pero no un tratado de paz, y cualquier visitante es considerado un potencial espía. Las cautelas se multiplican por cien si, además, ese visitante es un periodista.

De acuerdo con la mentalidad norcoreana, si un extranjero entra con visado y durante su estancia comete alguna ilegalidad grave, las represalias no sólo se dirigen contra él, sino también contra quien recomendó su invitación. Es la maldita responsabilidad subsidiaria. ¿Qué culpa tienes de que la persona por quien pusiste la mano en el fuego traicione tu confianza? Si un individuo entra en un cine y le prende fuego, ¿por qué se las tiene que cargar el que corta las entradas? A menudo pagan justos por pecadores, pero allí las cosas funcionan así, y lo acepto. Yo mismo he aprendido la lección un montón de veces. He asumido riesgos aceptando en mis expediciones perfiles comprometedores que podrían haber arruinado mi trayectoria. Y de hecho estuve muy cerca de caer en desgracia por culpa de un norteamericano: Andrew Morse.

El caso Morse: mi reputación en peligro

Tras el feliz experimento con la televisión griega, preparé un reto aún más ambicioso: una expedición de simpatizantes de la KFA abierta también a los medios. Durante doce días de julio de 2004, una delegación de 23 extranjeros recorrió el país bajo el nombre de Marcha Internacional por la Paz y la Reunificación de Corea. Teniendo en cuenta que seis de los visitantes eran periodistas, el viaje conllevaba un altísimo riesgo para mí —por haber accedido a inscribirlos en la lista— y para mis camaradas del Comité —por haber tramitado su visado—, pero la amenaza era todavía mayor porque seis viajeros tenían pasaporte estadounidense. Su admisión fue un hecho excepcional, con la ley en la mano se les podría haber vetado la entrada. Para colmo, había un perfil que aunaba todos los ingredientes de «peligrosidad»: Andrew Morse, reportero jefe de la cadena ABC News en Asia.

Su presencia en la Marcha era casi un milagro. Fue el primer periodista de Estados Unidos en obtener permiso para entrar con

una cámara. Desde su sede en Hong Kong, me escribió infinidad de correos electrónicos suplicándome que le echase una mano. Con una rápida búsqueda en Google descubrí un artículo suyo demoledor contra el «dictador» Kim Jong Il. Le hice notar que aquél no era un buen antecedente; contestó fingiendo arrepentimiento, dándome la razón, alegando que los «prejuicios» que destilaba su artículo eran una prueba más de lo provechoso que sería poder entrar en Corea del Norte, ver con sus propios ojos la realidad y contarla de forma objetiva a su incrédulo público. Ése era su compromiso. Y yo mordí el anzuelo.

Me comuniqué con Hong Son Ok para sugerirle la idea. La viceministra dio su consentimiento inicial, pero la autorización definitiva del gobierno tardó cinco meses. Hasta casi el último momento el visado de Andrew estuvo en el aire, pero al final llegó. Un par de días antes del viaje nos encontramos en Pekín. No paraba de adularme por mis gestiones: «*You're the man*, Alejandro». Parecía tan agradecido... y, sin embargo, todo era comedia. Antes de subir al avión, recité las estrictas normas de conducta que debía respetar el grupo: utilizar el sentido común, no cometer insensateces, no ultrajar a los Líderes, no salir solos del hotel —solamente acompañados de un guía del Comité—, no grabar nada relacionado con el ejército, ni soldados, ni puestos de control, ni infraestructuras básicas, para no levantar sospechas innecesarias. Avisé de que yo me la jugaba en aquel viaje y que iba a ser incluso más estricto que cualquier norcoreano.

Me temo que toda esa ristra de instrucciones le entró por un oído y le salió por el otro. Nada más poner los pies en el asfalto del aeropuerto de Sunan, sacó la cámara y, pese a la prohibición expresa, grabó unos planos del entorno. Primer puñetazo en mi mandíbula. Las actividades de la Marcha se iniciaron en Pyongyang, con un mitin por la reunificación coreana ante 4.000 personas, luego nos desplazamos a Sariwon, Sinchon, Kaesong, Wonsan y Nampo. En todas partes tuvimos una acogida excelente, la gente nos recibió con simpatía. Salimos en los medios de

comunicación locales, incluso en los noticiarios de televisión. Pero mientras la Marcha paseaba su solidaridad por toda la geografía, Andrew iba pergeñando intrigas.

Teníamos un autocar a nuestra disposición. En cada desplazamiento, Andrew intentaba ocupar uno de los asientos delanteros. Le habíamos dicho que no grabara mientras estuviéramos en ruta, pero él lo seguía haciendo discretamente, depositaba la cámara sobre su regazo y la dejaba encendida con disimulo. Más de una vez los guías le llamaron la atención, pero hacía caso omiso. Estaba obsesionado con captar imágenes que reflejasen miseria, estampas de humildes pescadores, una mujer en cuclillas arrancando hierbajos, algún esporádico carro tirado por bueyes... Muy poco le interesaban los edificios monumentales de Pyongyang o los cultivos de maíz y ginseng o las bibliotecas, museos y escuelas que visitamos. Sólo parecía buscar carnaza para su futuro reportaje. Durante esos doce días, me llegaron diversas denuncias de ciudadanos de a pie quejosos con él por alguna de sus filmaciones. Cada vez que me enteraba de una denuncia, se lo comentaba a Andrew, para pedirle por favor que se ciñese a las reglas.

El reportero de ABC News seguramente habría vuelto indemne a Hong Kong si no hubiese sido por un fatídico desliz en la décima jornada. Salimos por la mañana de Pyongyang en dirección a Nampo, en la costa oeste. Tomamos la autopista Juventud Heroica. El autocar circuló junto a unas obras en las que estaban trabajando decenas de soldados del Ejército Popular de Corea. Es habitual que los reclutas salgan de las casernas para participar en tareas de construcción, así que no le di mayor importancia. Antes de llegar a Nampo, nos detuvimos en la cooperativa agraria de Kochang, donde tuvimos la oportunidad de unirnos a los campesinos en las labores de cultivo de viñedos. Andrew se encaramó al tejado de un pequeño almacén, plantó el trípode, se situó frente a la cámara micrófono en mano y grabó unas cuantas frases. En una de ellas hablaba de un país «al borde del desastre económico»...

Era una prueba más de que tenía un guión preestablecido y que, ni tras comprobar que la época de hambruna había quedado atrás, pensaba modificar su relato. Bjørnar, el número dos de la KFA, escuchó el *stand up* y sugirió repetirlo con una fórmula menos sensacionalista, que hablara de las «dificultades económicas» que seguía arrastrando la nación. Pero aquel incidente no fue el detonante de la tormenta que vivió la Marcha a partir de aquella tarde. Después de comer con los labradores, reemprendimos el viaje hacia Nampo. Justo antes de subir al autocar se me acercó un funcionario que había venido urgentemente desde Pyongyang. Alerta roja: un coronel había interpuesto una denuncia porque algún viajero había grabado a sus soldados en las afueras de la capital. ¡Horror! Pensé inmediatamente en Andrew. Aquello implicaba una doble afrenta: filmar desde el autocar y, aún peor, enfocar a militares.

En aquel momento se me vino el mundo encima. Hacía tan solo dos años que el gobierno había depositado su confianza en mí y de repente todo se tambaleaba. Cada vez que el Comité me comunicaba una nueva denuncia contra Andrew, sentía más y más presión sobre mis espaldas y maldecía el día en que decidí luchar por su visado. Sus fechorías estaban a punto de enterrar mi reputación, toda la responsabilidad recaería sobre mí y, en menor medida, sobre mis camaradas. Una denuncia de un oficial del ejército, ni más ni menos que de un coronel, no era ninguna broma. El oficial había informado al Ministerio de Seguridad Popular. Tratándose de un periodista, y además americano, el caso adquiría una dimensión de crisis de Estado. O actuaba de manera fulminante para remediar el lío o ya podía irme despidiendo de mis cargos. Sea justo o no, el caso es que en Corea del Norte cuesta muchísimo ganarse la confianza de las autoridades y muy poco perderla. En función de mi reacción yo podía ser vetado para siempre, por traidor, por cómplice de Andrew Morse, por ser la persona que había batallado por traerlo.

La secuencia de los hechos en las horas posteriores fue la siguiente. Una vez a bordo, en el trayecto hacia Nampo, le pedí a Andrew la cámara. Quería comprobar si había grabado imágenes desde la ventana, lo que vendría a confirmar la versión del coronel. Él se negó, abrazó con fuerza el aparato y exclamó que era un gran profesional, con experiencia en Afganistán e Iraq, y que bajo ningún concepto me mostraría el metraje. No me quedó más remedio que arrancársela de las manos e irme a los asientos traseros para visionar la cinta. Mientras rebobinaba, tuve que escuchar sus improperios. Gritaba que él no había cometido ningún delito y que aquello era una profanación de su trabajo. Antes de entregársela, tuve tiempo de verificar que, efectivamente, contenía imágenes en movimiento desde el autocar. El coronel lo había cazado in fraganti. Exploté: «¡Me has mentido! ¡Has estado todo el tiempo tomándome el pelo! ¡Te lo he venido advirtiendo durante todo el viaje y no me has hecho el más mínimo caso!». Andrew se acoquinó. Sabía que había metido la pata, aunque quizá no era consciente de haberla metido hasta el fondo.

Al llegar a la faraónica presa del Mar del Oeste, en Nampo, pasé a la acción. Pak y yo tomamos el Mercedes que nos acompañaba para cualquier contingencia y salimos disparados hacia la capital. Yo estaba hecho un manojo de nervios. Pak también parecía descompuesto, sabía que aquello podía costarle caro a todo el equipo. Quedaban dos días para que el grupo tomase el vuelo de regreso a Pekín y, si Andrew se llevaba consigo el material grabado, el Ejército Popular de Corea pondría el grito en el cielo, porque aquellas imágenes podrían acabar en manos del espionaje yanqui y, para mayor escarnio, la ABC News retransmitiría algún día un documental devastador sobre el país. Tenía que impedirlo a toda costa.

Nos dirigimos a nuestro hotel, el Sosan, y entonces pasó algo esperpéntico. Pedí a la recepcionista que, por razones de Estado, me entregase la llave de la habitación de Morse. Subí, entré, empecé a buscar las cintas con las grabaciones de los primeros diez días, pero

sólo encontré un ordenador portátil, que destrocé a golpes. El disco duro quedó inutilizado. Pero lo grotesco fue que, al bajar, la recepcionista se disculpó: me había dado la llave de otro americano de la Marcha... ¡Lo que faltaba! Esta vez subí a la estancia de Andrew, encontré su ordenador, lo machaqué a puñetazos y, por fin, hallé el cofre en el que guardaba las cintas. Estaba cerrado con un cable de acero. En recepción me dieron unos alicates viejos, con los que me peleé hasta conseguir romper el precinto. Mi mano sangraba por el esfuerzo.

Ante mí tenía 32 cintas de vídeo envueltas hábilmente en celofán, como si aún fueran vírgenes. La que quedaba dentro de su cámara la requisé más tarde. Bajé al vestíbulo con el cofre y se lo entregué a Pak para que lo llevara al Ministerio de Seguridad Popular. Sentí cierto alivio. Esa rápida y contundente reacción había servido para calmar los ánimos de los servicios norcoreanos. Ahora todo el material estaba en sus manos. Esa intervención sin duda nos salvó a mí y a mis colegas. Una de las guías, que ejercía de traductora para los anglosajones, subió más tarde a la habitación de Andrew y se escandalizó al verlo todo patas arriba. Aún no sabía nada de la denuncia del coronel. Cuando se lo expliqué, casi le da algo. El caso la habría salpicado también a ella como supervisora de los movimientos del periodista americano.

Mientras tanto, el grupo había vuelto de Nampo y se encontraba en el Palacio de Niños y Escolares de Mangyongdae, asistiendo a la actuación de pequeños prodigios de la música, la danza y el equilibrismo. Me imagino el nerviosismo de Andrew durante todo ese rato, poco debió de disfrutar del espectáculo. A la salida, su cara era un poema. Me acerqué a él y le dije: «Las cintas ya están en manos de los servicios de seguridad. Si no has filmado nada ilegal, te compensaré por los daños causados y te pediré disculpas. De lo contrario... es probable que te quedes aquí una larga temporada». Vi que de pronto le entraban los sudores, empezó a balbucear que debía regresar cuanto antes al hotel, y hacia allí fuimos. Supongo

que para él no fue ninguna sorpresa encontrarse la habitación revuelta, a esas alturas ya era consciente de que se había metido en un buen enredo. En el comedor, expuse el problema ante toda la expedición, sin dar detalles sobre la denuncia del coronel.

Al americano a quien por error había hecho papilla su ordenador le entregué en euros el equivalente a su precio. Andrew, en cambio, tendría que permanecer en arresto domiciliario, no podría abandonar el hotel en las siguientes 24 horas. El vestíbulo estaba plagado de agentes de paisano. Ya nada volvería a ser como en los primeros días. Para las autoridades, se habían confirmado las peores sospechas: el periodista americano había venido para hacer daño. Desde el momento en que entregué las cintas a Pak, nada dependía de mí. La central de inteligencia revisó minuto a minuto las grabaciones. Encontraron material prohibido, imágenes de soldados, puestos de control, infraestructuras...

Los camaradas del Comité me felicitaron. Desde su punto de vista, había demostrado ganas de subsanar el grave error de incluir a Andrew en la Marcha, sin esperar a que las fuerzas de seguridad interviniesen. Si no me hubiese avanzado, probablemente habrían deducido que estaba conchabado con Andrew y que me iba a llevar una comisión por ayudarlo a sacar de allí todo ese material audiovisual. Ante la duda de si un foráneo es espía, actúan de manera tajante y preventiva. Por eso la situación llegó a ser explosiva. Ahora toda la responsabilidad recaía únicamente sobre Andrew.

Representantes del gobierno se reunieron con él en el hotel. Le informaron de que las cintas aprehendidas eran prueba suficiente para juzgarlo por haber violado las leyes y, casi seguro, condenarle a unos cuantos años de trabajos forzados. Aterrorizado, aceptó la alternativa que le brindaron: firmar una confesión en la que reconocía sus faltas, pedía disculpas y renunciaba a las cintas. Eso ocurrió la noche antes de partir hacia Pekín. Al día siguiente, lo trasladaron al aeropuerto en un vehículo separado del resto y lo sentaron en el avión antes del despegue. La pesadilla había terminado.



El periodista de ABC News Andrew Morse graba unos planos durante una sesión de trabajo solidario en Sariwon, en 2004.

Me he extendido un poco más de lo normal en este capítulo porque se trata de un incidente sobre el que muchos han escrito y discutido, sobre el que hay información en Internet, pero del que nadie fuera de Corea del Norte conocía hasta ahora los pormenores. Por suerte todo acabó bien, pero durante un tiempo topé con recelos en el Comité. Los proyectos que proponía eran acogidos con reservas. «La próxima vez ándate con más cuidado, tienes que aprender de esta lección», comentó Hong Son Ok. Cargué cerca de un año con la losa de Morse. Poco a poco me fui librando de su sombra.

Esta historia tiene un epílogo surrealista. En la primavera de 2013 recibí un correo de Andrew, por aquel entonces jefe de Bloomberg TV. Deseaba enviar un equipo de televisión a Corea del Norte… ¡y me pedía que le echase una mano! Casi me da un ataque de risa. Su argumento era que lo sucedido en 2004 era agua pasada y que quería emitir un reportaje explicando la nueva realidad norcoreana, convencido de que su producto contribuiría a mejorar

las relaciones con Estados Unidos. Le contesté que, sintiéndolo mucho, Pyongyang ya no autoriza la entrada de periodistas estadounidenses. Precisamente él, nueve años atrás, había pulverizado esa posibilidad.

Incursión en territorio yanqui

Después del mal trago que pasé por culpa de Andrew Morse, un medio de comunicación español me clavó la puntilla. A finales del verano de 2004, contactó conmigo la revista *Época*. Empezaba a correr la voz de que un español se había convertido en el primer extranjero de la historia en ser nombrado delegado especial del ejecutivo norcoreano. Un redactor del semanario me llamó por teléfono, se interesó por algún detalle de mi vida y se despidió tras plantearme unas cuantas preguntas informales. El 10 de septiembre, *Época* publicó la entrevista a cuatro páginas, con el título «Un español al frente de la propaganda norcoreana».

La publicación probablemente habría pasado desapercibida en mi trabajo si no fuese porque en una de las respuestas comenté de pasada que era responsable de un equipo informático al servicio del IESE. La verdad es que cuando hablé telefónicamente con el periodista, no entendí que aquella conversación iba a traducirse en una entrevista, más bien pensé que se trataba de una primera toma de contacto, y por eso no calculé que mis comentarios acabarían impresos en las páginas de una revista.

El jefe de archivo del IESE me llamó a su despacho. Él controla todas las menciones a la escuela de negocios en la prensa, y ésa tampoco se le había escapado. A la cúpula no le gustó saber que tenía a sueldo a un comunista hasta la médula. De la noche a la mañana me convertí en un apestado. Comenzaron las sutiles presiones desde arriba para que «voluntariamente» pensara en renunciar a mi contrato indefinido.

A pesar de que el clima se iba enrareciendo por momentos, me destinaron unas semanas a Palo Alto (California) para dar apoyo técnico a los módulos del Global Executive MBA que se cursaban allí. No había sustituto posible, era imprescindible mi presencia, pero temían que el servicio de inmigración estadounidense detectase mis nexos con Corea del Norte y bloquease mi entrada. Lo consulté con el consulado de Barcelona, que me alertó de que por el hecho de haber estado en Corea del Norte y tener allí «amigos» podrían considerarme «miembro de una organización terrorista». Para evitarlo, me pidieron que les enviara todos mis datos personales, fiscales y patrimoniales... No les hice caso, me la jugué y viajé con el equipo del IESE. En la aduana, ni se inmutaron. Con la evolución de las bases de datos y el cruce de información, ahora sería imposible pasar desapercibido.

Esas semanas nos alojamos en un hotel de lujo. Dicen que Palo Alto es la localidad con mayor renta per cápita del país, y ciertamente durante el día sólo había cochazos y gente con ropa cara, pero al caer la noche los blancos ricos se encerraban en sus villas y emergían legiones de vagabundos negros con carritos llenos de chatarra. Mi mejor recuerdo del viaje: el lago Tahoe. Un fin de semana alquilé una camioneta Dodge y crucé California para visitar esta maravilla natural.

Jefe de expedición hasta la extenuación

A partir de 2005, incrementé mis visitas a Corea del Norte. A la vista del interés de muchos internautas, propuse instaurar un par de expediciones turísticas al año, abiertas a una veintena de personas por grupo. Doble beneficio: captar divisas —cerca de 3.000 euros por persona para cubrir todos los gastos en territorio norcoreano— y mostrar la realidad del país para rebatir las calumnias habituales.

La propuesta fue aceptada. Yo me encargaría de canalizar las peticiones de visado, viajaría con el grupo desde Pekín y mis compañeros en Pyongyang planificarían el programa de visitas para

estancias de una o dos semanas. Organizar viajes a un país en tensión prebélica, denostado por los medios occidentales y al margen de los circuitos turísticos podía parecer una insensatez, pero en seguida comprobé que había demanda de sobra. Aunque son viajes extremadamente seguros –no hay que temer por si te birlan el billetero porque la figura del carterista sencillamente no existe—, Corea del Norte conserva un halo de destino para gente intrépida. Casi no tenemos competencia, porque ningún turoperador dispone de licencia para trabajar allí, y las agencias de turismo que sí la tienen son contadas. Las delegaciones de la KFA, al incorporar un componente de solidaridad, ofrecen además visitas a lugares normalmente restringidos a los turistas.

Los recorridos suelen seguir pautas muy lineales. Dentro de Pyongyang, no fallan las visitas a la plaza Kim Il Sung, la Torre *Juche*, el Palacio de Estudio del Pueblo o el Arco de Triunfo. En algún momento nos acercamos a la colina Mansu, en pleno centro de la capital, donde se levantan las estatuas de bronce gigantes del Gran Líder y, desde el 2012, también de Kim Jong Il. Otro clásico es la visita a Mangyongdae, en las afueras, donde se encuentra la choza de paja en la que pasó su infancia Kim Il Sung. También hay ocasión de ver alguna guardería, escuela u hospital de primera categoría, para desmontar mitos sobre el presunto infierno norcoreano. Si hay desplazamientos, son bastante comunes las visitas a Kaesong y al delicado punto fronterizo de Panmunjom.

Siempre hay un par o tres de guías que actúan de traductores y que vigilan que nadie viole las reglas. Esa tarea también recae sobre mí, sobre todo después del susto con Morse. Cada viaje me produce un placer indescriptible, una sensación de liberación única, empiezo a notar un cosquilleo en el estómago desde semanas antes, y eso pese a que una vez allí no tengo tiempo ni de respirar. Al ser el jefe de delegación, debo atender a todos los inscritos, canalizar sus peticiones, buscar solución a sus problemas; al mismo tiempo he de despachar con mis colegas, elaborar informes, ofrecer entrevistas

a la prensa local, reunirme con dirigentes del Partido y, a menudo, preparar discursos para algún foro internacional.

Cuando el viaje coincide con alguna fiesta nacional, el volumen de trabajo es para echarse a temblar. La jornada comienza a las siete de la mañana, mantengo las primeras reuniones internas, luego realizamos todos juntos las actividades previstas, por la noche me reúno con los camaradas de la KFA y luego me encierro a redactar algún informe hasta las tres de la madrugada o incluso más tarde. Una auténtica locura que a mí me hace feliz, aunque en alguna ocasión he llegado al borde del desfallecimiento, y nunca mejor dicho… Una vez llevaba un puñado de días soportando ese ritmo, sin apenas poder dormir. Al mediodía volvimos al hotel Yanggakdo, un cuatro estrellas en medio de un islote del Taedong, y después de comer subí a la habitación a tumbarme. No podía más. Disponía de veinte minutos para echar una cabezada y necesitaba aprovecharlos. Pero al poco rato sonó el teléfono y me desperté sobresaltado. Era Pak, quería consultarme algo sobre la ruta de la tarde. La llamada truncó mi sueño. Fui a refrescarme al baño y en ese preciso instante mi cuerpo dijo basta: caí desmayado. Al desplomarme, me golpeé contra el mármol del baño y acabé con un ojo morado y el labio partido.

Lo curioso es que al cabo de unos pocos minutos, estando yo todavía inconsciente en el suelo, entró Pak en la habitación con una llave maestra, acompañado de la doctora del hotel, que me socorrió allí mismo y dio la orden de trasladarme a un hospital. ¿Cómo se habían enterado de mi desmayo? Muy sencillo: cuando hay fiestas nacionales y los hoteles de Pyongyang se llenan de extranjeros, en las habitaciones suelen activarse micrófonos ocultos para prevenir la presencia de espías. En mi caso no había nada que ocultar, ¡lo único que podía ocurrir es que me pillasen cantando en la ducha! Pero no hay que olvidar que es un país en guerra y cualquier prevención frente al enemigo es poca. Aquel día, por cierto, el agente encargado de las escuchas en mi cuarto afinó el oído y gracias a su rápida actuación pude ser atendido al instante. ¡Por un día fue mi ángel de la guarda!

Una de las reglas que más suele fastidiar al viajero es la prohibición de salir a dar un paseo en solitario. Entiendo su frustración, recuerdo que en las primeras visitas me moría de ganas de recorrer Pyongyang de arriba abajo sin restricciones. Pero con el tiempo he comprendido las cautelas de los norcoreanos. Insisto, se trata de un país en permanente estado de tensión, estigmatizado por Washington como miembro del Eje del Mal, y no puede permitirse el lujo de abrirse de par en par.

Hay otra razón menos conocida pero igual de importante que explica el celo de los guías a la hora de perseguir a quienes intentan zafarse del grupo. Ellos son los responsables de todo lo que le pasa a una delegación y les puede caer el pelo si alguien sufre un accidente o, aún peor, si se mete en un lío. ¿En qué líos puede meterse uno andando por la ciudad? En la militarizada Corea del Norte, hay edificios públicos que a simple vista nadie adivinaría que son instalaciones secretas. Si por casualidad un extranjero se mete por ahí a husmear, puede desatarse una tormenta diplomática. Y los primeros en pagar los platos rotos seríamos los guías y yo. Por esta razón a Pak casi le dio un infarto durante mi primer viaje en 1992, cuando me escapé con una amable pareja a cantar y bailar a orillas del Taedong…

Desde que fui nombrado delegado especial, tengo libertad de movimientos. Una vez, iba admirando los gigantescos bloques de apartamentos de una gran avenida, cuando de pronto observé cómo dos policías militares agarraban a un chaval vestido de paisano. Desconozco cuál era el delito, pero me imagino que se trataba de un recluta que no se había presentado en el cuartel o quizá fue arrestado por andar sin uniforme. Al percatarse de mi presencia, los dos policías militares dejaron de sujetarle las muñecas y deslizaron sus brazos por encima de los hombros del chico, aparentando una especie de juego entre amigos. El caso es que en aquel barrio resi-

dencial se ocultaba una sede militar secreta, sin placas en la entrada, sin distintivos a la vista.

Los viajeros raramente son conscientes de esos riesgos. Los primeros días suelen tantear el terreno con timidez, sin atreverse a tensar la cuerda, pero a medida que pasan las jornadas más de uno se relaja y siente la tentación de vulnerar alguna norma para hacerse el hombrecito y poder contarlo a la vuelta. En varias ocasiones he tenido que ir detrás de algún listillo. Normalmente estas fugas fracasan antes de que el intrépido superhéroe haya recorrido más de cien metros, porque en el vestíbulo del hotel suele haber personal vigilando quién entra y sale. Si tiene la fortuna de escurrirse por alguna calle, tampoco es difícil dar con él: los ciudadanos que lo han visto pasar te van indicando hacia dónde se dirige, lo van delatando hasta frustrar su escapada. La seguridad es un valor que los norcoreanos tienen muy interiorizado. Sólo una vez un individuo consiguió desaparecer durante media hora: salió del Yanggakdo, cruzó el puente y llegó corriendo hasta la estatua de Cholimá, todo un récord. Su aventura terminó cuando un policía lo paró para pedirle la documentación.

Maestros del sensacionalismo

Son muchos los periodistas que han llamado a mi puerta para pedir permisos de entrada. Telecinco, TV3, *El Periódico* y un sinfín de medios internacionales han publicado trabajos excelentes. Pero mis apuestas no siempre han salido bien. Igual que sucedió con Andrew Morse, otros reporteros han aprovechado para derramar, a su regreso, un listado de tópicos sensacionalistas, tan espectaculares como alejados de la realidad. Supongo que volver sin imágenes de niños famélicos o de alambradas y campos de exterminio es como irse con las manos vacías, así que necesitan inventarse una película de miedo para justificar el viaje.

Hay casos de una torpeza exasperante, como el de Georgina Higueras, redactora de *El País*. A ella le conseguí un visado y la acompañé en abril de 2005. A la vuelta, se obcecó en publicar una y otra vez una mentira fácilmente rebatible: que en Pyongyang no hay bicicletas. Quizá había oído o leído en algún sitio ese bulo, pero durante su estancia tuvo tiempo para comprobar que no es verdad. Y pese a todo, en su crónica del 27 de abril de 2005 escribió que «la gente camina kilómetros para ir a trabajar porque ni tan siquiera hay bicicletas». ¡Pero si las vio tan bien como yo! Lo más alucinante es que el 15 de mayo repitió casi las mismas palabras en una comparativa entre Pyongyang y Seúl. Y el 5 de junio, en el dominical, se regodeó de esa supuesta ausencia de bicicletas: «El Gran Líder dijo un día que daban un aire poco moderno a la ciudad, y nunca más volvieron a rodar por sus amplias avenidas». El bulo convertido en noticia.

Higueras volvió a meter la pata en 2013. Coincidí con ella en la mesa de debate del programa *Fort Apache* de Pablo Iglesias, en Hispan TV, y se atrevió a afirmar que la mujer del nuevo Líder, Kim Jong Un, no lleva nunca la insignia de la lealtad en sus trajes. ¿Cómo? ¡Pero si hay decenas de fotografías, accesibles desde Internet, que la desmienten! Si una mujer norcoreana luce un broche de adorno, debe prescindir de la insignia, y eso es lo que hace a veces Ri Sol Ju, pero otros días sí se pone el pin de los Líderes. La desvergüenza con la que algunos repiten ciertas falsedades no deja de asombrarme.

Otro caso paradigmático es el de Jon Sistiaga. En 2007, una periodista de Cuatro se puso en contacto conmigo para rogarme que intercediese por ella para que la dejaran entrar a grabar un reportaje. Me pareció una persona honesta y me puse manos a la obra, pero cuando ya había iniciado las gestiones se entrometió Sistiaga. Pisoteando a su compañera, la apartó del proyecto y se postuló él para quedarse con el billete de avión hacia Pyongyang. Se presentó como «estrella» de la cadena y me prometió que su reportaje sería «imparcial». Le conseguí plaza en una delegación de

la KFA, a un precio muy inferior al que habría tenido que abonar por un viaje normal como periodista. Pero no tardé en darme cuenta de mi error. Sistiaga demostró durante toda la estancia su mala educación. Se comportaba con la arrogancia de un divo, todo el mundo tenía que estar a su servicio, si alguien le prohibía cualquier cosa montaba en cólera o respondía con irrespetuosos sarcasmos.

Al ver su actitud, yo mismo le denegué peticiones de entrevistas con altos cargos o visitas no programadas. El documental que perpetró a la vuelta es un monumento al sensacionalismo. Esforzándose por convencer al telespectador de que ha hallado rastros de tiranía, enfoca a un hombre barriendo una carretera y llega a la conclusión de que es un disidente represaliado. ¡Eso es rigor! Pero claro, ¿quién va a desmentirlo? Tratándose de Corea del Norte, cualquier barbaridad parece verosímil, ¿no?

Los procedimientos para propagar bulos son muy variados, las mentiras —cuanto más rocambolescas, mejor— incendian en pocos minutos las redes sociales y son pocos los que se molestan en contrastar la veracidad o en plantearse que, más allá de su mala fama, es imposible que los norcoreanos estén tan mal de la cabeza. Quienes manipulan lo hacen para dárselas de grandes reporteros o bien para tratar de arruinar la imagen de Corea del Norte. Parte de la culpa, hay que admitirlo, es atribuible al secretismo del sistema, que en lugar de protegerlo provoca aún más desconfianza, hasta el punto de que cualquier rumor, por disparatado que sea, es capaz de cuajar.

Un tertuliano del programa *El gato al agua* de Intereconomía llegó a decir que, según le habían contado, existen mercados de carne humana en Pyongyang. ¡Hordas de caníbales andan sueltas! Si no fuese un asunto tan repulsivo, sería para partirse de risa. El 16 de junio de 2010, *The Guardian* publicó un artículo en el que informaba —supongo que en plan de cachondeo— de que el rotativo *The Pyongyang Democrat* —inexistente— había falseado el resultado del partido entre Brasil y Corea del Norte en el arranque del Mundial de Sudáfrica. En lugar de explicar que los brasileños



Con Jon Sistiaga tuvimos constantes fricciones durante el viaje. A la vuelta difundió un documental a mi juicio lleno de imprecisiones e información sesgada.

se habían impuesto por 2 a 1, este periódico imaginario relataba la aplastante victoria norcoreana… ¡por 29 a 0! Y añadía que 28 goles los había marcado Kim Jong Il. Pues bien, esa broma llegó a generar comentarios en Internet como si fuese verídica. Los más crédulos se echaban las manos a la cabeza y se mofaban del grotesco frenopático *jucheano*.

Excursión al tren de la muerte

La tragedia de Ryongchon no es fruto de ninguna malintencionada invención. El 22 de abril de 2004, una explosión en la estación de ferrocarril de esa localidad a 250 kilómetros al noroeste de Pyongyang asoló todo un barrio. No fue una bomba, como se apresuraron a sugerir algunos medios. Kim Jong Il había pasado por ahí en tren

unas horas antes, pero aquello no fue un magnicidio fallido, sino un calamitoso accidente. Un tren cargado de nitrato de amonio —producto altamente inflamable utilizado en fertilizantes— estaba realizando maniobras cuando, de repente, un chispazo en la catenaria provocó la hecatombe. El estallido hizo saltar por los aires todo lo que había a 500 metros a la redonda. La estación, engullida en un cráter. Cientos de viviendas y varias fábricas, destruidas. Y lo más doloroso: una escuela de primaria quedó reducida a cenizas. En el momento de la explosión, el colegio estaba atestado de niños.

Las autoridades reconocieron de inmediato el desastre y solicitaron ayuda humanitaria. La Cruz Roja contabilizó 161 muertos y al menos 1.300 heridos. El panorama debió de ser dantesco. Pero sólo un mes después, la KCNA informó de que los trabajos de reconstrucción avanzaban a paso acelerado, día y noche. El área quedó en pocos días limpia de escombros y, cuatro semanas más tarde, se había completado el 80% de las tareas de cimentación de las nuevas viviendas para 1.650 familias afectadas. La escuela era una de las prioridades: en un mes ya estaban levantadas de nuevo las paredes. Miles de voluntarios civiles y soldados participaron en los trabajos.

Justo un año después, me encargué de gestionar el visado del entonces corresponsal de *La Vanguardia* en Pekín, Rafael Poch, que una vez allí suplicó poder visitar Ryongchon. Puse todo mi empeño para podernos desplazar hasta ese lugar tan alejado de los circuitos turísticos. Nadie del Comité había estado nunca, ningún periodista occidental se había ni tan siquiera acercado, y menos después del accidente. Pero obtuvimos el permiso.

En Corea del Norte, todo lo que implique desviarse de las autopistas principales es un calvario. Ryongchon está bien comunicada por vía férrea, pero llegar hasta allí en coche equivale a doce horas de pesadilla por caminos de tierra, unos senderos casi intransitables por los socavones provocados por el paso de carros blindados. Tomamos prestado el Toyota Gran Saloon que utilizaba la viceministra. A la pobre Hong Son Ok le devolvimos un amasijo de metal con las suspensiones trituradas y la chapa deteriorada. Fue un viaje agotador, en el que no paramos de dar botes. Achicharrados por el calor, abrimos las ventanas y acabamos tosiendo de tanto polvo.

Pero valió la pena. En sólo un año los rastros de la desgracia eran mínimos. Un nuevo barrio para 8.000 personas había sido levantado en tiempo récord y con recursos limitados en el epicentro del cataclismo. Fuimos a ver la nueva escuela, reabierta a los tres meses, y conocimos a un profesor del centro, condecorado como Héroe de la República por haber salvado la vida de varios niños atrapados entre las ruinas. En el momento de la explosión, los críos estaban en clase. Las paredes reventaron, cedió el techo. El colegio, a 200 metros de la deflagración, se convirtió en un infierno de fuego, llantos y gritos de auxilio. Aquel hombre jamás podrá desterrar de su memoria lo que vio mientras buscaba supervivientes: sangre, pedazos de carne, cuerpos sin vida. Murieron 76 estudiantes. Recordar esa visita me produce escalofríos, pero tan grande es la pena por todas esas muertes como la admiración por la entereza con la que el ejército y los habitantes de Ryongchon resucitaron un barrio arrasado.

La montaña sagrada de la revolución

Es la cumbre más alta de la península. Sus laderas exhalan historia. Su nombre es sinónimo de revolución, resistencia y fe en la victoria. El monte Paektu, situado en la línea fronteriza con China, en la provincia de Ryanggang, es el escenario de legendarios episodios de la guerrilla antijaponesa. Allí establecieron Kim Il Sung y sus hombres un campamento secreto. La historiografía norcoreana sitúa justo en ese punto el lugar de nacimiento de Kim Jong Il en 1942. Fue un gélido 16 de febrero, y en esa montaña de más de 2.700 metros el frío invernal puede llegar a ser mortífero.

Cada año, con motivo del aniversario del Querido Líder, cientos de personas peregrinan hasta allí en expediciones organizadas por sus unidades de trabajo. En 2002, pocos días después de que Pak anunciara mi designación como delegado especial, fui invitado a un acto en el monte Paektu. Tomamos un vuelo chárter hasta la montañosa región de Ryanggang y luego completamos la ruta en autobús. Pasamos la noche en la aldea de Samjiyon, a escasos kilómetros del monte de silueta blanca. A la mañana siguiente subimos hasta arriba. Es el paisaje más extraordinario que he visto nunca. En la cumbre, un cráter volcánico alberga un lago de unos diez kilómetros cuadrados, convertido en hielo entre octubre y junio. Contemplar el amanecer desde la cima, con sus cambiantes tonos rosáceos, anaranjados y azules, es algo que no tiene precio.

Tan inolvidable era aquel entorno celestial como el frío terrorífico que hacía ese día. Los termómetros indicaban 45 grados bajo cero. Pese a ir bien abrigado, cada milímetro de mi cara sin tapar se congeló. Palpar la nariz, las mejillas o la frente dolía horrores. Pese a las inclemencias, el acto en memoria de Kim Jong Il se mantuvo y el medio millar de valientes que acudimos a la cita permanecimos a la intemperie una hora, escuchando un discurso tras otro, mientras soplaba un viento que cortaba como un cuchillo. No puedo ni imaginarme lo que debieron de sufrir los guerrilleros de los años treinta y cuarenta, pobremente pertrechados ante un clima tan hostil.

«El soldado del general»

En 2004, antes de la Marcha Internacional por la Paz y la Reunificación de Corea, cristalizó una de mis quiméricas fantasías. Kim Yong Ho, director del departamento de Europa del Comité, me anunció la concesión de dos títulos honoríficos: miembro del Partido del Trabajo de Corea y soldado del Ejército Popular de Corea. «Su sueño se ha hecho realidad», acertó a decirme.

Pensé una vez más en Li Jong Gun, a quien primero expresé mi deseo de convertirme en soldado de Kim Jong Il. Trece años después, aquello dejó de ser el espejismo de un lunático. Testarudo de nacimiento, me negué a tirar la toalla cuando todos decían que era imposible. Esa obstinación acabó por derribar los obstáculos. En Pyongyang, encargué un uniforme verde oliva a medida, al que añadí los botones dorados con la estrella de cinco puntas que me entregaron. También recibí las divisas del ejército, dos laureles dorados para coser en el cuello de la casaca, además de dos rifles y una estrella de metal, que acreditan un rango honorario equivalente al de alférez. «Por fin podemos llamarle *Changunim Chonsa*», comentó Pak. «Soldado del general» —del general Kim Jong Il— es el apelativo con el que allí se me conoce desde entonces.

Con los años he ido sumando media docena de condecoraciones por distintos motivos. Tras crear la primera web me concedieron la Orden de la Amistad; en abril de 2012 recibí por segunda vez la distinción. La familia de Zhang Renfan, un combatiente chino caído en la Guerra de Corea, me entregó la Medalla de la Fundación de la República. Recibí también la Orden de la Bandera de la República, por acumulación de méritos. Quizá mi condecoración más preciada sea la insignia del VII Regimiento O Jung Hup, otorgada por la unidad del ejército que custodia la frontera con Corea del Sur en Panmunjom. El coronel jefe de la guarnición me entregó personalmente este tesoro, diseñado por Kim Jong Il y que lucen las unidades de élite de las fuerzas armadas.

Otro reconocimiento especial es el de consejero delegado de Banzeminzon, el Frente Nacional Democrático Antiimperialista de Corea del Sur, una plataforma política proscrita en el sur que aboga por la reunificación de acuerdo con el criterio de Pyong-



Rodeado de guardias rojas en el monte Paektu, cuna de la revolución coreana.

yang. Cho Il Min, su líder, escapó al norte y fue acogido con los brazos abiertos por Kim Il Sung. Fue fácil congeniar con Cho, a quien conocí en 2002. Él habla inglés, ha vivido en una sociedad capitalista y entiende mis reflexiones sin necesidad de extenderme en detalles. Pese a ser unos treinta años mayor que yo, empatizamos a la perfección, es uno de mis mejores camaradas. Tenerle al lado es una delicia, habla en un tono pacífico, embriagador. Bajito, delgado, con gafas, su pronunciada calvicie, su nariz aguileña, su perenne sonrisa, todo en él parece emanar un espíritu inofensivo. En 2005 me vinculó a su organización, que quedó enlazada con la KFA.

«Si usted es soldado del general, puede considerarse coreano. ¡Tenemos que bautizarlo con un nombre nacional! Le propongo Cho Sun Il», dijo en uno de nuestros encuentros. No era una pro-



Cho Il Min, camarada originario del sur de Corea, fue quien me rebautizó con un nombre coreano: Cho Sun Il.

puesta al azar, sino un juego de palabras: en coreano «Chosun il» significa «Corea es una». Quiso atribuirme su mismo apellido, para reforzar nuestro hermanamiento. Así que ahora dispongo también de un nombre coreano.

Famoso a 9.500 kilómetros de casa

Estaba cenando en un restaurante con otros camaradas, cuando de pronto Pak me dio una palmada en el hombro y señaló el televisor: «¡Mira quién es ése!». Aparecía yo de perfil oteando el horizonte desde lo alto de la Torre *Juche*. Una voz en *off* iba traduciendo mis proclamas revolucionarias. Se trataba de un documental de quince minutos editado a finales de 2003 bajo el título *Yo seré un*

soldado del mariscal Kim Jong Il. La pieza intercalaba planos de mis visitas a lugares de culto con fragmentos de entrevistas a medios locales en los que decía cosas como «no hay nada más honrado que dar la vida por la patria, el Partido y el Líder» o «si los imperialistas americanos provocan la guerra vendré al frente coreano para defender a Kim Jong Il». Lo más curioso es que, debido a sus limitados contenidos, la televisión norcoreana suele repetir una y otra vez las mismas películas, series y dibujos animados, así que desde entonces habré visto ese documental como mínimo media docena de veces...

En cada viaje suelo toparme con un equipo de televisión cubriendo alguna de mis actividades. En más de una ocasión he tenido que ofrecer una rueda de prensa en la terminal del aeropuerto, nada más aterrizar. Mis mensajes siempre son los mismos: adhesión incondicional al Líder, cierre de filas frente al enemigo y diatriba contra las provocaciones yanquis. Empleo el lenguaje que se utiliza allí y nunca falla, al día siguiente lo reproduce toda la prensa. El 10 de febrero de 2012, el *Rodong Sinmun* —el *Diario de los Trabajadores*, órgano del comité central del Partido— publicó como primera noticia de portada la carta que le envié a Kim Jong Un para informarle de un seminario internacional sobre la figura de Kim Il Sung. Mis amigos y yo nos quedamos de piedra... ¡Abriendo la portada del periódico más importante! Aún no doy crédito.

A base de aparecer en telediarios, radio y periódicos, mi cara se ha ido popularizando, hasta el punto de que allí todo el mundo me conoce. Recibo algunas muestras de cariño enternecedoras, como esa vez que iba a entrar en un taller textil, se me acercó sonriente una mujer con un bebé y puso a la criatura en mis brazos para hacernos una foto los tres juntos. Otro día caminaba por el centro de Pyongyang sin un solo won —la moneda nacional— en el bolsillo, sólo euros. Era verano, caía un sol canicular y yo estaba muerto de sed. Me acerqué a un punto de venta para comprar un refresco

pero, como ya intuía, no aceptaban divisas, solamente wones. La vendedora hizo un gesto de complicidad y le regaló una limonada al *Changunim Chonsa*...

Quizá la anécdota más divertida —y también más reveladora del respeto confuciano por las formalidades protocolarias— sea la que viví en un restaurante exclusivo para población local, en una comida de trabajo con el camarada Kang y el director del departamento de Europa del Comité. De repente, se levantó un hombre de la mesa de al lado que me dirigía tímidas miradas desde hacía rato y se acercó a Kang para susurrarle algo, Kang trasladó la petición al director y el director me consultó a mí: aquel buen señor quería saber si yo lo autorizaba a brindar por mi trabajo, pero para no ser rudo se había dirigido primero al más joven de nuestra mesa, para que transmitiera su propuesta. «¡Encantado, brindemos todos por Corea!», sugerí. El hombre vino ufano a nuestra mesa, copa en mano, para el brindis.

A la gente la descoloca ver a un individuo de facciones europeas ataviado con el típico atuendo negro y el pin del Líder en el pecho. Más de uno piensa que soy coreano de nacimiento pero que alguno de mis progenitores viene de fuera. Lo que más agradecen es oírme cantar en su lengua. El idioma no lo domino, pero no me cuesta memorizar las letras. Las nociones de canto que adquirí en el conservatorio de Tarragona me han servido para ganarme simpatías. Los norcoreanos no saben acabar una fiesta sin ponerse a cantar y bailar. Compartir una canción es la mejor muestra de fraternidad. Y si encima conoces sus melodías, la felicidad se desborda.

Las cenas de grupo siempre terminan con música: tras los postres, alguien se pone en pie para entonar la primera canción, mientras el resto acompaña con las palmas. Luego se levanta otro y pasa lo mismo. Suelo ser de los más activos, disfruto de esa atmósfera de amistad. El problema es que, cuando hay alguna recepción oficial o un acto más formal, también me empujan a

cantar, y ahí paso más nervios… Una de las primeras actuaciones a lo grande fue en un mitin de solidaridad internacional en la capital, el 26 de julio de 2003: delante de 4.000 personas, me invitaron a cantar *a cappella No hay patria sin ti*. «No podemos vivir sin ti. / Nuestro país no puede sobrevivir sin ti. / Nuestro futuro y esperanza dependen de ti. / El destino del pueblo depende de ti, general Kim Jong Il», dice la letra de esta lograda melodía.

Al finalizar algunas obras musicales a las que asistía como espectador, también me invitaron al escenario a poner el colofón con la balada tradicional *Arirang* o las revolucionarias *Seamos satélites del Sol* y *Mi país es el mejor*. He acabado cantando en auditorios como el Gran Teatro de Pyongyang Este o el Palacio de Cultura del Pueblo. Mientras me aclaro la voz, las piernas me flaquean; cuando empiezo a cantar, los nervios ya se van calmando. La televisión suele rondar por ahí y siempre me acaban sacando algún plano para el telediario. Una vez, en vísperas de un concierto, el director del primer canal de televisión me propuso saltar al escenario al término del recital para despedir la velada con una canción. Tuve que aprenderla en una sola noche y, para acertar en la entonación, pusieron a mi disposición a dos músicos profesionales. Era una misión suicida, pero creo que salvé la papeleta…

Animado por mis amigos íntimos, me he aventurado a escribir poesía. No pretendo pasar por un maestro de la lírica, lo único que quiero con mis poemas es expresar mi lealtad a los creadores de la idea *Juche*. Ahí va un pequeño ejemplo, titulado *Paraíso*:

¿Cuántos sueños puede tener un ser humano?
¿Cuál de ellos es el más elevado?
Todos para uno y uno para todos.
Una sociedad de armonía y amor.

Padres sin miedo al futuro,
hijos que aprenden de un libro:
explotación es una palabra antigua,
crimen ya desapareció hace tiempo.
Corea es libre bajo el resplandeciente Sol.

Paraíso, una esperanza que devino realidad.
Paraíso, traído por nuestro Generalísimo Kim Il Sung.
Paraíso, conquistado con la sangre de los camaradas caídos.

En dos ocasiones me han concedido el premio internacional de literatura, una por mis versos y otra por el ensayo *Corea, la ciudadela Songun*. Soy un hombre de acción, no un literato, pero disfruto escribiendo sobre lo que más me gusta.


로동신문

조선로동당 중앙위원회 기관지

제41호 [루계 제23723호] 주체101 (2012)년 2월 10일 (금요일)

전당, 전군, 전민이 일심단결하여 사회주의 위업을 끝까지 완성하자!

은동지께

글 올리였다

탄생 100돐 및 탄생 70돐기념

결성

평양

조선인민군 최고사령관 김정은각하께 드립니다

가장 존경하는 김정은각하

당신의 안녕을 축원합니다.

김정은대장각하 만세!

조선과의 친선협회 위원장 알레한드로 까오 데 베노스

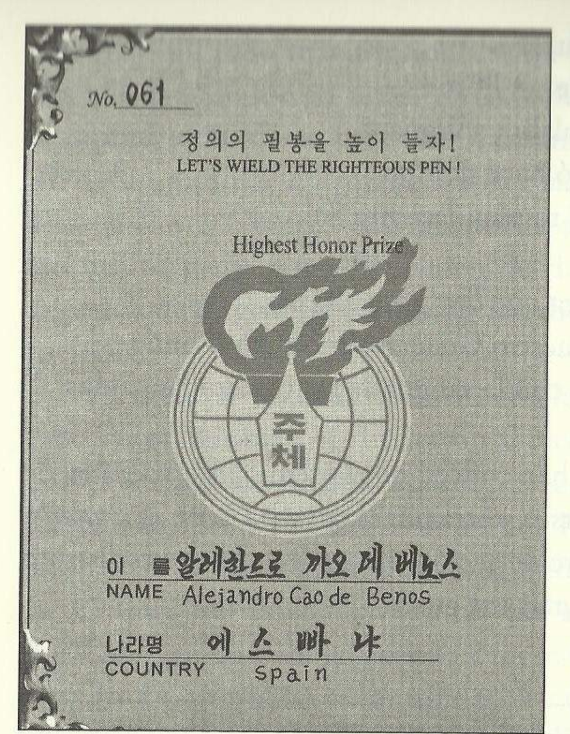
주체101 (2012)년 1월 28일

에스빠냐 따라고나

세계 진보적인류의 마음속에 함께 계시는 령도자

광명성절에 즈음하여 여러 나라에서 행사 진행, 담화 발표

El 10 de febrero de 2012, el *Rodong Sinmun* publicó como primera noticia de portada la carta que le remití a Kim Jong Un.



Por dos veces me han concedido el premio internacional de literatura.



En 2008 me tocó cantar para la televisión junto a una oficial del ejército de Mongolia.

Parte VII
Burócratas

Inversores intrépidos

En 2003, cuando surge la idea de organizar delegaciones turísticas a Corea del Norte, propongo ofertar también expediciones enfocadas exclusivamente a los negocios. La intención es captar inversiones extranjeras, atraer a emprendedores dispuestos a asumir riesgos. Invertir en un país estigmatizado y con una legislación mucho más severa que la ultraliberal China podría parecer una operación suicida, pero el potencial de negocio es bárbaro, porque los costes de producción son irrisorios, la cualificación y disciplina de los trabajadores no tienen parangón y apenas hay competencia.

Eso sí, hay que saber tratar a los norcoreanos, quien falte al respeto a sus iconos se cierra todas las puertas, ir allí con aires de fanfarrón dinamita toda opción de acuerdo. En cambio, exhibir humildad, someterse a las reglas y ser transparente es la mejor manera de plantear una negociación. Cuesta ganarse su confianza. Hay que emplear mucha psicología, descifrar bien su mentalidad. Y ahí es donde puedo echar una mano, actuando de enlace entre dos mundos con formas de pensar diametralmente distintas, resolviendo los frecuentes malentendidos.

El Comité dio luz verde a la idea de fomentar no sólo las relaciones culturales con el exterior, sino también los tratos comerciales. Cada año convocamos a través de la web un par de *business trips* para empresarios. Viajo con ellos, mis camaradas organizan los encuentros con el ministerio del ramo que corresponda y se discuten los pros y contras de las propuestas. A continuación se elabora un estudio de viabilidad y finalmente se toma una decisión.

Para instalarse en Corea del Norte, primero hay que constituir una *joint venture* con una empresa pública local. En diez años hemos propiciado un montón de contratos. Recuerdo uno suculento con una empresa australiana para la fabricación de componentes para buques mercantes. La industria pesada es el sector más desarrollado. También en tecnología informática, aunque parezca mentira, Corea del Norte es puntera. Es por eso que producimos prototipos de tornos de control numérico, auténticas virguerías de la ingeniería industrial. He recibido peticiones de grandes empresas de *data hosting* deseosas de mudarse a Corea por una cuestión de seguridad, para huir del espionaje estadounidense.

Otros empresarios sólo quieren realizar un pedido o, en sentido contrario, exportar allí sus productos. Hemos importado aparatos de la italiana Ariston, procedentes de un stock en Singapur a un precio excelente, y hemos desarrollado proyectos de I+D con científicos extranjeros. Las oportunidades de negocio existen, aunque no siempre llegan a buen puerto, ya sea por las trabas que impone Washington o —por qué no reconocerlo— por nuestra desesperante falta de reflejos.

Burocracia y miedo a errar

Me prometí a mí mismo que cuando escribiese esta biografía no me mordería la lengua a la hora de referirme a lo que peor funciona en mi querida Corea. Y voy a cumplir mi palabra. Uno de los reproches más contundentes que se le pueden hacer es su paralizante *burrocracia* estatal, capaz de echar al traste jugosos proyectos. Sé de lo que hablo porque más de una vez he sido testigo directo de tales desatinos. He visto escurrirse de nuestras manos contratos de hasta cinco millones de euros por pura ineficiencia administrativa. El sistema norcoreano no es inmune a la esclerosis burocrática que en el pasado carcomió las estructuras de la Unión Soviética.

Los protocolos para favorecer el comercio exterior están aún en pañales; en lugar de poner facilidades, los procedimientos son farragosos. En la arena internacional, las dos partes interesadas en cerrar un trato deben sincronizar sus ritmos. Conseguir eso en Corea del Norte es poco menos que un milagro. He acompañado a numerosos emprendedores que, una vez se deciden a invertir allí, quieren acelerar la puesta en marcha de sus proyectos. No tienen paciencia y en muchas ocasiones, cansados de esperar, se desdicen de los preacuerdos con la parte norcoreana. Cuando les llega la autorización de Pyongyang —tras obtener el sello de media docena de departamentos—, hace ya meses que se han llevado sus inversiones a Vietnam, China o India.

Yo me peleo todo lo que puedo en las reuniones internas para que los trámites no se eternicen. «Si los ministerios que tienen que dar el visto bueno no se dan prisa, perderemos equis millones de euros», les aviso. Los camaradas más jóvenes suelen entenderlo, pero en las oficinas estatales siempre encuentras en algún momento del proceso a un par de dinosaurios que prefieren aplicar la táctica del avestruz y esconden la cabeza bajo tierra, en lugar de buscar soluciones. Esa actitud obstruccionista ralentiza el progreso del país.

Las largas esperas pueden resultar frustrantes. Pese a todo, soy muy cabezota y no me rindo hasta conseguirlo, aunque me cueste horas de pedagogía. Soy un incondicional de la Corea del *Juche*, pero mi trabajo es también intentar cambiar las cosas que chirrían para que sea un país mejor. El problema es que a cierta gente no le gusta que se remuevan las aguas estancadas.

Ligado a la burocracia, existe el problema del miedo a equivocarse. Miedo de algunos funcionarios de nivel medio a asumir riesgos, a estampar su rúbrica en proyectos innovadores. Temor a que esa iniciativa, por la razón que sea, acabe en fracaso y a ellos se los señale como responsables. De nuevo, un perjuicio derivado del concepto de responsabilidad subsidiaria. Si uno dispone de una respetable posición en el Partido, ¿para qué va a arriesgarla mojándose por un proyecto potencialmente atractivo para la economía nacional pero de resultado incierto? Resulta más cómodo denegar permisos que conceder licencias de las que en un futuro te puedes arrepentir. Yo me esfuerzo en borrar esa mentalidad a mi alrededor, pero la cadena de validaciones es tan larga que inevitablemente choco con más de un obstáculo.

Esos dinosaurios que sólo saben quedarse sentados en su despacho sin hacer nada de provecho —una conducta que contraviene las instrucciones de Kim Il Sung contra el burocratismo— suelen ser directivos de rango medio. Nunca he visto tales comportamientos en las altas instancias, que en algún caso se ven obligadas a intervenir para desencallar trámites. Es en los niveles intermedios donde acostumbran a embarrancar los proyectos. En más de una ocasión mis iniciativas obtienen el aval del Comité, pero luego van encontrando trabas en otras secciones cuya autorización también es imprescindible. La administración está rígidamente compartimentada, de tal modo que desde mi departamento no podemos entrometernos en lo que hacen otros. Sólo cabe confiar en que tarde o temprano el asunto se acabará desbloqueando.

Uno de los casos que más me sacó de quicio fue el de mi camarada de la KFA George Borden, un estadounidense de Virginia experto en medicina deportiva, gran amigo de Corea del Norte. Ha hecho numerosas donaciones de material médico, ha visitado el país, lo han conocido personalmente, pero por el simple hecho de ser norteamericano le fue denegada una oferta de cooperación. Borden propuso organizar en Pyongyang un seminario sobre las

últimas técnicas en medicina deportiva, para permitir a decenas de doctores norcoreanos formarse de forma gratuita y recibir material de última generación sin tener que pagar ni un céntimo. ¿Cuál era el problema? Hay una normativa que sólo permite a los ciudadanos de Estados Unidos entrar como turistas. A Borden se le aplicó esa ley mecánicamente, sin valorar su perfil ni los beneficios que podían derivarse de su iniciativa. Me enfadé mucho, porque Borden había demostrado de sobra sus buenas intenciones. Pero en este caso Corea del Norte no se dejó ayudar.

El virus de la envidia

La envidia es uno de esos atributos del ser humano que difícilmente puede corregirse a través de la ideología. No hay sociedad libre de ese virus, y la norcoreana no es una excepción. Mi relación con Corea del Norte cumple ya más de dos décadas; en ninguna otra parte me he sentido tan cómodo, querido y respetado, pero no podía faltar una pequeña minoría de envidiosos que se preguntan con una mueca maliciosa cómo es posible que alguien nacido en el extranjero, por muy amigo que sea, disfrute de una posición más elevada que ellos, ejerza de portavoz del gobierno en la prensa internacional, disponga de contactos en diferentes estamentos estatales y pueda promover proyectos que a ellos no se les permite impulsar. Mi conocimiento tanto de la mentalidad capitalista y occidental como de la sociedad *jucheana* y oriental me sitúa en una posición ventajosa, nadie en el Comité puede desempeñar ese papel de puente, y eso genera algún roce.

Organicé una visita de profesores universitarios a Pyongyang para protagonizar unas jornadas de intercambio cultural. Teníamos la autorización verbal, los docentes estaban casi con las maletas en la mano… y en el último momento recibí una comunicación urgente en la que se me informaba de que el plan debía ser cancelado. Algún

eslabón en la larga cadena de papeleo había fallado, faltaba algún permiso y todo se fue al garete. Aquello me indignó. Pedí explicaciones a mis compañeros y, en la intimidad, me confesaron que un funcionario del ámbito educativo lo había dinamitado. Cuestión de celos. Ese saboteador no soportaba que otro pisara *su* terreno y se apuntara un tanto con la visita de profesorado extranjero.

Una de las características del sistema norcoreano es su estricta jerarquía, las secciones del Partido y del gobierno trabajan en compartimentos estancos y no reciben otras indicaciones que las de su superior. Eso, sumado a una gran dosis de secretismo, provoca que uno se entere sólo de lo que ocurre en su propia oficina y no tenga ni la menor idea de lo que sucede en la puerta de al lado. Debido al perfil multidisciplinario de muchos de mis proyectos, tengo que trabajar con diversos departamentos a la vez: la Korea International Travel Company, la sección internacional del Partido, los ministerios de Comercio Exterior y Asuntos Exteriores… Inevitablemente, me acabo enterando de más cosas que mis propios colegas. Y eso a alguno le escuece.

Pero lo que provoca más resquemores es la KFA, ya que su alcance mundial ha trastocado por completo la lógica interna del Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero, que siempre se ha dividido en departamentos específicos para cada región del mundo. Las secciones de Asia, África, Suramérica y demás apadrinaban una asociación de amistad en cada país, habitualmente vinculada al partido comunista local. Pero la dimensión transcontinental de la KFA pulveriza el viejo modelo.

Al tener su sede central en España, la KFA quedó adscrita al departamento de Europa, pero a medida que se expandía por los cinco continentes surgieron los problemas. Una simple expedición turística genera un desbarajuste en las estructuras del Comité: si en el grupo viajan europeos, australianos, chinos o canadienses, ¿quién demonios debe ocuparse de ellos? ¿Incumbe sólo al departamento de Europa o también deben involucrarse los demás? El dilema ha

motivado crispadas discusiones. Hay sectores que no consienten que «invada sus competencias» invitando a no europeos a mis delegaciones. Por suerte, los máximos responsables del Comité me amparan.

La concepción internacional de la KFA es un quebradero de cabeza para el resto de las secciones. A mediados de 2013, contábamos con cerca de 13.000 afiliados, repartidos por 120 países. Para las altas esferas, esos números son una bendición y no paran de felicitarnos. Pero nuestro éxito discurre en paralelo a la quiebra de secciones como la de Oceanía, que se ha quedado sin militantes en las asociaciones de amistad locales y sus responsables se ven obligados a justificarse en las sesiones de crítica y autocrítica.

La culpa no es suya, lo que ocurre es que la KFA, mucho más dinámica y activa, fagocita su infantería, hasta el punto de que nuestros afiliados ya representan el 75% de «amigos extranjeros» reconocidos oficialmente. ¿Para qué sirve entonces mantener un departamento de Oceanía? Para nada, es un vestigio de las viejas estructuras que tarde o temprano acabará desapareciendo junto al resto de áreas geográficas. Pero hasta su desaparición seguirán dándonos guerra con sus actividades fraccionalistas. Sólo voy a citar un caso para ilustrar mi acusación. A los camaradas de la KFA en Nueva Zelanda los intentaron persuadir de que montasen su propia asociación nacional. Querían desvincularlos de la KFA, para así colgarse ante sus jefes la medalla de que habían conseguido formar un grupo de admiradores de la idea *Juche*. No es un caso aislado, otros también han intentado dividirnos. De momento, todos han fracasado.

Un arribista sin escrúpulos

Otro de los puntos flacos de la condición humana es la codicia y su sucedáneo, el arribismo. La intensa labor ideológica ha conseguido extender un espíritu colectivista y solidario inimaginable en el contexto de capitalismo salvaje que impera en Asia, pero aun así es

imposible erradicar al cien por cien determinados comportamientos. Años después de nombrarme delegado especial, pusieron a mi servicio a un joven acabado de salir de la academia, para que me echase una mano con las inversiones extranjeras. En seguida me di cuenta de la desbordante ambición del chico. Soñaba con trepar hasta los más altos escalafones ministeriales, hacía la pelota a quien le convenía y buscaba la manera de ascender a costa de otros.

En una reunión interna —a la que no asistí— anunció que me había comprometido a donar al Comité un autobús en señal de amistad. Aquella surrealista revelación, según me contaron, fue recibida con vítores y aplausos, porque cualquier donativo es siempre bienvenido. Lo malo es que aquello… ¡era completamente falso! ¡Cómo iba yo a comprar un autobús si en esos años no tenía ni coche y apenas podía pagar la hipoteca! Era una ridícula milonga pergeñada por aquel sinvergüenza para quedar bien delante de sus jefes: «Voy a daros una primicia. El camarada Alejandro, con el que yo colaboro, va a hacernos entrega de un autobús». Ovación. «Bravo, muchacho, seguid así». Una mezquina estrategia para ganar puntos. Cuando salí a desmentir el anuncio, quizá alguno llegó a pensar que, en realidad, me había echado atrás.

El jovencito era un auténtico manipulador, encadenaba una mentira tras otra con el único afán de medrar. Un día quiso hacerse una foto conmigo; al cabo de una semana, vino a la habitación del hotel donde me hospedaba cargado con una vasija de porcelana en la que habían estampado nuestro retrato. «Tome, es un regalo para usted». Quería ganarse mi confianza, que yo hablara bien de él. Pero detrás del obsequio se ocultaba otra de sus burdas artimañas que pude desenmascarar por azar. Cerca del Arco de Triunfo se encuentra Wolhyang, un almacén de obras de arte que suelo visitar a menudo para tramitar pedidos del extranjero. Meses después de recibir la vasija, pasé por Wolhyang y el responsable del centro, un buen amigo mío, lo primero que me dijo fue: «Ah, camarada Alejandro, gracias por venir, tengo preparada la factura pendiente».

¿Cómo? No recordaba adeudarle nada. «Sí, la vasija de porcelana con la fotografía. ¿No se acuerda? Vino un chico a encargarla de su parte y dijo que vendría usted a pagarla. Son 200 euros…». ¡Menudo caradura!

Obviamente, ese embaucador acabó expulsado del Comité. Dado su rango inferior, no creo que el castigo fuera demasiado severo, pero aquel despido supuso un inoportuno borrón en su currículum. No es el único caso de malas prácticas que he denunciado. La lealtad a la nación también se demuestra alertando de aquellos comportamientos deshonestos que socavan el funcionamiento de la sociedad.

Atrapa a un ladrón

Siempre digo que una de las grandes virtudes de la sociedad norcoreana es la práctica inexistencia de corrupción. El severo marcaje a los servidores públicos, las sesiones semanales de crítica y autocrítica —de las que no se libran ni los altos cargos— y la rigurosa moral impartida por Confucio reducen los casos de fraude a la mínima expresión, a años luz de los índices de España u otros estados capitalistas. Ello no impide, sin embargo, que pueda haber algún comportamiento individual reprobable, que una vez detectado acaba siendo aplastado sin vacilación bajo el peso de la ley.

Voy a contar aquí por primera vez una experiencia personal nada reconfortante que viví poco antes de ser ascendido, en 2002. El país empezaba a recobrar el aliento después del calvario de la Ardua Marcha y yo me ofrecía a ayudar en lo que pudiese. Una de las potenciales líneas de negocio era buscar importadores de manufacturas. Visité un taller de artesanía de Pyongyang que acumulaba un impresionante *stock* de piezas de jade. Me presentaron al director del centro, un hombre zalamero, de sonrisa pícara, con buen nivel de inglés, que en seguida me dio mala espina. Después

de cubrirme de lisonjas por mi apoyo desinteresado, me condujo al almacén donde guardaba las figuras de jade. «Escoja usted mismo la que más le guste», propuso. Azorado por la invitación, dudé unos segundos. «Vamos, escoja una, es un obsequio en señal de amistad», insistió. Reconozco que debería haber rechazado el ofrecimiento, pero en aquel momento no supe interpretar lo que tramaba aquel granuja. Acabé escogiendo una delicada pieza en forma de árbol.

Al mostrársela a mis amigos, entendí que había metido la pata. Estaban irritados, no conmigo, sino con el director del taller. ¿Cómo se atrevía a entregar como regalo personal una estatuilla propiedad del Estado? Eso era una falta grave. Sugerí devolver la figura, lo último que quería era aparecer como cómplice de algún tipo de soborno, pero mis compañeros me convencieron de que no le diese más vueltas al asunto.

Al cabo de unos meses, volví al taller de artesanía para concretar la manera de exportar las obras de jade. Tras mostrarme el catálogo, el director bajó el tono de voz y comenzó a exponer sus planes para vender piezas arqueológicas —joyas, monedas y otros objetos— que, según él, estaban repetidas y podían ponerse en el mercado. «Quizá usted conozca algún coleccionista interesado en comprar estas antigüedades…», dijo tratando de implicarme en la trama. «Yo le daré unas muestras, un listado de precios, y si logra cerrar alguna venta me trae el dinero y le entrego una comisión». Aquello olía a chamusquina. Dijo que me prepararía un paquete con la mercancía. «¿Y el certificado conforme voy a sacar del país todas esas antigüedades?», pregunté suspicaz. «Oh, no se preocupe, no lo necesitará. Cuando vaya usted al aeropuerto y haya superado los controles, acérquese a la oficina que tenemos en la terminal: allí le entregaremos en mano la caja precintada…». ¡Vaya chanchullo!

Aquella conversación me destrozó los nervios. Me lo quité de encima como pude y salí disparado. Los trapicheos de ese canalla no podían quedar impunes, así que lo denuncié. No sólo lo echaron

de la empresa pública a la que pertenecía, sino que fue condenado a pasar una temporada en un campo de trabajo disciplinario, doblando el espinazo al lado de los campesinos en un arrozal. Este tipo de castigos son los que reciben los delincuentes en Corea del Norte. Pese a que algunos indocumentados cometan la aberración de equipararlos a los campos de exterminio nazis —comparación malévola y falaz—, los campos de trabajo forzado tienen una misión reeducativa. En lugar de pudrirse en una celda sin dar golpe, los reos son obligados a trabajar para la comunidad y a reflexionar sobre el daño que han causado. Si su conducta se endereza, pueden reintegrarse con normalidad a la vida civil.

Ése fue el caso del exdirector del taller de artesanía, con quien me encontré casualmente años después de nuestro «incidente». Su aspecto tenía poco que ver con el de aquel sibilino comerciante que había conocido tiempo atrás. Las arrugas habían invadido su rostro, la tez oscura delataba las horas de sol en las plantaciones, aquel aire de deshonesta suficiencia había mutado en sumisas miradas de culpabilidad. Nada más verme, me saludó con una sonrisa forzada. Sabía perfectamente que era yo quien lo había delatado, pero no esbozó ni el más mínimo gesto de rabia contenida, sus ojos más bien parecían pedir perdón por su fechoría. Fue un brevísimo encuentro en la calle, no dio tiempo ni de iniciar una conversación. Luego me enteré de que, tras cumplir la pena, ese sujeto pudo volver a Pyongyang y fue recolocado en una empresa estatal dedicada al comercio exterior, aunque con un cargo inferior al de antes. Se había ganado el derecho a una segunda oportunidad. Pero el aviso estaba claro: al primer indicio de corrupción, el poder popular actúa de manera implacable.

Parte VIII
Líderes

Encuentros fugaces con Kim Jong Il

Kim Il Sung es probablemente el dirigente político con más carisma de la historia. Allí donde iba era recibido con desenfrenadas muestras de cariño. Todos los que lo conocieron hablan de su liderazgo bondadoso y paternal. En las visitas de inspección a pueblos, fábricas y granjas cooperativas, hacía cargar siempre a uno de sus ayudantes con una Polaroid y obsequiaba a los lugareños con fotografías instantáneas. Son infinidad las familias que pueden presumir de guardar en casa una foto junto al Gran Líder. También solía organizar recepciones en su despacho presidencial para los amigos internacionales. Extrovertido, locuaz, seguro de sí mismo, no tenía inconveniente en conceder entrevistas a periodistas foráneos.

El estilo de dirección de Kim Jong Il era diferente. Recorría asimismo kilómetros y kilómetros en tren o en coche para tomar personalmente el pulso a la nación, se mostraba igual de atento, sensible y benévolo con el pueblo, pero tenía un carácter más frío y marcial que Kim Il Sung, carecía de aquel don de gentes de su padre. En el contacto con extranjeros era mucho más reservado,

más selectivo, no se dejaba ver con facilidad. La prensa lo tenía aún más crudo: no concedía entrevistas.

Pero esa aparente inaccesibilidad podía matizarse con contactos por vía indirecta. Desde mis primeros viajes, siempre llevaba en la maleta algún regalo para él. Cuando escribía una carta al Comité con motivo de algún aniversario patriótico, siempre pedía que le transmitiesen un saludo afectuoso de parte de la KFA. Me consta que se lo hacían llegar y que él apreciaba nuestro trabajo. Cuando empecé a ser conocido, recibí comunicaciones suyas a través de un emisario oficial.

La primera vez que eso sucedió estaba descansando en la habitación del hotel Koryo. Era ya de noche. De repente llamaron a la puerta. Ante mí apareció uno de sus secretarios. «¡Le traigo un mensaje personal del general Kim Jong Il!», gritó erguido y solemne. Allí mismo, en el umbral de la puerta, abrió una carpeta roja, me mostró dos comunicados —uno en coreano y su réplica traducida al inglés— con el sello oficial del Partido y procedió a leerme su contenido. Era lo más parecido a la lectura de un bando, aunque en este caso su audiencia se reducía a una sola persona. Me transmitió palabra por palabra lo que quería decirme el Querido Líder. Era un mensaje oral, no había posibilidad de quedarse con una copia, pero recuerdo que expresaba su sincera felicitación y agradecimiento por mi dedicación a la república y al desarrollo de los lazos de amistad con otros pueblos del mundo, confiando en que continuaría esa labor en el futuro y deseándome salud a mí y a mi familia. Cuando terminó de leer, cerró la carpeta y se despidió cortésmente. Permanecí unos segundos paralizado, atónito, delante de la puerta. La escena se ha repetido más adelante en un par de ocasiones, siempre coincidiendo con alguna efeméride señalada.

Llegué a tener con él dos encuentros fugaces. El primero coincidió con un desfile en la plaza Kim Il Sung. Mientras las personalidades invitadas iban accediendo a sus puestos en la tribuna, yo me quedé rezagado en la antesala del balcón. En ese instante apareció

por allí Kim Jong Il, que se quedó clavado ante mí. «*¡Changunim!*», dije en señal de saludo al «Querido General». Él sonrió y me estrechó la mano. Desgraciadamente, no hubo tiempo para charlas. Años después, volví a verle a escasos metros de distancia, nuevamente en la tribuna de autoridades de la plaza Kim Il Sung, antes de iniciarse otro desfile de masas. Cuando salió al balcón, observó a la gente que lo vitoreaba unos escalones por debajo y, al verme, agitó la cabeza y la mano con cordialidad.

Me habría encantado poder departir ni que fuesen cinco minutos con él, pero jamás se presentó la oportunidad. En cambio, sí procuró transmitirme su cálida gratitud. Uno de sus emisarios me entregó un regalo personal suyo: un juego de té de porcelana blanca con ribetes dorados y adornos florales, acompañado de un documento oficial que acredita su procedencia. Es quizá el mayor tesoro que conservo en mi casa.

El 17 de diciembre de 2011, Kim Jong Il murió de un ataque cardíaco. Tenía 69 años. Fue para mí otro golpe tremendo, tan difícil de digerir como el fallecimiento de Kim Il Sung en 1994. Al escuchar la noticia en mi casa, cerca de Tarragona, rompí a llorar como un niño. Me habría gustado acompañar a mis camaradas en los funerales, pero desde el día en que se hizo público el deceso no paró de sonar el teléfono: los medios de comunicación me pedían valoraciones. En dos semanas atendí a casi un centenar de televisiones, radios y periódicos del mundo entero. La Sexta, Telecinco, Telemadrid y otras cadenas enviaron unidades móviles a mi residencia. Pasaba las 24 horas del día respondiendo a preguntas de los periodistas. Más adelante ya me uniría al luto de mis compatriotas en Pyongyang, no quería darles trabajo adicional con mi llegada. Antes tenía que proteger la memoria de Kim Jong Il y rebatir la sarta de insultos de una prensa occidental que se ensañaba con él. La mía era prácticamente la única voz que salía en su defensa fuera de Corea del Norte. No tenía derecho a inhibirme.



Juego de té de porcelana, un regalo personal del Querido Líder, Kim Jong Il.

En febrero de 2012, regresé a Corea. Los festejos por el 70 cumpleaños de Kim Jong Il se convirtieron en ceremonias teñidas de luto. Viajé al monte Paektu, donde se celebró un emotivo homenaje. En Pyongyang, acudí al Centro de Información Musical Hana, una especie de archivo de vídeos y audios que Kim Jong Il visitó dos días antes de morir. Fue una de sus últimas apariciones públicas. El director del centro me contó detalles que demuestran que su salud estaba ya al límite. Para poderse fotografiar junto a él, los empleados tenían que sujetarlo por los brazos, porque no se sostenía solo. Se sentó en una sala de proyección para presenciar un recital con Andrea Bocelli y otros genios del canto. Al terminar, se encendieron las luces y todo el mundo se levantó de sus butacas, salvo él. Estaba tan débil que no podía incorporarse. Aun así, 48 horas después insistió en tomar el tren para realizar una visita de inspección, pero su corazón ya no podía más y dejó de latir a mitad del trayecto. Descanse en paz.



Los retratos de Kim Il Sung y Kim Jong Il adornan las paredes de despachos, apartamentos y palacios públicos.

Kim Jong Un, fiel a las esencias

Una de las últimas órdenes que Kim Jong Il filtró a la oficialidad poco antes de morir fue que, en su ausencia, se unieran monolíticamente en torno a su hijo, como habían hecho con él tras la muerte de Kim Il Sung. Ésa sería la mejor garantía de supervivencia del sistema, lo blindaría ante cualquier tentación de traición. El joven Kim Jong Un encarnaba la continuidad, sus lazos sanguíneos acreditaban su pedigrí revolucionario. No es cierto que el modelo norcoreano haya degenerado en una dinastía hereditaria. Más adelante me extenderé sobre la mística cuasi religiosa que envuelve la idea *Juche*, pero de entrada quiero subrayar que Kim Jong Un no es un caudillo plenipotenciario que ejerce el poder con despotismo. Es la cabeza visible del poder popular, pero comparte dirección con un amplio círculo de veteranos con larga experiencia.

Desde que asumió el mando a finales de 2011, Kim Jong Un se ha ido forjando una imagen de modernidad sin cuestionar las esencias del sistema. Su estilo afable, jovial, próximo a las masas, parece llevar el sello de Kim Il Sung. Más recio era Kim Jong Il, a quien le tocó comandar la nave en uno de los periodos de mayor dificultad. Hoy, en un contexto de mayor desahogo, Kim Jong Un puede lucir una sonrisa de optimismo. Su ascenso ha coincidido con un despegue económico que está permitiendo reactivar la construcción, importar tecnología y aumentar la oferta de bienes de consumo.

Siguiendo la estela familiar, ha decidido enfrentarse al burocratismo que oxida algunas estructuras. El 9 de mayo de 2012, la KCNA publicó un teletipo para enmarcar. La crónica de su visita al parque de atracciones de Mangyongdae recogía una insólita batería de recriminaciones a los responsables de la feria. Mientras paseaba con ellos, los abroncó por el estado de abandono de las instalaciones. Señaló con enojo las resquebrajadas aceras y preguntó cuánto tiempo hacía que no se renovaba el pavimento. Se plantó ante unas baldosas entre las que crecían malas hierbas y «con la mirada irritada» —relata la agencia— se agachó para arrancarlas una a una, mientras condenaba a viva voz el «nulo espíritu de servicio al pueblo» de los cuidadores. Vio que los artefactos a los que se subían los niños estaban sucios y despintados, y se desesperó. Al finalizar el recorrido, dijo a los funcionarios que aprendieran de esta lección y les conminó a erradicar su «estilo de trabajo obsoleto».

Firmaría cada una de sus palabras. Estoy seguro de que su actitud enérgica frente a los *burrócratas* prevalecerá. La economía es una de sus grandes prioridades y no tolerará que esos mediocres saboteen sus planes. Espero algún día transmitirle en persona todo mi apoyo. De hecho, ya lo hice fugazmente el 10 de octubre de 2012, cuando tuve la oportunidad de saludarlo. Fue en un concierto de la banda Moranbong en el pabellón Ryugyong Jong Ju Yong para conmemorar el 67 aniversario de la fundación del Partido. Me acomodaron junto al palco presidencial, justo al lado de las

escaleras por las que subía y bajaba Kim Jong Un. En una de esas idas y venidas le ofrecí el saludo, él se detuvo, me miró risueño y me estrechó con fuerza la mano.

Sus esfuerzos por elevar los estándares de bienestar no van en detrimento del gasto militar. Como comandante supremo, ha dado órdenes de mantener el programa nuclear. No habrá marcha atrás, por mucho que las grandes potencias presionen para que nos desnuclearicemos. El arma atómica es el mejor escudo frente a las tentaciones imperialistas. Iraq fue barrido por las tropas yanquis porque carecía de las armas de destrucción masiva que se decía que poseía Saddam Hussein. Deberían olvidarse de invadir Corea del Norte, a menos que quieran desencadenar una guerra nuclear. La bomba atómica nos da un poder de disuasión al que jamás renunciaremos. Es nuestro seguro de vida. Sólo estaríamos dispuestos a ello si todas las potencias destruyesen su arsenal, pero Washington nunca se prestará a eso. Y si ellos no se desprenden de su armamento, ¿por qué deberían hacerlo unilateralmente los norcoreanos?

Un bonachón al frente del Parlamento

El poder legislativo reside en la Asamblea Popular Suprema, una suerte de Parlamento formado por 687 diputados, que se renueva a través de elecciones cada cinco años. La abrumadora mayoría de escaños queda en manos del Partido del Trabajo de Corea, aunque también hay espacio para el Partido Social Demócrata, de raíz pequeñoburguesa, y el Partido Chondoísta Chongu, que agrupa a feligreses del chondoísmo, una religión específicamente coreana, de fuertes convicciones nacionalistas y con influencias del chamanismo, el taoísmo y el budismo.

La hegemonía la ejerce casi en exclusiva el Partido del Trabajo de Corea. La Asamblea celebra una sola sesión ordinaria al año, en la que se trazan las líneas maestras de la política estatal. En los largos perio-

dos sin sesiones plenarias, el comité permanente de la Asamblea vela por el cumplimiento de las directrices marcadas. Desde 1998, este reducido presídium lo encabeza Kim Yong Nam, un veteranísimo cuadro del Partido que protocolariamente ejerce de jefe de Estado.

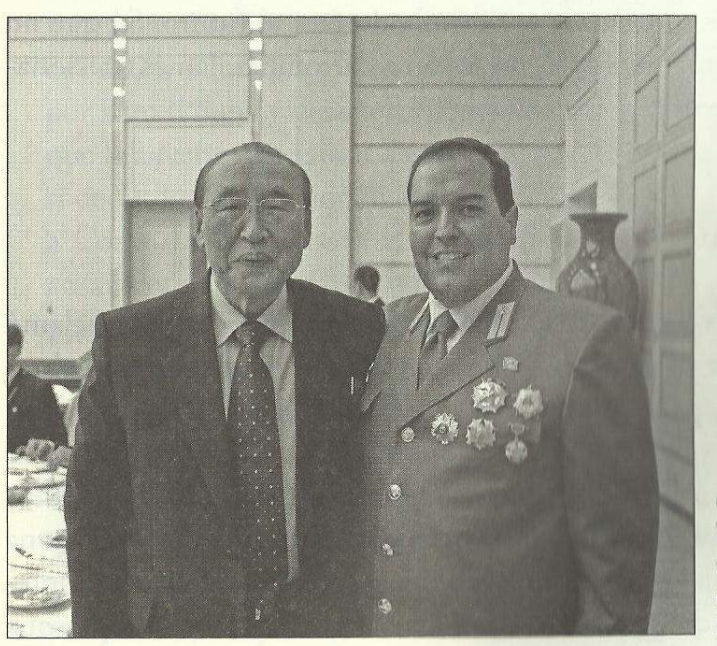
Kim Yong Nam representa la quintaesencia del espíritu Chongsanri. Departir con él es un placer. Su carácter reposado permite al interlocutor sentirse relajado pese a tener enfrente un mito de la revolución coreana. Es un trozo de pan, otro admirable jerarca a quien el poder no se le ha subido a la cabeza. Mi primer encuentro con él fue en una recepción oficial para una decena de «amigos internacionales», en el Palacio de Congresos Mansudae. Kim Yong Nam fue saludando uno a uno a todos los invitados. Cuando llegó mi turno se detuvo, puso la mano en mi hombro en un gesto de familiaridad y llamó al traductor: «Estimado camarada, la KFA es la locomotora que arrastra los vagones de la amistad mundial con Corea, es la principal organización que contribuye desde el exterior a la construcción y la defensa del socialismo en Corea del Norte». El número dos en el escalafón acababa de mostrar su apoyo explícito a aquel pequeño invento surgido a finales del año 2000 a partir de una rudimentaria conexión de módem en mi casa de Tarragona.

El cariño de una abuela

Para dirigirme a ella utilizo la tierna expresión *halmoní*, que significa «yaya». Podría parecer que me tomo excesivas confianzas ante toda una heroína de la guerra, una venerable anciana que no sólo ostenta la presidencia del Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero, sino que además es familiar directa de Kim Jong Un. Pero éste es el grado de cercanía que se utiliza incluso a ese nivel. A Kim Jong Suk la conocí en 2012, en un acto protocolario. Pese a su avanzada edad, rebosa energía y está perfectamente al corriente de las actividades de la KFA.



Sencilla, humilde y enérgica, Kim Jong Suk dirige el Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero.



Con el veterano Yang Hyong Sop, vicepresidente de la Asamblea Popular Suprema.

En el capítulo anterior he definido las piezas del engranaje que entorpecen el progreso nacional: los indolentes burócratas. Pero yo me quedo con la otra cara de la moneda: la modestia de la élite política. Esa dulce sencillez que desprende Kim Jong Suk se repite en todos los dirigentes que conozco. También en la hermana del mismísimo Kim Jong Un, a la que vi en el concierto del 10 de octubre de 2012. Desde una hora antes, la chica —sin alhajas, con un vestidito nada pretencioso— se dedicó a preparar hasta el último detalle de la mesa de autoridades. Si no me hubiesen chivado su identidad, habría pensado que era una azafata más.

No hay analista occidental que no haya predicho alguna vez el inminente colapso de Corea del Norte, pero pasan los años y ninguna de esas profecías se ha cumplido. ¿Qué es lo que permite al sistema mantenerse en pie? Más allá de las premisas falsas de las que parten la mayoría de teorías apocalípticas —si fuese cierto que vivir allí es lo más parecido a abrasarse en el lago del infierno, las masas ya se habrían rebelado—, uno de los secretos del sistema es la humildad y el buen corazón de sus máximos dirigentes. Ese detalle es lo que más esperanzas me insufla de cara al futuro. Sé que no buscan el lucro individual, no se van a corromper. Jamás traicionarán la idea *Juche*.

ADVERTENCIA: NI UN PASO ATRÁS

Años después de la Ardua Marcha, la prensa occidental proclamó que por fin se vislumbraban cambios, las autoridades daban su brazo a torcer y, para prevenir otra hambruna, se abrían a introducir reformas para enterrar la autarquía y abrazar el modelo chino de economía de mercado con partido único. La credibilidad que suelo dar a estos infundios es nula, pero reconozco que la machacona insistencia con la que se propagaba este mensaje —alimentado interesadamente desde Pekín—, me hizo dudar. No soy una persona

que se calle las cosas para quedar bien, cuando hay algo que no me gusta, lo digo, y eso fue lo que hice ante estos rumores.

Quise hablar a solas con mis grandes valedores: el entonces presidente del Comité, Mun Jae Chol, y la viceministra, Hong Son Ok. Mi respeto por ambos es infinito. A ellos les debo en gran medida mi estatus, ellos avalaron mis primeros proyectos y siempre han defendido el trabajo de la KFA. A Mun, además, lo tengo mitificado por su condición de ex secretario personal de Kim Il Sung. En una de mis visitas a Pyongyang solicité una audiencia con él. Me recibió en su despacho.

Lo primero que hice, para evitar malentendidos, fue expresar mi admiración por cómo se estaba logrando salir del bache, pero acto seguido dejé constancia de mi preocupación por las informaciones en el exterior sobre un supuesto viraje capitalista. Sabía que no podían ser más que embustes divulgados desde Seúl, Tokio o Washington, pero quería oír el desmentido por boca de alguien como él. Porque si detectaba signos de vacilación —y aquí fui extraordinariamente sincero, tanto con Mun como con Hong en una reunión posterior—, debían saber que no me tendrían a su lado. «Si algún día la cúpula traicionase la idea *Juche*, no podría hacer otra cosa que pasarme a la oposición y luchar para restablecer la ideología original alumbrada por Kim Il Sung y desarrollada por Kim Jong Il», advertí. No quería que la advertencia sonase a amenaza, sólo pretendía dejar claro que, si de verdad un puñado de tecnócratas prochinos estaba arrastrando a Corea del Norte hacia el capitalismo, yo no podría avalar hipócritamente el nuevo rumbo. En ese caso, abandonaría todas mis posiciones oficiales y reconvertiría la KFA en un centro de estudios de la idea *Juche* o incluso en una fuerza opositora con la misión de restablecer el socialismo.

Mun y Hong encajaron el aviso con sorpresa, pero sin acritud. Al no estar tan expuestos a las habladurías occidentales, todas esas conjeturas sobre un eventual desmontaje del armazón socialista les parecían puras elucubraciones sin fundamento. «Alejandro, nunca permitiríamos que algo semejante sucediese. Los coreanos hemos

derramado demasiada sangre en defensa de nuestra patria como para rendirnos a estas alturas. Jamás daremos un paso atrás», me tranquilizaron ambos. El inmovilismo de Mun y Hong fue premiado con sendas promociones. Al cabo de poco tiempo, Mun ascendió a un cargo de relevancia en el Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras que Hong fue nombrada ni más ni menos que secretaria general de la Asamblea Popular Suprema.

«No esperen de mí ningún cambio, yo dirigiré a la manera de Kim Il Sung», proclamó Kim Jong Il al heredar el bastón de mando tras la muerte de su padre, para desactivar cualquier especulación sobre un posible giro reformista. El 15 de abril de 2012, en el centenario del nacimiento del Gran Líder, Kim Jong Un se consagró como sucesor de la causa con su primer discurso público, en el que también defraudó a quienes andaban buscando algún indicio de revisionismo: para alcanzar la «victoria final», la revolución coreana no debía apartarse del «camino socialista indicado por Kim Il Sung y Kim Jong Il». La continuidad revolucionaria sigue estando garantizada.



En 2004, detrás de una pancarta a favor de la reunificación de Corea, flanqueado por Mun Jae Chol y Hong Son Ok, que entonces dirigían el Comité.

A punto de realizar una ofrenda floral en la tumba de la madre de Kim Jong Il, en el Cementerio de los Mártires Revolucionarios.

Parte IX
Familia

Más que amigos, hermanos

Hace tiempo que, si me preguntan por mi identidad, digo que soy coreano. Así es como me siento, al margen de que además me hayan concedido la nacionalidad honoraria. Es un sentimiento muy íntimo, que trasciende cualquier documento oficial y que germinó en mi primera visita en 1992. Siento que formo parte de la familia norcoreana, y gran parte de la culpa la tienen mis «hermanos», un concepto que va mucho más allá de la amistad. Es una sociedad extremadamente recelosa y desconfiada hacia el extranjero, pero quien consigue romper esa barrera encuentra un tesoro de hospitalidad.

El respeto y la corrección en el trato son inherentes a la confuciana Corea del Norte. Para dirigirse a un forastero o a alguien que no conocen, utilizan la fórmula *sonsengnim*, traducible como «señor». El siguiente peldaño sería *chingu*, para referirse a un «amigo» sin cercanía ideológica. A continuación vendrían los clásicos *dong-mu*, camarada joven y de rango inferior, y *dong-yi*, camarada más veterano y jerárquicamente por encima. En el Comité suelen llamarme «Alex *dong-yi*».

A partir de este punto, las expresiones adquieren un grado superior de cercanía. Hay un vocablo específico para denominar a un amigo que se convierte en parte de tu familia: se le llama «hermano», *hyongnim* si es mayor que tú, *dongseng* si su edad es inferior. A este nivel, la amistad traspasa todos los protocolos, el vínculo es tan profundo que desaparecen los tabúes. Dos «hermanos» se tienen suficiente confianza como para hablar abiertamente de lo que sea, charlan desinhibidamente de política, se cuentan su vida más íntima, se piden consejo para cualquier problema...

Tantos años de relación me han permitido llegar a este punto. Tengo tres *dongseng* y un *hyongnim*, por los que siento un afecto tan grande como si realmente perteneciesen a mi familia. En todos los casos fueron ellos quienes me propusieron el nuevo estatus. «Alejandro, a partir de ahora te consideraré un hermano». Suelen escoger un momento emotivo, un reencuentro o un intercambio de regalos. Y siempre a solas. Nadie debe enterarse de esa estrecha relación, delante de otras personas hay que regresar al protocolario *dong-mu* o *dong-yi*. Son mis «hermanos» secretos, nos ayudamos y apoyamos en todo, la lealtad es sagrada.

En realidad, no hace falta que seamos «hermanos» para ayudarnos. El espíritu colectivista que impregna la sociedad parece llevar tatuada aquella máxima de «uno para todos y todos para uno». En mi casa cercana a Tarragona he alojado a varios miembros del Comité en misiones culturales. Su comportamiento es tan solidario como en su lugar de origen. Antes de las ocho de la mañana, ya se han lavado y vestido, han agarrado unas escobas y han salido a barrer las aceras de la calle... Es algo común en Corea del Norte, donde el espacio público se concibe como propiedad colectiva de la que todo el mundo es corresponsable, pero la estampa no deja de maravillar a mis padres, enamorados como yo de ese espíritu Chongsanri.

El que más veces ha estado en mi casa es Pak Kwang Ung. Con su simpatía innata y ese castellano barnizado de cadencia

oriental y pronunciación caribeña, se gana en seguida el cariño de quien tiene la suerte de conocerlo. «¡No hay nadie más pronorcoreano que Alejandro, señora! ¡Ni siquiera nosotros llegamos a su nivel!», suele decirle en tono jocoso a mi madre. Para tranquilizarla sobre mis constantes viajes a Pyongyang, una vez le espetó: «Usted no se preocupe. Para mí, Alejandro es como un hijo, figúrese qué bien lo tratamos». No revelaré aquí quiénes son mis «hermanos» secretos, pero sí puedo decir que Pak es uno de mis más inseparables camaradas.

Pensamiento con huellas orientales

Este apego a Corea del Norte no sería posible sin una identificación total con la idea *Juche*. En la adolescencia, me cautivaba su pureza socialista, inmune al revisionismo. Pero poco a poco fui descubriendo una vertiente mística, irracional, que desborda los cánones marxistas y tiene más que ver con el sustrato religioso del país, con una espiritualidad oriental emanada del budismo y el chondoísmo, cuyo patrimonio goza de gran respeto. Kim Il Sung ordenó restaurar decenas de templos budistas y aún hoy se sigue celebrando cada mes de enero el Día de Buda, en el que se lanzan proclamas en favor de la reunificación de la patria. El chondoísmo cuenta incluso con representantes en la Asamblea Popular Suprema. El legado espiritual de esas dos religiones, en lugar de ser anatemizado —como ocurrió en la Albania de Enver Hoxha, primer país oficialmente ateo— fue readaptado, amalgamado con el marxismo-leninismo, para engendrar un pensamiento original, repleto de peculiaridades. Lo que a Marx le habría parecido una herejía encaja al milímetro con mi manera de pensar.

Antes de caer en mis manos el primer libro sobre la idea *Juche*, ya tenía trazadas mis coordenadas ideológicas: socialismo, militarismo, orientalismo... y una pizca de parapsicología. En seguida cons-

taté que ningún otro sistema en el mundo podía encarnar mejor los principios socialistas. La política de prioridad militar decretada por Kim Jong Il también casaba a la perfección con mi mentalidad. Pero lo que requirió más tiempo fue constatar hasta qué punto la sociedad está empapada de misticismo. Vías hacia el socialismo hay muchas, pero sistemas que combinen su esencia igualitarista con la tradición milenaria sólo hay uno. Ni los propios norcoreanos son conscientes de la influencia budista que subyace en sus creencias. O quizá sí se dan cuenta pero, temiendo parecer ridículos a ojos de un forastero, reprimen ciertos comentarios que en cualquier foro comunista serían tachados de palabrería esotérica.

Esos matices ocultos del pensamiento *Juche*, que he ido palpando con el tiempo, son los que me han conquistado del todo. Mi militancia comunista siempre ha ido acompañada de unas convicciones personales algo especiales. Además de abstemio y firme detractor del tabaco, soy lactovegetariano, sigo una dieta vegetal complementada con derivados de la leche. El paso lo di en plena mili: el rancho era incomestible, cocinaban productos caducados, escupían en la sopa… Mi solución inicial fue frecuentar una pizzería, aprovechaba una de esas ofertas 2x1, me comía una pizza y guardaba la otra en la taquilla para el día siguiente. Aún recuerdo la desagradable sensación de masticar trozos de pizza fríos, con ligero sabor metálico y un aroma de aire estancado y botas sucias. Me cansé y decidí probar la fórmula vegetariana, influido por mis lecturas sobre hinduismo.

Fui prescindiendo progresivamente de la carne y el pescado. Era una apuesta lógica, teniendo en cuenta que adoro los animales. En Tarragona, llegué a apuntarme voluntario en la protectora de animales. Siendo aún un niño, perdí la tercera falange del dedo corazón de la mano izquierda por querer proteger a un perro de la lluvia: caía un aguacero en el barrio de Sant Pere i Sant Pau, yo andaba por la calle con mi paraguas, cuando de repente vi a un pobre perro abandonado, calado hasta los huesos, sin aliento ni para buscar cobijo. Me

dio mucha pena y quise improvisarle un refugio. Pero la buena obra acabó en desgracia: fui a recoger unas rocas para inventar una guarida, tropecé y uno de los pedruscos aplastó mi dedo.

Igual que la dieta lactovegetariana, mi respeto a la dignidad de los animales es influencia oriental. Hay un principio hinduista que plantea lo siguiente: si el ser humano no posee la capacidad de devolver la vida a un animal muerto, tampoco tiene derecho a matar a ninguna entidad viviente. ¿Quién me inculcó estos razonamientos? Desde mi precoz estudio de la gnosis, a los 12 años, me considero un discípulo de la espiritualidad asiática. Durante mi paso por Izquierda Unida y luego por el PCPE, mantuve esta faceta en la más estricta intimidad, consciente de que a más de un camarada le chirriaría ese cóctel ideológico. Pero el descubrimiento de Corea me convenció de que no había nada que esconder. Llegar a un país comunista y observar la elevada consideración de la que disfrutan los símbolos budistas fue toda una sorpresa.

Comunismo sobrenatural

Enclavado en el frondoso monte Myohyang se halla el templo Pohyon, una joya arquitectónica con exquisitos techos y paredes de madera policromada. Fundado en el siglo XI, fue durante siglos el centro de peregrinaje más importante del norte. Hoy forma parte de los circuitos turísticos habituales. Siempre que visito el templo, solicito a un monje que oficie un ritual para recibir las bendiciones. Mis compañeros me esperan fuera, nunca se unen a mis rezos ante la figura dorada de Buda. «Nosotros no creemos en Dios», alegan para justificar su indiferencia.

Su escepticismo se debe a que identifican a Dios con el cristianismo, pero en cambio sí creen en el Cielo e incluso piensan que existe *algo* superior que ni ellos mismos saben definir. Muchas de sus supersticiones provienen de las tradiciones budistas, chondoís-

tas o confucianas. Podría citar decenas de anécdotas para corroborarlo. En una ocasión fui a la localidad de Sinchon, donde las tropas yanquis llevaron a cabo una de las peores masacres durante la guerra de Corea. Cuando llegué al memorial donde iba a pronunciar un discurso, llovía a cántaros. El mal tiempo amenazaba con deslucir el acto, pero de repente, como por arte de magia, se abrieron las nubes sobre Sinchon y se pudo mantener el programa. «La naturaleza le está dando la bienvenida», susurró satisfecha Hong Son Ok, que iba a presidir el evento. ¡Una alta representante del gobierno norcoreano apelaba a los hados de la tierra para ofrecer una explicación a ese fenómeno climatológico!

En otro viaje, me encontraba descansando en el hotel Folclórico de Kaesong, una reproducción de un poblado antiguo de Corea compuesto de pequeños habitáculos con tejados de aleros ondulados, paredes de madera y sistema de calefacción de suelo radiante. Por la noche penetró en mi estancia un bicho de dimensiones escalofriantes, una especie de langosta gigante que iba dando botes alocadamente. Reconozco que me asusté, desconocía si podía picarme, así que —pese a que odio matar a un ser vivo si no es estrictamente necesario— opté por curarme en salud y aplasté al pobre insecto con una zapatilla. A la mañana siguiente le comenté el suceso a Hong Son Ok, que se echó las manos a la cabeza: «Oh, es una lástima… Según la tradición, si entra en su casa este tipo de cigarra es un signo de buena fortuna… No debería haberla matado». De nuevo, su razonamiento trascendía el materialismo dialéctico.

Los norcoreanos son muy tímidos a la hora de confesar sus supersticiones ante un occidental, les da vergüenza que alguien de fuera pueda reírse de su heterodoxa mitología, pero de puertas adentro dan rienda suelta a sus relatos esotéricos, porque las mismas autoridades los validan. Esa espiritualidad difusa, que se entremezcla con una intensa veneración al Líder, es una faceta del pensamiento *Juche* que se mantiene en un discreto segundo plano, pero que impregna el discurso oficial.



Abrazo con el teniente coronel jefe en Panmunjom, justo en la frontera con Corea del Sur.



Con un maestro budista del templo Pohyon, un precioso santuario escondido en una ladera del monte Myohyang.

Muchos norcoreanos están convencidos de que, si una persona hace el mal, el destino la castiga con ese mal multiplicado por cien. «Haz el bien y la felicidad vendrá a ti», concluyen. Evidentemente, no es una ecuación científica, Marx sin duda la refutaría, pero sí entronca con la tradición oriental. El hinduismo plantea que el alma se reencarna en una existencia superior, inferior o intermedia dependiendo de si sus acciones han sido buenas o malas. Una vaga idea de reencarnación, reconocida también por el budismo, subyace en infinidad de lemas dedicados a los Líderes. «Kim Il Sung es Kim Jong Il, Kim Jong Il es Kim Il Sung», comenzó a divulgar el aparato de agitación del Partido en los años noventa, en pleno proceso de consolidación del sucesor. «Kim Il Sung estará siempre con nosotros» rezaba otro eslogan. Por todo el país se erigieron «torres de la vida eterna» con esa leyenda labrada sobre granito. La Constitución fue reformada para designar a Kim Il Sung como «presidente eterno». Tras fallecer Kim Jong Il en 2011, proliferaron lemas parecidos para realzar su «eterna» existencia.

Estas expresiones suelen desconcertar a los comunistas del resto del mundo y generan hilaridad entre aquellos a los que les gustaría que el sistema se derrumbase. «¿Cómo un régimen socialista puede hablar de Líderes eternos?», se preguntan, dando por sentado que la idea *Juche* es un sucedáneo hueco del marxismo-leninismo, sin percatarse del sustrato espiritual sobre el que se asienta. Está claro que los corazones de Kim Il Sung y Kim Jong Il han dejado de latir, pero lo que es eterno no son sus cuerpos, no es la materia, sino sus espíritus, que seguirán cuidando para siempre de sus compatriotas, guiándolos desde el *más allá*. Sus apodos lo dicen todo: Kim Il Sung es el Sol del siglo XX, Kim Jong Il es el Sol del siglo XXI, ambos se sitúan metafóricamente al mismo nivel que los astros.

¿Qué es lo que lleva a pensar que un dirigente político puede ser eterno? Para hallar la respuesta hay que acudir de nuevo a la

tradición oriental, más concretamente al concepto hinduista de «avatar», una palabra derivada del sánscrito que identifica a los seres superiores que descienden a la Tierra para poner orden, impartir justicia y propagar el bien. Un norcoreano no tiene ni idea de lo que es un avatar, carece de formación religiosa, pero sí utiliza argumentos ligados a este concepto para referirse a los Líderes. Se dice —y así se estudia en las aulas— que Kim Jong Il, al nacer en 1942 en el monte Paektu, descendió del firmamento, su llegada al mundo fue como un regalo divino para garantizar la libertad de Corea. La naturaleza le dio la bienvenida con un doble arco iris, como si se tratara de un avatar enviado por la providencia. En su biografía oficial, se cita un documento interno de las fuerzas de ocupación japonesas en el que se hacen eco del nacimiento de un «enviado del Cielo» que, según aseguraba la población local, «se convertirá en general y conseguirá la independencia de Corea».

En una de mis visitas a Panmunjom, el punto fronterizo más caliente del planeta, donde tropas del norte y del sur patrullan a escasa distancia, oí otra de estas historias sobrenaturales. Nada menos que el coronel jefe al mando del destacamento me contó una anécdota vivida en primera persona. Un día, Kim Jong Il se presentó por sorpresa para reunirse con la unidad. Era un viaje arriesgado porque si los surcoreanos se enteraban de su cercana presencia podían sentirse tentados de acabar con él. Pero, según la narración del coronel, al llegar el Querido Líder se formó una espesísima niebla a su alrededor que lo protegió de las miradas enemigas. Los hados habían acudido a socorrerle. El oficial que me lo explicó no era budista, pero la conclusión que extrajo de aquel episodio —sin ser consciente de ello— sí lo era. Una vez más, la madre naturaleza había auxiliado a aquel ser considerado superior.

Las crónicas posteriores a la muerte de Kim Il Sung hablan de fenómenos asombrosos, como el protagonizado por decenas de ocas que rodearon una estatua del Gran Líder mientras graznaban con desespero. Después de morir Kim Jong Il, la KCNA publicó un

teletipo en el que se informaba de que en la embajada norcoreana en Alemania se había producido un «milagro natural». Sobre las tres de la tarde del 20 de diciembre de 2011, al día siguiente de hacerse público el deceso, una grácil ave de plumaje amarillo y negro —según las fuentes se trataba de un carbonero común— se plantó ante una de las ventanas del edificio y empezó a picotear el cristal durante una hora. La naturaleza expresaba sus condolencias.

Una de las imágenes que más llama la atención de los turistas son las inscripciones revolucionarias o frases de los Líderes esculpidas en rocas. No tiene nada de extraño: históricamente se cincelaban sobre piedra citas de Buda en colinas remotas para invitar al paseante a la meditación. Estos detalles de inspiración religiosa son los que singularizan la idea *Juche* y la diferencian del marxismo-leninismo ortodoxo.

La mística ha alcanzado también a Kim Jong Un. La agencia estatal de noticias recogió unas declaraciones de una soldado convencida de que el nuevo Líder es la reencarnación de Kim Il Sung, con quien guarda un notable parecido físico. Conforme a la doctrina budista eso sería imposible, porque Kim Jong Un nació unos cuantos años antes de que falleciera su abuelo. Las palabras de la joven militar son el paradigma de esa espiritualidad algo borrosa que anida en los norcoreanos: no saben con exactitud cuáles son las nociones del budismo, pero constantemente apelan a ellas sin saberlo y las readaptan al contexto socialista. En este caso, Kim Jong Un no puede ser —por razones temporales— la reencarnación del Gran Líder, pero sí es heredero de su karma familiar, y sólo por eso la suya ya es un alma piadosa y especial.

Cuando yo era un niño, siempre pedía a los Reyes Magos que me trajeran una máquina del tiempo para poder transportarme a otras épocas y lugares. Más tarde, el budismo me abrió los ojos: nuestra alma se traslada cada vez que morimos y nos reencarnamos en un nuevo ser. Desde mi primera visita a Pyongyang, me ha

rondado una idea en la cabeza: ¿cómo es posible que me sienta un extraño en mi país de origen y, por el contrario, cuando estoy en Corea tenga la sensación de encontrarme en casa? Mis amigos norcoreanos, a través de su *kibún*, me identifican como uno de ellos. ¿Y si en una vida anterior fui habitante de Corea y, quién sabe, luché —y morí— sirviendo al ejército de Kim Il Sung? Tiendo a creer que así fue.

24 HORAS AL SERVICIO DE UNA CAUSA

Cuando echo la mirada atrás y recuerdo mi paso por el IESE, se me escapa una sonrisa: ver al delegado especial del gobierno norcoreano trabajando para el buque insignia del Opus Dei no deja de ser una de esas ironías del destino que ni un guionista de cine imaginaría. Tarde o temprano, un vínculo tan contranatural tenía que terminar cortocircuitando. Ya he comentado que la entrevista publicada por la revista *Época* en 2004 había puesto en alerta a mis jefes del IESE. Para ellos, tener en plantilla a un abanderado de la idea *Juche* no resultaba nada cómodo, y así me lo hicieron saber. Para mí tampoco era confortable trabajar para un centro de formación comandado por ultraconservadores. Inevitablemente, la relación fue marchitándose y, pese a tener contrato indefinido, en febrero de 2005 firmé la carta de renuncia.

Harto de la vida urbana, vendí el piso en Barcelona y volví a la provincia de Tarragona, no a la ciudad sino a un sosegado pueblecito en las afueras llamado Vespella de Gaià. Por fin me instalé en un lugar que reunía las condiciones deseadas: no era Corea del Norte, pero sí un remanso de paz, una casa ajardinada cerca del bosque. Con la venta del apartamento en Barcelona había podido sufragar la hipoteca y comprar esa villa. Tras abandonar el IESE estuve ocho meses en el paro, hasta que fiché como gerente de una constructora. En 2006 me incorporé como analista financiero de

una empresa que ofrecía hipotecas. Fueron unos meses odiosos, los métodos para captar clientes eran un atentado contra la ética, gente vulnerable quedaba hipotecada de por vida sin ser consciente de ello. No quise seguir participando en aquel repugnante saqueo, así que también dejé ese trabajo.

En diciembre de 2006 decidí reorganizar mi vida. Cada vez estaba más absorbido por las tareas del Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero, sin remuneración alguna. Mis superiores afirmaban que cuando la situación mejorase podrían pagarme un salario, algo que siempre rechacé, porque no quería ser una carga. Debía ganarme la vida de otra forma. Hasta entonces había trabajado por cuenta ajena, pero había llegado la hora de inscribirme como autónomo y explorar vías de negocio. Me convertí en agente comercial, tengo el diploma del Ministerio de Industria y estoy habilitado para realizar transacciones internacionales. No me aporta unos ingresos regulares, pero gano lo suficiente para subsistir. Algunas operaciones tienen como destinatario Corea del Norte. Sólo si se trata de una inversión que yo consigo atar acepto llevarme una comisión, pero continúo sin cobrar un sueldo fijo de Pyongyang.

Todo el tiempo del que dispongo más allá de mis obligaciones lo dedico a Corea. El único capricho que de vez en cuando me permito saciar es empuñar un arma en el campo de tiro deportivo de Tarragona. Dispongo de una pistola Kimber, americana, aunque mi preferida es la Paektusan, de nueve milímetros, un portento de precisión y fiabilidad con decoración labrada en plata, que suelo usar cuando practico en las galerías Meari de Pyongyang.

Con la prensa en los talones

Mi singular biografía atrae la atención de la prensa. He perdido la cuenta de los periodistas que se han puesto en contacto conmigo para que explique mi historia o para pedirme reacciones a algún

suceso relacionado con Corea. Cadenas de televisión como la BBC, Al Jazeera o Russia Today, radios como la NPR, periódicos como *Los Angeles Times*, *The Independent* o el diario *Las Américas* de Miami, agencias como France Press, sin contar los medios españoles, han publicado entrevistas o reportajes sobre mí. Atendí a Christiane Amanpour (CNN), Isaac Stone Fish (*Newsweek*) y Jenn Gearey (*Time*), pero sus crónicas acabaron censuradas o recortadas. He acompañado a profesionales de Bloomberg TV a Pyongyang y la CBS ha llegado a proponerme un *60 Minutes*, su programa estrella, dedicado a mi vida.

Hace tiempo que me he acostumbrado a esta locura. Cómo iba a imaginarse aquel zagal de La Zubia, que tomó un bus nocturno a Madrid en 1991, que dos décadas más tarde sería entrevistado por las cadenas de mayor audiencia del mundo en calidad de portavoz del gobierno norcoreano... La aprensión de mis compatriotas a ejercer esa función me aboca a asumirla casi en exclusiva, lo que me obliga a estar permanentemente al corriente de nuestra posición sobre cualquier tema. Cuando hay algún suceso significativo, me pongo en contacto con el Comité o con nuestros embajadores en Roma o Suiza para consultar el posicionamiento oficial.

Por pura inercia, he acabado abriendo cuentas en Facebook y Twitter. A finales del verano de 2013, con apenas 170 *tweets* ya contabilizaba cerca de 6.800 seguidores y mi página en Facebook superaba los 6.500. Pero apenas tengo tiempo de actualizar los perfiles. También abrí un blog en Internet para disponer de una plataforma de expresión y poder responder directamente a críticas o manipulaciones. El hecho de ser un personaje público, y encima representar a Corea del Norte, me ha situado en el punto de mira de algunos periodistas sedientos de amarillismo que llegan a decir barbaridades sobre mí. Sus insultos les salen gratis —poco debe de importarles que mi madre llore de impotencia cada vez que intentan denigrarme

a base de injurias— y a menudo siento la necesidad de defenderme a través del blog.

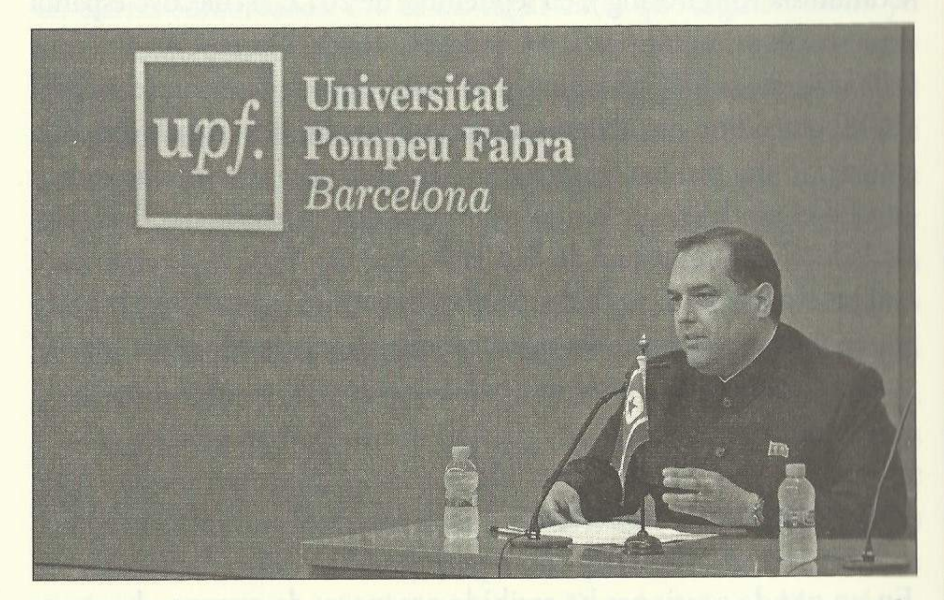
Eso de convertirme en una cara conocida da pie a situaciones inimaginables hace unos años. Paseando por cualquier ciudad de España hay gente que me reconoce, me saluda y pide hacerse fotos conmigo. Hablar en público se me da bien, nunca me pongo nervioso, pero no pasar desapercibido por la calle sí puede resultar engorroso.



Entrevistado por Canal + Francia, en calidad de delegado especial del gobierno de Corea del Norte.



En 2008 acompañé a Kaesong al periodista de TV3 Sergi Vicente, que preparaba un reportaje sobre el país.



En los últimos años, entidades e instituciones de todo tipo me han invitado a dar conferencias sobre Corea, como en este caso la Universitat Pompeu Fabra.

«Si te presentas a las elecciones, te voto». He escuchado esta frase decenas de veces en los últimos años. A medida que la crisis golpeaba con fuerza a las clases populares y el descrédito de los políticos alcanzaba cotas insoportables, más gente en España me sugería lanzarme a la arena política española. Pero eso no entra en mis planes. Sólo me lo plantearía si en un futuro la situación revolucionaria estuviese madura, y por ahora no veo a la sociedad española nada preparada.

Lo intenté en el pasado, primero en Izquierda Unida y luego en el PCPE, pero me estrellé. Al ser expulsado de los CJC, la rama juvenil del PCPE, decidí entregarme en cuerpo y alma a la revolución coreana. Lo más curioso es que dos décadas después, el destino se inventó un caprichoso giro. El PCPE recuperó sus señas originales y los CJC, capitaneados por Juan Nogueira, se interesaron por la experiencia norcoreana. ¡Justamente por eso, en su día, fui anatemizado!

Ayudé a los CJC a establecer lazos con la Liga de la Juventud Comunista Kim Il Sung y, en septiembre de 2012, el colectivo español organizó su primera brigada solidaria a Corea del Norte. Con esta contribución me saqué una espina que llevaba clavada desde que el jefe del PCPE granadino me obligó a arrancar el retrato del Gran Líder de la pared. No me planteo reingresar en sus filas, pero celebro que tomen por fin el modelo norcoreano como una de sus referencias. Los CJC de la localidad murciana de San Javier me han pedido permiso para utilizar el apellido «Cao de Benós» para denominar su colectivo. ¡Quién me lo iba a decir aquel día que tuve que meter en una bolsa todo el material sobre la idea *Juche* que había llevado a la sede de Granada!

UNA PROPOSICIÓN INDECENTE

En un par de ocasiones he recibido amenazas de muerte, dos casos esporádicos que acabaron en nada. Sé que defender un país tan

vilipendiado me convierte en el blanco preferido de algunos, pero no percibo un clima hostil hacia mí. Al contrario, gente de derechas reconoce su admiración por una sociedad tan disciplinada que ha erradicado el crimen organizado, las drogas y la prostitución. Algún militar español, anticomunista pero firme partidario del orden, ha llegado a decirme que le gustaría jubilarse allí.

Un exagente del CNI me confirmó que los servicios secretos vigilan mis pasos desde hace años. Sinceramente, es algo que me trae sin cuidado, porque no tengo nada que ocultar. Todo lo que digo y hago es a cara descubierta, y si tengo que comunicar alguna información confidencial lo hago directamente con el interlocutor que corresponda en Pyongyang, jamás por teléfono, fax o email.

Mis camaradas me desaconsejan viajar a Corea del Sur por razones de seguridad. Allí aún sigue vigente la ley de seguridad nacional, que persigue cualquier actividad de propaganda a favor del norte. El ejército estadounidense mantiene a 30.000 hombres en tierras surcoreanas. No es un lugar en el que alguien como yo sea recibido con los brazos abiertos. He trabado amistad con estudiantes y activistas progresistas del sur que me han invitado a Seúl para pronunciar conferencias, pero en el Comité no quieren que arriesgue mi vida. «Es muy fácil que alguien envenene tu bebida sin darte cuenta», argumentan. Y evocan el caso del cenicero letal: un surcoreano presuntamente simpatizante del norte regaló a Kim Jong Il un cenicero de cristal precioso e insistió en que no lo depositaran en un museo, sino que lo usara personalmente. Por suerte, detectaron que el recipiente estaba irradiado con uranio.

Por ahora he hecho caso de esos consejos. Pero lo que pueda pasarme no me quita el sueño. No temo a la muerte. Es una de las ventajas de mi formación budista, creo saber qué hay después de esta vida, y por eso estoy preparado para afrontar mi final en cualquier momento, sin dramatismos. Es una tesitura liberadora. Esa espiritualidad me impulsa a no detenerme ante nada ni nadie.

Algún escéptico podría pensar que la inteligencia surcoreana no se inmuta por un individuo como yo y que todas esas cábalas conspirativas no son más que bobadas. Baste el siguiente relato para demostrar que esa gente procura estar muy al corriente de todo lo que se mueve en el norte y no soporta que un occidental se decante por la idea *Juche* antes que por la democracia burguesa del sur. Corría el año 2003 cuando un par de surcoreanos, que se presentaron como empresarios, solicitaron reunirse conmigo. No tuve inconveniente en asistir a la cita, eran tiempos de deshielo entre Seúl y Pyongyang y las relaciones se iban estrechando.

Nos encontramos en Barcelona —omito el nombre del local— y en seguida fueron al grano: «Verá, sabemos que trabaja para el gobierno norcoreano. Queremos que lo reconsidere, desearíamos que pusiera su talento al servicio de la República de Corea». Me ofrecieron una suma de dinero estratosférica para compensar mi deserción… ¡Intentaron comprar mi lealtad! Recurrieron a presiones psicológicas para tratar de ablandarme: «No olvide que el régimen está a punto de hundirse, cuando muera Kim Jong Il todo se vendrá abajo y usted quedará desamparado. Lo mejor que puede hacer es cambiar de bando ahora». ¿Cómo iba a traicionar la causa por la que había luchado desde los 16 años? ¿Alguien en su sano juicio echaría por la borda tantos años de fiel dedicación recompensada con el honor de ser el único extranjero al servicio de Pyongyang? Mi respuesta fue tan tajante como previsible: «Lo siento, mi ideología no tiene precio. Estoy dispuesto a trabajar con lealtad por la paz y la reunificación de Corea, pero no vendería mis principios ni por todo el oro del mundo».

Epílogo

Habían pasado veinte años desde mi último encuentro con el hombre que cambió mi vida. Tras la mudanza de Granada a Huesca, el servicio militar y el posterior retorno a Tarragona, perdí el contacto con el venerable Li Jong Gun. La representación permanente ante la OMT quedó desmantelada en plena Ardua Marcha y no hubo manera de retomar el contacto. Llegué a obsesionarme con la idea de volver a verlo. ¿Cómo iba a olvidar aquella recepción en Madrid, el 9 de septiembre de 1991, en la que agasajó a su huésped más joven como si fuera el diplomático de mayor rango de la fiesta? Deseaba contarle mis peripecias, quería verlo sonreír al enterarse de que esa romántica agrupación de seguidores de la idea *Juche* en La Zubia se había transformado en la KFA, con miles de simpatizantes por todo el mundo. Necesitaba abrazarlo y contarle que aquel cabezota que se presentó una mañana en su residencia madrileña es hoy, contra todo pronóstico, delegado especial de su gobierno.

Movilicé a todas mis amistades para rastrear su pista, pero el estricto secretismo de la administración dificultaba las pesquisas. Al regresar de Madrid, Li había desempeñado diferentes funciones dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero nadie sabía su ubicación actual. En cada visita a Pyongyang les daba la lata con el tema. Llegué a desmoralizarme cuando me explicaron que el buen

hombre —nacido en 1944— se había jubilado y permanecía en casa delicado de salud. Pero no quise darme por vencido.

La situación dio un giro cuando uno de mis mejores camaradas, Ri Kwang Chon, ingresó en Exteriores. Él era un novato en ese ministerio, pero aun así le rogué que indagara discretamente cuál había sido el destino de mi mentor. Su primer descubrimiento me llenó de alegría: pese a haber superado la edad de jubilación, Li tenía fuerzas suficientes para continuar trabajando. Lo habían nombrado secretario general del Comité Internacional de Artes Marciales, con sede en Pyongyang. Su posición dentro del Partido había alcanzado el grado de ministro, en reconocimiento a los méritos acumulados durante toda su carrera.

Habíamos conseguido lo más difícil: encontrar su rastro. El siguiente paso era ponernos en contacto con su entorno para concertar una cita. Ri Kwang Chon aprovechó mi presencia en la capital, con motivo del 101 aniversario del nacimiento de Kim Il Sung, para mover los hilos pertinentes. Finalmente, el 14 de abril de 2013, me reencontré con el primer norcoreano que conocí, con el que estaré en deuda para siempre. Li, en un alarde de modestia, tuvo la deferencia de venir a verme al hotel Haebangsan. Emocionado, colmado de nostálgicos recuerdos, rebosante de gratitud por todas las atenciones que me había dispensado en ese tiempo de descubrimientos políticos, me fundí en un abrazo con él.

Para poder charlar a solas con tranquilidad nos encerramos en una sala privada del karaoke del hotel. A esa hora de la tarde éramos los únicos clientes. «Qué alegría volver a verlo después de tanto tiempo», dijo en correcto castellano —conservaba un buen nivel— mientras nos acomodábamos en un sofá. Su noble prestancia se mantenía intacta. Vestía un traje impoluto azul marino, camisa blanca y corbata, con la insignia del Gran Líder en la solapa. Su voz afable, su ademán refinado y elegante, la calidez de su conversación… Sentí un cosquilleo en el cuerpo al revivir por un momento aquella mágica mañana en Madrid. Sólo había un elemento nuevo con respecto al



Li Jong Gun me apadrinó cuando apenas tenía 16 años. Tuvieron que pasar dos décadas hasta nuestro reencuentro en Pyongyang, en 2013.

hombre que yo conocí entonces: su salud se había deteriorado, ya no era aquel diplomático sobrado de energía de antaño. Enumeró todos sus achaques; la diabetes era lo que más lo mortificaba. En condiciones normales ya se tendría que haber jubilado, pero el Partido reclamaba aún sus servicios y no quería escatimar ningún sacrificio.

Había trabajado en diferentes embajadas hasta recalar en el Comité Internacional de Artes Marciales. Pero más que relatarme su experiencia, quería que le contara cosas. Estaba enterado de mis actividades y conocía la KFA. De alguna manera se sentía padre intelectual de la criatura, fue él quien me propuso fundar una asociación de amistad desligada de cualquier partido. Gracias a Internet, la KFA había desbordado las fronteras españolas y abarcaba todo el globo. «Se ha cumplido uno de mis sueños, el éxito de la KFA me enorgullece. Haré todo lo que esté en mis manos para que sus proyectos cuenten con el respaldo del gobierno», garantizó.

A medida que avanzaba nuestra charla, lo notaba cada vez más cansado. Mientras hablaba, sus ojos se cerraban fatigosamente, concentraba fuerzas en escoger las palabras más adecuadas. Pese a su fragilidad, quiso quedarse más de dos horas rememorando viejos tiempos. Tenía buena memoria. ¡Se acordaba incluso de un regalo que le hice a su hija pequeña por su cumpleaños! Me trató con el cariño de un padre. Para mí seguía siendo un gran maestro, el primero en enseñarme la bondad intrínseca de los norcoreanos. Se puso en pie con dificultad, volvimos a abrazarnos y expresamos los mejores deseos para nuestras familias. En realidad, Li Jong Gun es parte de mi familia. Nada de lo que cuento en este libro habría sido posible sin él.

Después de marcharse permanecí pensativo en el vestíbulo durante un buen rato, hasta que un par de compañeros del Comité me sacaron de la ensoñación. «¿Qué haces por aquí, camarada Álex?», preguntó uno. Le conté la historia. «Bah, tú siempre bromeando...», soltó incrédulo. Para un norcoreano, resulta chocante que, en su recluido país, un personaje de la edad y los galones de Li Jong Gun se tome la molestia de desplazarse hasta un hotel para

atender una cita con alguien nacido lejos de Corea. El secreto radica en que ese *alguien*, para Li, es lo más parecido a un hijo.

Una de las preguntas que escucho más a menudo es: «¿Y por qué no te vas a vivir allí?». Cada viaje a Pyongyang significa para mí una liberación personal. Son jornadas agotadoras, las tareas que me toca cumplir absorben poco menos de 24 horas al día. Pero aun así me siento como pez en el agua, nada me relaja más que estar en Corea del Norte, semanas antes ya estoy ansioso por hacer la maleta. ¿Que si me iría a vivir allí? ¡Por supuesto! ¡Con los ojos cerrados! Dispongo incluso de un apartamento en la avenida Changgwang. El alojamiento no sería un problema.

Me han otorgado la nacionalidad honoraria, trabajo para el gobierno, la gente se dirige a mí como *Changunim Chonsa*, mi identificación con el país es absoluta. ¿Qué es, pues, lo que frena la mudanza? Al inicio de esta biografía he explicado el flechazo que experimenté en aquella recepción diplomática en Madrid. Ese día me ofrecí a Li Jong Gun para engrosar las filas del ejército. La oferta sigue en pie: si algún día estalla la guerra, que nadie me busque en otra parte que no sea una trinchera, allí estaré para defender la Corea del *Juche*. Sin embargo, mientras el enemigo no apriete el gatillo, mi función es seguir trabajando para ampliar la red de solidaridad y mejorar el bienestar económico de la nación. Y en esto sólo puedo ser útil residiendo lejos de allí.

«Tenemos a muchos jóvenes en Corea que pueden servir en el ejército, y en cambio no tenemos a nadie como usted, que nos pueda ayudar desde el exterior». Esa fue la reflexión que me soltó el primer día Li. Poco a poco fui entendiendo que tenía razón. Sería demasiado egoísta instalarme en Pyongyang y vivir a cargo del Estado. Mi misión consiste en sumar adhesiones internacionales, contrarrestar las historias de terror sobre Corea del Norte, rastrear cualquier oportunidad de negocio... Para poder cumplir estas tareas debo operar fuera de sus fronteras. Pero no importa lo lejos que me encuentre. Allí donde esté, solamente cerrando los ojos, puedo escuchar el latido de «la tierra de las mañanas serenas».